

EL

INQUISIDOR MAYOR,

o

HISTORIA DE UNOS AMORES

NOVELA ESCRITA POR

MANUEL BILBAO.

LIMA: 1852.

Impreso por José Maria Monterola, calle
de la RIFA, número 59 en LIMA.

Introduccion.

CUANDO en 1848 recorría las provincias del Sur de Chile, buscando la salud que había perdido en las fatigas del estudio, la naturaleza de mi patria me absorbía por esa infinidad de cuadros iluminados con los rayos de un sol brillante. El cielo azul, intolerante para permitir la nube que le ocultase, dilataba su perspectiva grandiosa. Valles limitados por el occidente con la boveda del cielo, parecían por el oriente dar nacimiento á la atmosfera en las elevadas cumbres de los Andes. Montañas cubiertas por densos bosques, aparecían como la espresion de una naturaleza virjen; campos dilatados, arrojaban de esas alfombras de verdor y flores sus aromas selváticos.

caballos los lanzábamos con impetu por entre aquellas dilatadas calles de verdor y de virilidad natural; la brisa inclinaba uno sobre otro á aquellos jigantes salidos de las entrañas de la tierra; un ruido monotonó y perpetuo se desprendia de aquel movimiento; nuestros caballos seguian briosos y tascando el freno con vivacidad; las distancias desaparecian bajo las ilusiones de la admiracion; íbamos alegres! Al fin de una hora y cuarto salimos de aquel entoldado sombrío y descendimos á una planicie de seis cuadras encajonadas por otros cerros cubiertos de arboles. Allí habia una casita preciosa de tres pisos y al frente dos grandes cascadas que daban movimiento á una gran maquina de aserrar madera.

Al entrar en aquel lugar, un anciano y varias mujeres nos salieron á recibir. Por los galpones de madera se veia algunos trabajadores que se ocupaban en el servicio. Nos echamos al suelo y el dueño de casa nos mandó preparar un buen almuerzo. Mientras se nos daba algun alimento, recorrimos todo aquel circuito solitario. El anciano nos conducia, esplicandonos cada cosa en particular. La agitacion de cuatro leguas galopadas y lo mucho que á pie habiamos andado nos llevó á la casita para descansar. Aquella vivienda contenia la familia del anciano que hacia de jefe en los labores. Su señora era de edad, pero interesante por su limpieza y despejo. Tenia á su lado dos jovenes como de quince años de edad y tres hombrecitos menores. Una de aquellas niñas me llamó la atencion

al momento de verla. Su semblante rosado y los grandes ojos que radiaban bajo hermosas pestañas, daban á su fisonomia un atractivo de que no se apercibia la familia.

Luego que entramos en conversacion, me permití preguntar á la joven

—No está U. triste en la soledad?

—No, señor, me contestó, porque desde seis años vivo en el campo. Estoy con mis padres y estoy contenta.

—Pero es extraño, señorita, le volví á decir, que en su edad no tenga U. ambiciones á gozar de la sociedad.

La joven bajò con modestia su rostro algo sonrojado y la madre salió á contestarme.

—Creo que no serian tan felices mis hijas en un pueblo como lo son aquí. Yo he residido en Lima con mi esposo recién venimos de España, y le aseguro que á pesar de todos los goces de aquel pueblo, prefiero esta soledad.

—Por qué me dice U. eso? yo tambien he estado en Lima ahora un año, y le aseguro que los recuerdos que tengo de él me hacen ambicionar volver.

—U. está demasiado joven, me dijo la señora, y no dudo que aun no haya vivido mas que en los goces de la edad; pero yo que he presenciado los azares de la vida de los pueblos, el poco tiempo que queda para pensar, para consagrarse á Dios, á la educacion; yo, mi amigo, que conozco esa infinidad de males que amenazan la juventud; le aseguro que es mejor este retiro.

—Y en qué pasan UU. el día? la ocupación sin distracciones es un malestar continuo.

—El día lo pasamos cosiendo; leemos y preparamos el alimento diario. Por las tardes salimos á pasear, á visitar nuestro jardín; rezamos y pedimos á Dios por los pecadores, por los que no se acuerdan de sus almas. Al lado de mis hijos encuentro cuanto apetezco, al lado de mi marido bendigo á Dios por su bondad. Por las noches me lleno de contento al tapar á estos anjeles que duermen con una tranquilidad de puros inocentes.

—Es U. feliz entonces, le respondí, porque sus ambiciones están en sus hijos.

El anciano entró en seguida y nos dijo:

—Vamos á tomar una casuelita, señores.

Nos paramos con algun gusto por el hambre que sentiamos y nos sentamos á la mesa.

—Que hermosas son sus hijitas, señor, le dije al anciano.

—U. las favorece, señor, me contestó, no son mas que lo que les ve.

—Mucho tiempo ha que U. viaja por el Sur? me preguntó la señora.

Yo les di entonces cuenta de la causa de mi viaje y del gusto que tenia en conocer una parte de mi pais tan bella. La dueña de casa se dirijiò al anciano y le advirtió:

—Este señor ha viajado por Lima.

—U. ha estado en ese pueblo? me interrogó el anciano.

—Si señor.

—Que linda ciudad para un joven que tenga dinero que botar!

—Qué tiempo hace que U. se vino de allí? le pregunté yo.

—Harán catorce años.

—Se ha vuelto á acordar de esa ciudad?

—Mucho, señor, mucho. Ahora tres años la tuve bien presente por unos papeles que me mostraron en Concepcion, relativos á un asunto desastroso.

—Si señor, son muchos los cuentos que hay de aquel pais.

—Pero del que yo hablo, no es cuento; es una historia bien triste.

—Bien podriamos oírsela á U. si no le fuese incomodo.

—Ahora es imposible complacerle, porque mis hijos no deben oír aun lo que no les aprovecha y si les daña.

—Dispense U., le dije entonces, dispense que no haya previsto.

El anciano nos dió de beber un vino añejo, que por cierto nos alegró por lo-atiempo que venia. Luego me dijo:

—Esta noche me iré á las casas de la hacienda y le contaré á U. la historieta á que me referí.

Pasamos en aquel lugar hasta las doce del dia y nos volvimos al lugar de donde habiamos salido.

A eso de las siete de la noche el anciano se nos presentò á tertuliar con buen humor.

—Ahora que estamos entre hombres, le dije, cuéntenos U. lo que nos ha prometido.

—Con mucho gusto.

Se colocó al lado de una mesa y en se-

guida nos refirió el hecho que envuelve la presente novela.

—Y en donde leyó U. eso? le pregunté.

—En Concepcion, en casa de mi amigo D. N. de A.

—¿Tiene él los documentos que acreditan lo que me indica?

—Si señor.

—Tenga U. entonces la bondad de darme una cartita de recomendacion para que me los manifieste.

El anciano escribió la carta y me la entregó.

Al dia siguiente me despedí de los dueños de la hacienda de "Semita" y me encaminé á Concepcion, pasando por San Carlos y Chillan. Luego que entré á la ciudad me presenté al amigo del anciano y con gran afabilidad me manifestó los papeles que motivaban mi curiosidad.

Yo principié entonces á hacer apuntes de lo que leia. El amigo, me rogó entonces:

—¿Va U. á escribir sobre este asunto?

—Quizas, le contesté. Soy enemigo de las novelas por la intolerancia del público, cuando vé atacados sus vicios ó faltas.

—No haga U. juicio de nada, escriba U. El asunto es interesante.

—Le prometo, que si alguna vez escribo en la forma de novela, lo haré sobre este asunto.

Desde entonces acá, guardaba aquellas apuntaciones sin acordarme de ellas. La falta de ocupacion en el destierro, me recordó

aquel compromiso al visitar la cárcel de la Inquisición. Y he aquí que sin saber cómo, me encuentro distraído, historiando un asunto que tal vez divierta al público.

PRIMERA PARTE.

CAPITULO I.

El castillo del "Sol" en el Callao, despertaba la apatia de la ciudad de Lima con salvas; las campanas de las iglesias se unian al sonido del cañon con repiques entusiastas; los habitantes recorrian las calles con los semblantes risueños; parecia que algun gran acontecimiento público acababa de realizarse.

Esto sucedió el dia 28 de Marzo de 1746 con motivo de la llegada de la fragata de guerra española, de treinta cañones denominada "San Fermin." Este alboroto de la ciudad de los reyes era natural, porque las comunicaciones con la España se tenian muy

de tarde en tarde. Así era que la porción de españoles que habitaban estos lugares, olvidaban sus ocupaciones, sus pesares, sus diversiones al saber que un buque llegaba de las costas de la monarquía. El Virrey para acrecentar esta alegría y dar la enhorabuena á todos los súbditos con la celeridad del rayo, tenía dispuesto que el castillo del "Sol" fuese el aviso de tan feliz suceso, cada vez que una nave anclase procedente de las rejiones orientales.

Luego que las comunicaciones eran traídas á palacio, la multitud que esperaba con ansiedad noticias, levantaba un grito de entusiasmo al saber que el rey gozaba de salud. "Viva el rey nuestro señor" era la voz uniforme que se dejaba oír. Las torres volvían á atolondrar la ciudad, los castillos á repetir salvas reales, las músicas concurrían á la plaza y en la noche iluminacion jeneral, eran las demostraciones del pueblo al saber que su rey y señor estaba con salud.

La fragata "San Fermin" llegaba de España, para la custodia de los mares que bañan las estensas colonias que le pertenecían en el Pacífico, conduciendo á su bordo dos personas que formaban una familia. Era un jóven noble á quien el rey destinaba para el servicio de la judicatura en Lima y una bella mujer á quien Dios confiaba el porvenir de un hombre. Estos dos seres se hallaban recién casados, y llenos de una abnegacion completa, los goces del viejo mundo les eran indiferentes al fijar su residencia en la Amé-

rica. Estos esposos á quienes el amor les habia unido, se llamaban Rodolfo y Magdalena. (1) El primero era español y el segundo napolitano. Dotado el esposo de un fisico varonil, revelaba en sus facciones marcadas la fuerza de una voluntad dominante. Orgullosa como los nobles de su época, carecia de las ridiculeces de la caballeria. Habia sido educado en los colegios de Paris y por consiguiente, su inteligencia despejada le hacia elevarse sobre los errores que dominaban al mundo y muy en especial á la España; porque la luz de la filosofia de los grandes jenios que brillaron para la libertad en el siglo XVIII, encontraba un apoyo en toda razon, en todo hombre que se entregaba en brazos de la civilizacion. Rodolfo no era un sectario de los encicopledistas, pero sí aceptaba la soberania de la razon con alguna latitud. Jóven de 30 años, esbelto en sus formas, alto de cuerpo, rostro sereno. Su cara era poblada por una espesa barba negra. Ojos pardos pero vivos, formaban un buen conjunto con su nariz recta y su boca pequeña.

Magdalena, amorosa idólatra de su esposo, tenia en sí los dotes de espíritu que se requerian para la felicidad de Rodolfo. De formas torneadas, su semblante pálido resaltaba por el brillo de sus ojos negros y razgados. Cuerpo desenvuelto y fino, parecia despedir

(1) Los nombres propios de estos personajes tenemos que adularlos, por existir la familia de ellos en la actualidad.

en el andar ese aire de voluptuosidad que enajena la sensibilidad de la época. Bella nariz, boca graciosa, encendida por el carmin de la juventud, arrobaba el sentido de los que la contemplaban. Magdalena, flor inocente no marchitada aun, parecia arrancada de los jardines del hermoso Nápoles para embalsamar las verdes riberas del Rimac. Rodolfo ponía sus ojos en ella con adoracion. Le amaba con esa fé que se ama al ser que se entrega el porvenir de una nueva jeneracion.—Vivian sin familia, pero vivian entusiasmados porque ambos se bastaban para hacerse simbolos de la vida de esposos.

Magdalena no tenia antecedentes nobles, sus padres habian salido del pueblo, se habian elevado por sus esfuerzos y con la virtud del trabajo *habian logrado adquirir una* posicion social que era bien mirada por la aristocracia de cuna. Educada con puerilidad, carecia de mundo y de instruccion, pero tenia virtudes que la engalanaban. En Europa, apenas salia al trato de las tertulias;—era en el Perú donde ella venia á aparecer y á entrar en el roce que llamamos social. Su corazon estaba purificado por el amor pero no ensayado en el crisol de las seducciones.—Ese mirar anjelical de la mujer que extasia al contemplarla en los albores de su virjinidad, daba á Magdalena el brillo que solo dá la inocencia.

Estos jóvenes esposos que pisaban el mundo de Colon, venian acompañados de un sacerdote franciscano, hermano de Rodolfo. Su ardor cristiano lo impulsaba á levantar en

los desiertos de los bárbaros el crucifijo de la fé. El inmortal "Arauco" era su delirio, porque allí el sacrificio de los misioneros era sellado con sangre y el padre Anselmo [que así se llamaba], ambicionaba á la gloria de su espíritu por la gloria de la conversion. Lleno de unción y relijiosidad miraba á su hermano con amor fanático. Se embebía en la felicidad que le rodeaba pero no envidiaba, porque su alma estaba absorta en amores mas grandiosos que los de su hermano. El miraba la tranquilidad que el mundo les daba á esos esposos, pero allá en las tinieblas del porvenir parecia dilatar su mirada en la tranquilidad de mundos mas luminosos y eternos.

El padre Anselmo llegaba con la fé del apostol, y al poner pié en tierra, su pensamiento primero fué el de marchar pronto á las rejiones del Sur.

Los esposos se encontraban sobre la cubierta del buque, contemplando con tristeza la soledad del Callao; no se atrevían aun á poner pie en tierra; la ilusion quizá, los hacia considerarse allí mas proximos de la patria que dejaban. Tal es el pensamiento humano que jamas se cree llegado á un fin, siempre espera....

—He aqui el puerto que nos abre las puertas de la ciudad de Lima, dijo Rodolfo.

—Es una imagen del sepulcro, contestó Magdalena [que se apoyaba en el brazo de su esposo, como asiendo el unico bien de su alma.]

—Estas triste? preguntó Rodolfo á Mag-

dalena con esa dulzura que nace de una impresion triste.

—En este momento de arribada, cuando he visto paralizada la carrera del buque por la caida del ancla, he lanzado, una mirada de investigacion á cuanto nos rodea, he querido divisar una naturaleza halagadora; pero no sé lo que por mi pasa, nada he encontrado,—quizas la palidez de este cielo entoldado me melancoliza, me priva de alegrarme.

—No es extraño, anjel mio, repuso Rodolfo,—á todos nos pasa lo mismo. Es el contraste de un mundo conocido, con otro desconocido el que produce tales emociones en el alma. En estos momentos de la vida, raros y desconocidos para la jeneralidad; porque pocos son los que forman su patria en medio del Oceano; raros los que se habituan á endurecer el corazon con la frecuencia de los viajes, [á no ser el marino que se acostumbra á tener por horizonte el infinito y por residencia un madero]; en estos momentos decia se olvida la sociedad que pueda haber en el lugar que se visita y el espiritu no hace sino comparar la naturaleza de la patria que se dejó con la de la patria que se busca. Es en estos momentos tambien, cuando las impresiones de la infancia atraviesan la mente con celeridad; cuando el amor al lugar que nos vió nacer, revive con amargura; cuando el nombre de los padres, la imagen de los hermanos, las ilusiones de la amistad, todo ese pasado, todo ese conjunto de cosas que han apacentado la

existencia; todo ese amor de caricias y de confianzas que se advierte en el corazón de la familia, se aparece á enlutar el presente con dolores que jamas se comprenden sino al sentirlos como ahora los sentimos.

Los ojos de los esposos se llenaron de lagrimas al sentir surcar por sus almas el tormento del recuerdo. Se miraban con ternura, como buscando uno en otro la felicidad del olvido.

—Rodulfo, interrumpió Magdalena aquel silencio amargo, no recuerdes nada por ahora. Hablame solo de tí que es para mí el resumen de mi porvenir. Lejos de nuestros padres y patria sabremos amarnos mas, con mas vida, con mas concentracion; porque al fin, yo no ambiciono sino el ver acrecentar tus halagos.

—Eres un anjel Magdalena, dijo Rodulfo enjugando las lagrimas de ella con un beso ardiente de espresion; eres un anjel. Esta no ha de ser nuestra residencia para siempre. El Perú es altamente rico y en cuatro ó seis años habremos hecho una fortuna que nos proporcione la elevacion en los pueblos que hemos dejado. Mi orgullo será el levantarte sobre las preocupaciones. Olvida todo y refunde tu amor en mí que nada amo mas allá de tu existir.

Rodulfo estrechaba en sus brazos á Magdalena y ella dotada de la finura que dá el espíritu apasionado, le embriagaba la esperanza circundandolo de una nube de sensibilidad y alegria. ¡Bello cuadro de amores que desmentia la imposibilidad del idealismo! ¡Símbolo exacto de esos amores que nacieran en los albores de una edad risueña y cuyo fin no se

divisa sino mas allá del frio de una loza!

Despues de algunos momentos de ternura, los esposos vinieron á tierra, atravesando la desierta bahia, porque en aquel entonces, el comercio español tenia monopolizado el comercio de las colonias; asi era que solo seis ú ocho buques solian encontrarse anclados flameando en sus popas la bandera de los reyes que disponian de estos paises en virtud del derecho de conquista.—El Callao era entonces una poblacion crecida, pero monótona por la falta de actividad en las industrias, en los cambios de productos, en las especulaciones mercantiles. Las tiendas ó almacenes estaban provistos de efectos que producía la España, pero nadie se afanaba en vender, porque, el comerciante sentado siempre detras de un mostrador ordinario, estaba seguro de vender si habia necesidad de los efectos que tenia; pues era sabido el consumo, la igualdad de los precios y la concurrencia de los consumidores. Toda esa vida sedentaria, aumentaba el aspecto de tristeza que derrama el Callao, y producía en nuestros jovenes viajeros ese mal—estar que poco antes les habia hecho derramar lagrimas.

Nuestros huéspedes atravesaron la distancia que media entre el puerto y la ciudad, y con la mirada henchida de ilusiones, creyeron ir á entrar en una poblacion europea al divisar la grandiosa portada que mira á la alameda del Callao. El carruaje les sacó pronto de la curiosidad que les animaba. Creian encontrar un orden de edificios elegantes, en

armonia con la arquitectura de la portada y de las torres que se levantan con orgullo y en gran número; pero el desengaño era fuerte al echar la vista por las largas calles de Lima sin encontrar la armonia en los edificios ya que faltaba la elegancia. Casas numerosas pintadas con un color amarrillo y sucio; casas cubiertas de ventanas voladas de diferentes dimensiones y esas ventanas á mas de la reja, oscurecidas por espesas celosias; casas levantadas segun las reglas del propietario que era tambien el arquitecto; altas unas, bajas otras; todas como en estado de conclusion por la falta de antepechos, hicieron un mal efecto en nuestros huespedes.—Las iglesias sembradas en todo lugar y á mas, extensos paredones que anunciaban especies de cercados, hacian ver que la mayor parte del terreno estaba ocupado por conventos y que juzgando con frialdad hacia presumir una poblacion catolica, virtuosa y observante de los principios relijiosos—El carruaje los llevó á una de las casas de la calle de Judios, en donde Rodolfo y Magdalena iban á instalarse.

El largo tiempo que la España fué dominada por los moros, habia formado un gusto especial en la raza colonizadora; asi era que todos sus edificios se resentian del aspecto moresco, dando al exterior de cada edificio la forma de una fortaleza ó de un encierro. En nuestros dias se conserva aun este gusto y aun puede verse un pueblo casi completamente moresco en las cercanias de Lima que se llama Miraflores.

CAPITULO II.

ESTAS dos personas que acababan de tomar asiento en la ciudad de los reyes, no podian haber juzgado agradablemente del aspecto de la ciudad. Tenian una tintura debil de lo que esto era, pero las ilusiones que se forman á la distancia desaparecen á presencia de los objetos.—La porcion crecida de edificios religiosos y la magnificencia desplegada en los frontis de las iglesias, de las portadas, en las torres y en esa estensa muralla que circunda la ciudad de Lima, eran denuncios claros de las riquezas que producía el pais; así sucedia, que la abundancia del oro en el Perú era proverbial en el viejo mun-

do. Esa abundancia habia sido el cimiento de la sociedad limeña y no era estraña la inmigracion que habia acudido á tomar part en las opulencias que el pais derramaba.

Las minas habian formado capitalistas que mas tarde estendian la fama por esos mundos lacosos de estenuacion y avidos de placeres. Despedirse de la familia para pasar á América, era quizas el equivalente del adios á la eternidad. Si las habitudes no les hacian sentar su residencia en el Nuevo Mundo, al menos, cuando volvian encontraban otra jeneracion distinta que habia reemplazado á la vieja. El europeo en vez de su cabeza negra ó rubia, de su tez fresca y joven, volvia con el manto empolvado de la edad. Mas nada se oponia á la ambicion de los que arrastraban una existencia dura por la miseria. Los nobles que habian dilapidado sus bienes lanzaban una ojeada de esperanza rehabilitadora hácia estas rejiones. La juventud que no divisaba un pronto desarrollo de ostentacion, tambien se decidia á buscar una posicion en las estensas colonias de la España. De aquí nacia que el Perú y Méjico, fuesen poblandose de ilustres alcurnias; pero muy en especial el Perú que brindaba á la par del oro, goces sociales.

Con estos motivos gran parte de familias aristocráticas habian formado en Lima la cuna de su elevacion. Acostumbrados á la vida de la nobleza, desplegaran acá el lujo que bien podia rivalizar con el de los magnate españoles.—Una sociedad formada con tales

elementos, no podia ser la espresion de la sociedad primitiva, llena de inocencia, de candor.—Ella habia salido de la fuerza guerrera de los Pizarros y Almagros, alimentandose de los oropeles, de los perfumes y vicios que en pos de sí arrastraba la inmigracion raquitica de los sustitutos de los conquistadores.—La elegancia en el vivir, la seduccion en voga, la absorpcion en los amores de los salones; la sed de oro con desenfreno; he aquí el nuevo teatro que nuestros jovenes esposos pasaban á visitar.—Magdalena iba á causar una revolucion en el órden vulgar de las bellas que en aquel entonces rivalizaban. Sin darse cuenta, iba á arrancar de los corazones femeninos quizá, lá envidia que produce la calumnia; iba Magdalena á marchitar con su aparicion el orgullo de las que recibian las coronas de la juventud.

Rodulfo estaba llamado á aparecer en un órden distinto, en el órden jurídico y en el órden innovador. Su cultura le habia de hacer figurar en las torpezas criminales de las preocupaciones.

Lima, á pesar de su desarrollo material, no habia dado un paso en el desarrollo moral. Tenia universidades, colejos y mas que todo conventos. Se educaba para la abogacia ó para el sacerdocio, y nada mas, y esta educacion no pasaba del escolasticismo de la época de los doctores, que de todo tenian, menos ilustracion. Las persecuciones á la razon eran santificadas á nombre del fanatismo, y las hogueras de la inquisicion sancionaban ó

justificaban los proceder de corruptores que especulaban con el nombre de la religion.

La "Santa Inquisicion" era la policia de las intenciones amorosas, políticas y de creencias. Se hallaba en su mas amplio apojeo, persiguiendo con el absolutismo de la orden toda espontaneidad útil, y amparando todo paso protector de la ignorancia.

Nunca hubo tanto fanatismo supersticioso en la América, y nunca ha habido tampoco tanta corrupcion!

La novedad de los habitantes, tan dispuesta entonces por la llegada de los viajeros, (porque era un acontecimiento el venir de Europa), hizo que nuestros jovenes fuesen conocidos desde pronto. Así fué que las relaciones las adquirieron sin trabajo y la novedad de unos por saber de su patria, de otros por darse tono con amistades que debian sobresalir, hicieron que Magdalena y Rodolfo se encontrasen en medio de las sociedades á los pocos dias de su llegada.

El padre Anselmo fué á habitar en el convento de su orden.

Un mes bastó á Rodolfo y Magdalena para conocer la sociedad que pisaban. A la distancia de la civilizacion les era facil comprender la necesidad del contacto europeo; ese roce del hombre sociable que inapercibidamente infiltra en la persona el aire de la superioridad, la elevacion de la intelijencia despertando cada dia al impulso de la vida. Afables con las personas, sentian un desprecio instintivo por lo que les rodeaba.

—¿No es verdad Magdalena, dijo Rodulfo, que despues de todo ese tumulto de jentes que hemos tratado, no se encuentra un descanso en la amistad de ellos? En vano he procurado desarrollar algun punto importante en la conversacion con los magnates que nos han visitado, no han sabido que responder. He creido que les cansaba al hablarles de las ciencias, de la historia. Seguramente no será costumbre el buscar la progresion, la alegría del alma en el razonamiento ilustrado. Esta falta de comunicacion con las ideas me va á ser de perjuicio y quizá será lo que me haga estrañar la culta Europa.

—Es mucho el vacio, respondió Magdale-
na, que se advierte en el trato tanto de los
jovenes como de la mujer. ¿Quieres creer
que los jovenes no han salido del circulo de
las futilidades? Uno me decia en noches pa-
sadas, que si yo estrañaba á mi pais seria
porque aun mi corazon estaria escento de
pasatiempos. Yo le miraba con tristeza al
ver que esa misma frase me habia sido re-
petida por otros y creí que no tendrian mas
trozo de estilo con que galantear. En las mu-
jeres, en esas niñas tiernas y despiertas no
he podido entreveer la seriedad del pensa-
miento. Sin tener con migo confianza, me
han repetido que es mal visto no contar con
adoradores numerosos; que ellas no sabrian
en que pasar la vida sino tuviesen la ajita-
cion de las tramoyas que se descubren en los
amantes. Por este estilo he oido conversa-
ciones, que te aseguro Rodulfo; me han he-

cho volver mis ojos hacia tí como unico tabernaculo de mis amores y de mis recuerdos. Siento en mí un vacío que segun entiendo te sucede á tí lo mismo, el vacío de la amistad, el reposo de la franqueza, de la variedad en la conversacion. Falta el impulso á la superioridad por medios nobles. Dios quiera que no nos habituemos á una vida tan insípida!

Allá en sus coloquios de confianza los esposos encontraban un alivio refiriendose las observaciones que les suministraba el trato de los concurrentes; y tenian razon en reflejarse, el uno en la mirada sincera del otro, porque esos dos corazones radiaban para la felicidad, comprendiendo que un amor ennoblecido por el sentimiento bastaba para simbolizar la tranquilidad del mundo, sea en el desierto ó en medio de las olas arenosas de las poblaciones. Esa costumbre que hacia descansar el orgullo en contar un número crecido de amantes, era la parodia mas exacta de la ignorancia, del estado de prostitucion á que un alma podia llegar; la escuela mas descarnada de una sociedad que educaba para la desorganizacion de la familia, asesinando en los albores de la infancia el corazon de anjel para reemplazarlo por la lubricidad de la inconsecuencia.

—Es el error mas craso, decia Rodolfo, creer que la felicidad se ensuentra en la multiplicidad de las afecciones. Un corazon acostumbrado á amar cuanto ve facil de halagar el sentido, siempre está azaroso é inquieto.

to, porque la inestabilidad del sentimiento abate la idea de la mujer; la desconceptúa allá en su pensamiento y jamas tiene la calma de la confianza para entregar su porvenir á un objeto. El amor es la unidad que asimila, que amalgama dos existencias en una. La diversidad, la volubilidad del ser es precisamente la desorganizacion de esa unidad que ha hecho ser grande al que la ha comprendido y sentido. Yo he oido llamar amor á ese último estado y me ha sorprendido en que el deber social de las familias marche sobre bases tan inseguras como inmORALES. Es verdad que en el ser humano hay dos naturalezas, la que es dominada por el cuerpo y la que lo es por el alma. Los que participan de la influencia primera, jamas llegarán á encontrar lo que diariamente buscan, un bien-estar; porque el sentido que les domina se despierta á cada objeto que aparece y corriendo siempre en busca de impresiones que les satisfagan, no dejan de ir adelante hasta que la edad les amontona en ese retiro de la degradacion labrado por la desonra. En esos seres se manifiesta la superioridad del animal y á no ser por un pequeño brillo del alma, seria facil de reducirlos á la categoria del salvaje.—En los segundos se vé la elevacion del espiritu que honra á la humanidad. Allí aparecen dominadas las impresiones de la materia y cuando un ser les arroba el pensamiento, ellos no buscan la degradacion para adorarla, buscan siempre un punto mas alto donde idealisarles y gozar por el

amor que se aumenta á fuerza de honor y de ilusiones. Es entonces el goze un elemento de progresion y no un decaimiento de pasatiempos satisfechos.

Rodulfo, al paso que desahogaba su corazon susceptible á los descarrios sociales, tenia un placer en imbuir en su esposa, ideas que no la hiciesen decaer en sus principios. Le amaba tanto y ella que tambien lo amaba, mezclaban por lo regular sus conversaciones con besos ardientes de serenidad y bien-estar.

—Es verdad continuó Rodulfo, que hoy es dificil comprender esos amores que llaman de fantasia, porque el positivismo del siglo ha desvirtuado la naturaleza humana. Lejos de irnos acercando á la purificacion de los sentimientos, la ambicion y peor que todo, esa vanidad insoportable de la ignorancia nos arrastra á materializar lo mas casto y virjinal del alma. El orgullo está hoy en corromper y el que dotado de un fondo moral quisiera detener la caida de un ser, va á sacrificarse sin fruto en las murmuraciones de las tertulias. La moralizacion del mundo es la reforma de la sociedad y esa salvacion de un naufragio triste y de oscuro porvenir, está en la rejeneracion de la mujer por el amor que fortifica é ilumina. Mas la mujer se aleja de ese camino y en el decaimiento que presenciarnos, solo se alcanza á divisar la inseguridad y dislocacion de los lasos sociales.

Magdalena escuchaba con agrado á su esposo y como temiendo interrumpir el pensamiento de Rodulfo, se complacia en oirlo

en medio de las caricias espontaneas que le prodigaba.

—Estás conforme, Magdalena, con mi modo de pensar?

—Me alivias de expresar lo que siento, Rodulfo, contestó Magdalena.

—Oh! si eres tan buena, como no haz de sentir la repulsion á lo que pugna con nuestra educacion. Te aconsejo que no manifiestes desagrado delante de las visitas, ni que critiques nada delante de ellas, porque seria acarrearlos enemigos sin provecho. Sucede siempre q' toda sociedad dominada por un espiritu malo, es intolerante para recibir una leccion que le haga comprender lo que es.—El ignorante es orgulloso porque la ignorancia es su espejo; asi sucede con los pueblos que se creen perfectos por no variar del orden en que se habituan á vivir.

—No tengas cuidado, veré modo de pasarlo sin agraviar á nadie.

La hora de la noche era avanzada y nuestros huespedes se entregaron al sueño de la mansedumbre.

Dejemosles residiendo en Lima, entregados á las consideraciones justas que nacia del choque de dos civilizaciones. Vamos á penetrar en el juicio que se formaba—la aristocracia, de Rodulfo y Magdalena.

CAPITULO III.

Por lo que pasaba en uno de los salones del marques de Obando, se podrá tener una idea de las diversas impresiones que habian causado Rodolfo y Magdalena.

El marques de Obando, jefe de la marina española en estos mares, se complacia en tener tertulias á donde concurría lo escogido de las personas que en aquel entonces se llamaban cultas. En uno de aquellos dias, las personas iban llegando con el ánimo de divertirse, que era el espíritu que dominaba la época. El salon era estenso, rodeado de sillas costosísimas por las labores que en el respaldo se dibujaban. En medio de los costados habia dos mesas con la cubierta de plata y sobre ellas dos candelabros de cinco luces, hechos á martillo por los plateros del país.

Al frente de la entrada del salón, un sofá de fondo lacre señalaba el lugar de la dueña de casa. Algunas sillas de brazos de alto respaldo y desnudos maderos y una especie de piano llamada clave, formaban el adorno de la sala de recibo. El techo con sus vigas descubiertas y talladas con prolijidad, sostenía en su centro una hermosa araña que se descubría en las grandes funciones de algún cumpleaños de la familia, derramando luces en abundancia. Su pared estaba cubierta por cortinas de damasco lacre, teniendo en uno de los costados una imagen al óleo. La señora de la casa no se hacía esperar, porque desde las siete y media de la noche se colocaba en su asiento aun cuando nadie hubiese, para esperar las visitas. Vestida con un traje ancho y subido de talle, acababa de cubrir su cuerpo con un largo pañuelon. El rostro era despejado y adornado con aretes de perla, collar de brillantes y un gran abanico para refrescar el calor de la atmosfera.

Eran las ocho de la noche y apenas habían entrado algunas señoritas que se colocaban unidas en un orden de sillas. Los jóvenes demoraban y la impaciencia de aquellas bellas, crecía al verse solas en medio de algunos señores de edad y de las madres que custodiaban la presencia de sus hijas. Había algún ruido producido por la concurrencia de las jóvenes entre sí, cuando se vió presentarse á un señor que entrérgaba en la antesala al lacayo, su capa, baston y sombrero. Era el señor Inquisidor Mayor que entraba

de visita. A su presencia, como á la de cualquier concurrente que llegaba, las conversaciones se apagaron y las miradas de todos se fijaron en el señor que entraba. Vestido de pantalon de paño blanco, corto y prendido á la rodilla con un reluciente broche, ostentaba una pierna derecha, finalizada en un pié pequeño, que resaltaba por lo negro del terciopelo y la brillantez de su hebilla. Chupa de terciopelo lacre larga y abierta en el centro, dejaba sobresalir una gran balonilla encarrujada con esmero. Corbata blanca y una de aquellas fracas anchas que hoy visten nuestros actores, acababan de formar el vestido del personaje que miraban las bellas. Su semblante pálido, era espresivo por la mirada de águila que arrojaba. Hombre de alta talla, llamaba la atencion al verle, la cabellera rísada y alba por el empolvado, que tan bien le venia.

El Inquisidor Mayor se presentó en el salon, recorrió con su vista la concurrencia y adelantando con paso grave se detuvo en el centro de la pieza. Desde allí principiò á hacer las cortesías de estilo que se reducian á ejecutar con pausa un verdadero solo de la gabota, acompañando tales movimientos con un caudal de voces galantes en que se indagaba el estado de la salud de la familia por menor y mil otras frases que costaba trabajo el retener. Esto constituia al hombre de corte. Los hombres se pararon y la dueña de casa se puso de pié para contestar, al propio tiempo, que el visitante saludaba en

un tono parecido. A las cortesias del que saludaba, la señora de casa contestó con otras especiales que consistian en tomarse el vestido con dos dedos por delante y suspenderlo con pulidez al tiempo de encucillar por tres veces las rodillas.—Concluida esta ceremonia, el Inquisidor pasó á tomar asiento al frente de las señoras; porque en aquel tiempo era impropio que delante de los padres, los hombres se entreverasen con las jóvenes para tertuliar. No habia remedio, un flanco del salon ocupaba un sexo y otro, él otro. Como se lucian entonces los ojos!

Despues del Inquisidor entraron dos ó tres jovenes mas, que pasaron por las hercas caudinas de la salutacion. Las jovenes embarazadas en sus asientos por el *aro* de madera que formaba un ancho volumen del cuerpo, continuaban su conversacion con menos frecuencia, porque al frente tenian que sostener la conversacion que mas les interesaba, la de la espresion que debian comprender los jóvenes de la banda opuesta del salon.

La señora de la casa dirigió la palabra al señor Inquisidor despues de algunos momentos de silencio.

—Estamos muy favorecidos, señor le digo, con los huespedes que nos han llegado.

—No hay duda—señora marquesa, contestó el Inquisidor Mayor, son bastante hermosos.

—¿Les ha tratado U?

—Estaba en mi deber el hacerlo y puedo

asegurar á U. que sobre todo me parece superior la señorita Magdalena.

—Sobre el particular hay opiniones, señor; nuestras juvenes y en particular mi marido, es apasionadísimo del señor Rodulfo. La gravedad que le caracteriza me dicen, que hace llamar la atención, mucho más cuando se le oye discurrir. Su fisonomía sobre todo es muy dulce y fina

—No es extraño que el señor Rodulfo se manifieste grave en este país, repuso el Inquisidor. Él ha estado acostumbrado á la conversacion de los franceses que procuran adivinar lo que pasa en el cielo por puras presunciones. Aquí amamos nuestra fé y sería una locura el darle cabida á sus disertaciones sobre puntos filosoficos. El tiempo más perdido es el que se consagra al raciocinio, porque no debemos saber más que lo que se nos manda creer. ¿No es una falta de juicio pretender gastar el tiempo en aprender lo que no dá para el sosten de la vida?

El marques de Obando, amigo del estudio dijo entonces;

—Rodulfo tiene para mí el mérito de su laboriosidad, el empeño de darnos una emulacion que nos arrebate al estudio. Es verdad que debe ser molesto á los que no puedan sostenerle una conversacion, pero jamás será criticable por su cultura. Quizá son los únicos momentos de regocijo para mí los que paso oyendo su finura en el espresarse.

—En días pasados, agregó el Inquisidor,

tuve una fuerte cuestion con él sobre derechos de independencia en el pensamiento. Le promoví la conversacion con intencion, por informes que habia recibido del abate Gongales. U. conoce á ese santo hijo de la compañía de Jesus y me ha asegurado que es sumamente perjudicial y peligroso por las doctrinas libres que sostiene, al procurar la emancipacion de la razon. El señor marqués no habrá observado al señor Rodulfo bajo este aspecto como yo, al defenderlo; pero es un hecho lo que el abate me ha asegurado.

El auditorio se sorprendió al oir estas palabras, y como estupefacto de lo que era Rodulfo, aprobaron el juicio del Inquisidor Mayor. El marqués de Obando, como atemorizado, se arrepintió de su opinion y lleno de temor inclinó su cabeza en demostracion de arrepentimiento.

El Inquisidor Mayor era un hombre de 35 años, de figura gallarda, pero orgulloso por el temor que infundia con su poder. Ambicioso de reputacion, le era insoportable el consentir que se elojiasse á persona alguna en su presencia. Aparentemente era la moralidad ejemplar, pero dotado de pasiones fuertes no divisaba obstáculos á la satisfaccion de sus deseos. El tribunal le facultaba para sustraer de las casas la persona que quisiera. Bastantes veces se vió que la familia de honrados españoles tenian que permitir la salida de sus hijas al lugar misterioso que la órden del tribunal designaba.

El gran Inquisidor, como decimos, habia

visitado la casa de Rodulfo, y encendido en sentimientos que él no se esplicaba, habia fijado sus ojos en el ángel de dulzura, en esa esposa que parecia respirar el aliento del amor. Mientras Magdalena se entregaba en brazos de la felicidad, ya un hijo de la devastacion tramaba el medio de dislocará esos dos amantes, de colocar una balla entre el amor del uno y la idolatría del otro.

Al propio tiempo que se hablaba de Rodulfo, las bellas se entretenian en hablar de Magdalena. Una de esas marquesas jóvenes que estaban acostumbradas á dominar un círculo de hombres con la coqueteria peculiar de la mujer, parecia encendida de cólera al echar de menos á un tal D. Santiago de Zalsar que tenia preferencia en su corazon.

—Seguramente la señorita Magdalena, decia esta marquesita, estará divertida con la visita de nuestros amigos.

—Es verdad, respondió la hija de uno de los vocales, que nuestros jóvenes se han perdido algun tanto de las casas. La señorita Magdalena parece distraerles de la vida habitual que tenian.

—Es lo que sucede por lo regular, observó uno de los señores de valonilla y pantalon de grana, con las personas que recién llegan. En la esposa del señor Rodulfo hay gran belleza y no es raro de que halla llamado la atencion á la juventud.

—Asi la han hecho aparecer, salió diciendo la marquesita, como una deidad y no toman en cuenta que bajo esa capa de dul-

zura y hermosura que es problematica, debe haber un corazon mas despierto que lo que se cree. Es hija de Napoles, del voluptuoso Napoles y pronto sabremos en lo que viene á parar.

El gran Inquisidor pareció herido al oír tachar la mujer que solo una vez habia visto y sin contenerse saltó defendiendola;

—Magdalena es una excepcion de belleza, en esto no hay duda.

La señorita marquesa, llamada Margarita, tenia el orgullo de ser distinguida por el Inquisidor, así fué que al oírle esa confesion pareció sentirse herida en su mas delicado orgullo, y sin contener su rivalidad humillada,

—Se necesita ver un poco *mas allá*, dijo, para dar preferencia á la señorita que parece haber causado alguna impresion en el señor Inquisidor.

La cuestion continuó adelante y á la par que los defensores de Magdalena callaban, el bello sexo se estendia en murmuraciones de este jenero que demostraban una rivalidad incontenible.

—En esta conversacion dieron las nueve de la noche; al sonido de esta hora el señor Obando se levantó de su asiento con algunos ancianos, se dirigió á una pieza inmediata, en donde se jugaba naípe. Las señoras ajenas ya de galanteos, siguieron poco despues á hacer sus apuntes, y hé aquí que la juventud se encontró en su brillante apojeio.—Los jovenes se entreveráron entonces con las bellas, los respetos á la paternidad desaparecieron; al si-

lencio y restriccion de la etiqueta sucedió el desahogo de los corazones. Cada cual fué entonces un atleta de verbosidad.

En estos momentos llegó el señor Zalsar, y la marquesita que radiaba de celos fué la primera que le procuró sorprender, satirizándole.

—Qué trae U. de nuevo? le preguntó. Seguramente el salon de la napolitana le habrá hecho olvidar que antes de las distracciones es preciso ver á las amigas que aman á sus amigos.

—Dispense U., Margarita, respondió Zalsar, me he entretenido oyendo á Magdalena. Allí estabamos algunos amigos que, como yo, queremos á esa joven por el espiritu que demuestra.

Margarita se iba encendiendo de colera, pero con una risa aparente ocultaba la impresion que le causaban tales palabras.

—U. está amando ya? le dijo.

—No amando, es una distincion, un agrado el que he querido espresarle. Cree que yo podria amar, existiendo U.?

—Pues es estraño que se pasen las horas por agrado, sabiendo que aquí estabamos reunidas. Mas valdria que su discrecion le hiciera pensar en mi sola y no en seres que bajo ningun aspecto pueden ponerse al lado de señoras como yo.

—Pero quien ha dicho, que una amistad y un amor escluya un pasatiempo? En cada halago que descubro en Magdalena recuerdo, las dotes de U. y esto lejos de darle incomo-

didad debia agradarle, porque asi le amomas.

—Preferiria que U. dejase de frecuentar esa casa.

—Y como romper la amistad que yo tengo?

—Obedeciendo y despreciando él qué dirán. No seria una verguena para mi el que le fuesen á creer amante de Magdalena? Jamas he podido soportar que mis adoradores tengan otros halagos. El amor es orgullo, y U. me humilla visitando á esa joven.

—Pero yo no amo á Magdalena, dijo Zalasar, es una simple amistad y nada mas.

—Cuan dificiles son las amistades, mi amigo, entre jovenes! Ellas dejeneran bien pronto en otros sentimientos.

—Pero U. sabe que es casada y no podria ir á perturbar el reposo de dos corazones felices.

—Lo sé, y en prueba de ello sé tambien que yo, á pesar de ser soltera, correspondo á la pasion que U. me profesa. El matrimonio es el enlace de dos amores ò de dos intereses. Guardandose afeccion al marido ¿quién puede quitar la vida á la juventud? Cree U. que si yo no le amase, si en el amor no encontrara mi felicidad ¿seria disculpable ante Dios?

Zalasar, que oia estas razones pareció estremecerse al escuchar el nombre de Dios invocado para justificar una falta de Margarita. El se estremeció, porque el cinismo siempre despierta algun sentimiento en los seres prostituidos. Desde entonces el velo de las

ilusiones pareció corrido y sin atreverse á contestar por la lucha del vicio que le mandaba conservar una pasion y el deber que le mandaba repulsar tal degradacion, prefirió callarse y ahogar sus impulsos en la embriaguez de los halagos.

—Pero ya que U. exige de mi, repuso Zalasar despues de algunos momentos, el que me prive de una amistad inocente, ¿tendré derecho para exigir de U. que tambien abandone ciertas amistades que me incomodan?

—De que habla U.? dijo Margarita.

—De las demostraciones que tiene con el Inquisidor Mayor y con el señor Castro.

—Me cree U. apasionada de ellos? sea U. sociable querido amigo, eso es necesario en sociedad para conservar el aprecio de las jentes. Estoy seguro de que U. no me amaria si me viese sin adoradores.

—Eso seria tolerable Margarita, sino temiese que con la frecuencia de las conversaciones, esos señores viniesen á tener algun lugar en su corazon.

—No me juzgue U. con tanta lijereza. Yo juego con el amor de los que me rodean, porque no he tenido otra pasion que la de U. y esté seguro que todo se estrellará contra ese idolo de mi juventud.

Margarita dejó caer á ese tiempo la mano, para que la tomase Zalasar, y comprimiendole con descuido le trastornó la serenidad despues de una mirada tierna y de profundo amor. Zalasar no se atrevió á continuar y vencido por las impresiones del mo-

mento, accedió á las ordenes de Margarita sin conseguir que ella accediese á las de él.

Zalasar orgulloso del corazon que creia poseer, se levantó del asiento para contestar á los llamados que le hacian dos parejas, que ocupaban su tiempo en contar chismes é historietas. Castro aprovechó en este momento el lugar vacante y sin pérdida de tiempo dijo á Margarita:

—Saldrá U. mañana al lugar que le indiqué poco antes?

—Es imposible, casi, porque mis padres se acuestan tan tarde.

—Pero haga U. un esfuerzo. Es la prueba que me satisfará de su pasion. Salga amor mio, cubierta con su manto y pierda cuidado de su seguridad. ¿A qué horas se acuestan sus padres?

—A las diez.

—Dé U. al negro de la puerta dos fuertes y éste proporcionará la salida y la entrada.

—Me asegura de que no seré descubierta?

—Se lo juro, bella Margarita.

—Bien está. Levantese U. de este asiento para que no nos crean sospechosos.

El Inquisidor observaba con los ojos encendidos las conversaciones que no alcanzaba á percibir. Tenia algun cariño á Margarita y su orgullo sufría cuando se imaginaba que alguno pudiese vencerle en el amor. En el estado de rabia habiase desahogado con un joven que tenia al lado, moralizando sobre las costumbres.

—Para conocer el valor de la mujer, le decia, basta observarle en la vida intima. La vereis ocupada de los cuentos que se forjan y nunca la hallareis dispuesta á aceptar el elogio de otra mujer que descuelle. Y en qué está eso? preguntadsele á las madres que desde la infancia no preparan el corazon de sus hijas á los grandes hechos; indagadlo en la educacion que reciben, trivial y llena de dobleces; sin fondo para columbrar la superioridad de la intelijencia; desenterradlo de ese circulo de torpezas y vaciedades que el mundo les infiltra, con la insipidez del hombre que postra su mision ante el culto de la depredacion.

El joven se manifestó convencido y á fin de halagar á aquel hombre le apoyaba diciendole:

—En los pueblos poco adelantados, el jenio es un dote pernicioso, porque la envidia del vulgo que procura surjir, cree un obstáculo la superioridad del otro. Igual cosa, señor, pasa entre las juvenes. Ya habeis oido hablar de Magdalena; la superioridad de la virtud, de la hermosura ò del talento son un blanco al que le declaran la guerra. Entonces hay union para la mordacidad y fino tacto para labrar la calumnia; y es por eso que las rencillas femeninas son aceptadas, porque el número de la nulidad es mayor en todas partes.

El Inquisidor luego que vió á Margarita sola, fué á sentarse á su lado por instancias que ella le hacia con la vista.

—Por qué ha estado U. tan retirado de mí? le preguntó la marquesita.

—La he visto tan entretenida que temí importunarle acercándome.

—¿Importunarme U.? que no sabe que todos los hombres me son indiferentes y que solo U. es para mí lo aceptable que encuentro?

—Gracias, Margarita, por el cumplimiento.

—Oh! no crea U. que soy como la jeneralidad de las mujeres que acostumbran enganar á tres y mas hombres á un tiempo; yo soy muy franca y le aseguro que Zalasar y Castro no son mas que unos buenos amigos, unos entretenedores del tiempo. Fuera de ahí para nada mas les quiero.

—Me alegra U. Margarita con sus palabras, porque yo que la amo con tanta hidalguia y pureza; yo que tengo fijo en U. mi porvenir, pues le amo para santificar en la tierra la vida de una union que deseo, me es duro presenciar que otros le hablen con el silencio de la seduccion.

—Está U. celoso? amigo, no tiene U. por qué desconfiar. U. me conoce incapaz de dar oidos á palabras que ofendiesen mi pureza. Mi único pensamiento es esperar con ansiedad el dia de año nuevo para que se realicen nuestros votos.

El Inquisidor Mayor estaba realmente enamorado de Margarita. Le habia prometido casarse; asi era que los deseos de ambos estaban cifrados en formar una familia.—Margarita se

presentaba como el anjel del candor á los ojos de aquellos á quienes creia propios para entregarles su mano con lustre para la casa, para los títulos que adornaban su nombre.—El Inquisidor Mayor, hombre de mundo, sentia los ojos bendados por el amor y aun cuando algunas veces tenia celos, la marquesita tenia buen tacto para desvanecerlos y corroborar las creencias del Inquisidor. †

—Margarita, dijo el Inquisidor, yo deseo veros con mas frecuencia y tener algunos ratos de soledad con U. ¿Por qué no procura el que estemos á solas?

—Imposible, amigo querido, imposible porque mis padres me custodian en extremo; y sobre todo, seria hasta impropio el que yo recibiese á solas á un jóven, aun cuando fuese una persona como U.

—¿Pero sus padres no duermen por las tardes? yo querria verle siempre entre dos luces, hora en que por lo regular todo está tranquilo.

Margarita pareció sorprendida á estas palabras, porque la hora del crepúsculo de la tarde era la hora de las entrevistas amorosas. En esa hora, la sociedad femenina tenia libertad para recibir sola, porque los padres dormian y jamás podrian salir á los salones por hallarse despeinados y sin el lustre de la compostura.

—Esa hora es fatal, mi amigo, le dijo Margarita; yo aun cuando tuviese oportunidad, no recibiria, porque el vulgo cree que

esa hora la ocupamos nosotros en ver á los amantes.

—El tiempo nos proporcionará una entrevista eterna, contestó el Inquisidor, aludiendo al matrimonio.

La propia resistencia de Margarita á acceder á las instancias del Inquisidor, corroboraron á este en que ella era persona digna de recibir su nombre.

Cuando se observa esta farsa de misterios, cuanto se aprende del corazon humano! Quien tubiera la fuerza de rasgar el oropel de la sociedad para manifestar á ese premio de la creacion, que lejos de marchar á la conquista de la independendencia habitual, á la dominacion del globo por el amor casto dibujado en la divinidad del alma con los colores de la poesia mas absorbente, solo levanta sobre sus frentes el monumento de la muerte social! Oh! eso seria declarar la rejeneracion de los pueblos, que no se comprende aun, por que el cuerpo domina al espiritu.

La tertulia continuó en este estado hasta las once de la noche, hora en que los padres y madres que lo habian pasado jugando, volvieron á tomar sus hijos para recojerse. Los jóvenes al divisar que los ancianos venian, volaron á ocupar su antigua posicion. Se salvaban las apariencias y esto bastaba para la tranquilidad de las conciencias paternas. Cada familia se despidió sin que ninguno se atreviese á acompañarlas, porque era ilicito, prohibido tomar á una jóven del brazo.

CAPITULO IV.

LA fragata «San Fermin» que habia conducido á nuestras playas á Rodolfo, traia tambien entre las cartas de familia para los españoles residentes en el Perú, una para el jefe de la compañía de Jesus en este pais. Esa carta contenia algunos informes que tienen relacion con nuestro asunto. La daremos á conocer en compendio.

«Junto con esta van dos personas á establecerse en Lima y á fin de que no puedan ofreceros inconveniente en tiempo alguno, como para que les tengais bajo vuestro puño, os daré algunos detalles de quien es él, quien su esposa.

«Rodolfo es hijo de una casa floreciente en otro tiempo, noble de cuna y hoy algun tanto atrasada por accidentes de la fortuna.

No es un católico como los buenos hijos de España: sus padres cometieron en la falta de hacerlo educar en Francia; así es que su moral se reciente de las doctrinas ateas que allí dominan; pero es docil á la razón y no es de dudar que por medio de su esposa se le pueda convertir totalmente, porque le ama con delirio. Esto os hará tocar el camino que la costumbre nos ha inspirado y hecho surtir tan buenos resultados. Rodolfo se casó hace tres meses con la joven que le acompaña; ella es bonita pero hija de un mercader que ha enriquecido. En ese país está un joven *nuestro*» El abate leyó algunas instrucciones á este respecto que le sorprendieron. Os hablo del Inquisidor Mayor, á quien mediante nuestra influencia se encuentra en el puesto que ocupa.

«Aprovechaos de estas instrucciones para dominar al Inquisidor y á Rodolfo.»

El abate Gonzalez que era el jefe á quien venían estas instrucciones, se quedó pensativo algunos momentos y como procurando desenterrar algún bien para la *Orden* tomó su libro de apuntes y puso en una de sus hojas: «trabajo que se empleará para la conversión de R.» Estas líneas eran el recuerdo de las ideas que acababa de concebir y la simple enunciación del objeto, le bastaba para no olvidar sus trabajos á este respecto.

El abate continuó leyendo algunas otras cartas y luego que hubo concluido, hizo llamar á su celda al padre Ulloa, para recibir los datos que de costumbre tenía obligación cada «hermano» de dar á su superior.

—Dicen algo de nuevo, nuestras devotas? le preguntó el abate Gonzalez.

—Hoy he confesado á algunas, contestó, el hermano, pero nada ofrecen de nuevo en sus conferencias. La familias siguen en orden, algunas habladurias sobre lances amorosos y nada mas.

—Las aulas estan bien? mucho cuidado con esos niños que cursan latinidad, no aprendan vicios en sus costumbres. Ayer he pasado por el claustro y he presenciado que dos juvenes jugaban solos en el patio.

—Algun descuido del inspector, ahora le reconvendré.

—Bien hermano, estoy procurando la captura de ese joven que parece ha hecho cambiar de resolucion á la devota que estaba dispuesta á ser monja.

—No descuideis señor ese asunto que nos importa.

—Descansad en mí.

El hermano Ulloa se retiró y luego principiaron á entrar otros hermanos á dar razon de lo que pasaba y de lo que sabian. Era la hora de los denuncios y de las conferencias privadas. Allí se delataba un hermano á otro de lo que se veian ó decian y cada cual daba cuenta de lo que habia oido en las conferencias con las devotas. Esto duró como una hora y media, concluído lo cual, el abate compuso su traje y salió á la calle. Tomó por Plateros y de allí se dirijió torciendo calles á la casa de Rodulfo. Este habia salido, asi fué que se encontró con Madaglena á solas.

—La paz de Dios en esta casa, fué el salu-
do del abate.

—Adelante señor, repuso Magdalena, des-
de el salon de recibo.

—El señor Rodulfo está en casa? preguntó
el abate.

—No señor, acaba de salir, pero si U. gus-
ta descansar, tome asiento.

—Gracias señorita y sentandose al frente
de Magdalena sacó de su bolsillo una rica ca-
ja de oro con rapé.

—Tenga U. la bondad de tomar una nari-
gada, le dijo, presentandole la caja abierta.

—Mil gracias, no lo uso.

El abate se sirvió á si mismo y tomando
posesion en su silla con aïre elevado pero hu-
milde le dijo;

—Está U. avenida en este pais? la salud
no ha sufrido trastorno alguno?

—Felizmente, no señor.

—Pero extrañará mucho el pais que ha
dejado?

—Al lado de mi marido nada extraño, se-
ñor abate. Es verdad que las impresiones de
la recien venida son tristes, pero luego que se
familiariza con las jentes, se olvida en gran
parte la tierra que nos vió nacer.

—Cierto señorita, y todo es mas llevade-
ro cuando el corazon se pone en Dios.

—Es el pensamiento diario que me ocupa;
mi amor á Dios y á Rodulfo. Cuando me en-
cuentro sin él, me extasio adorandole en mí

corazon. Hay mayor felicidad para el alma que orar á Dios?

—Tiene U. razon. De que santa es U. devota?

—Yo adoro á Dios siempre y á él solo le dedico mis plegarias; porque me parece que es poco el tiempo para adorar á otros santos, teniendo á Dios delante.

—Pero siempre es conveniente tener un santo de devocion que interceda por nosotros.

—Dios nos oye, señor abate, en nuestras suplicas y oyendonos él como unico padre de nosotros, atenderá lo que de él invoquemos recatadamente.

—Como se conoce señorita que U. no ha sufrido trastornos en su vida!

—Porque me dice U. eso?

—Porque es en los trastornos donde se conoce el poder de los santos, los milagros que nos hacen. Contaré á U. un hecho que pasó ahora poco en alta mar para que se convenza de ello. Venia del Brasil á Buenos-Ayres un barco con algunos pasajeros. Despues de tres dias de navegacion les acometió un fuerte temporal. El viento tronchó los palos en que se aferraban las velas, el buque pareció sumirse en las olas; los pasajeros y la tripulacion desmayaron en la manobra y resignandose á morir, el capítan que era portugués, sacó de su camarote un San Antonio de su devocion. Todos se rodearon de él y principiaron á hacerle promesas. El viento principió entónces á disminuir y las olas á suavizarse. El temporal pasó y la nave

á costa de sacrificios pudo arribar de nuevo al puerto de donde habia salido.—Ya vé U. el resultado de una devocion.

—Y si se hubiesen encomendado á Dios, repuso Magdalena, no habrian tenido el mismo resultado?

—Quizás no, porque á San Antonio se le podian hacer promesas, ofertas que es posible redimir en este mundo con dádivas al culto; mientras que á Dios no, porque á él se le paga en la otra vida.

Magdalena se sorprendió algun tanto de esta doctrina y prefirió callar por no contradecir á todo un señor abate.

—Nosotros, dijo el abate, estamos encargados de la salvacion de las almas y en este pais parece Dios habernos dado una abundante cosecha.

—Hay mucha santidad aquí?

—Como no señorita. Vaya U. á los templos de noche y los verá llenos. ¿U. ha tomado ya un confesor?

—Aun no, mi esposo siempre los busca y yo acepto el que me designa.

—Yo creo y espero que U. aceptará la oferta que le hago, de ocuparme en lo que me crea digno.

—Agradezco á U. mucho, señor abate.

A este tiempo llegó Rodulfo. El abate le saludó con afecto y Rodulfo á él.

—Hemos estado disertando con la señorita, dijo el abate y me ha agradado su buen juicio.

—Magdalena, señor abate, respondió Ro-

dulfo, no tiene mas que su virtud que la ilumina. ¿Ha visto U. al amigo el señor Inquisidor Mayor?

—Está muy bueno.

—Sirvase U. decirnos señor abate, interrumpió Magdalena, cual es el nombre del señor Inquisidor? hasta ahora no lo he sabido.

—Es un Montañez señorita, venido de España algun tiempo ha. Se llama Eduardo Ramirez.

—No sé qué impresion me hizo su fisonomia el primer dia que le ví y estaba con curiosidad por saber quien era.

—Es altamente apreciable, dijo el abate. Siempre triste y estudiando, pasa una vida ejemplar. Creo que se casará dentro de algunos meses con la marquesita Márgara de....

—Que tiempo ha que el señor Eduardo está en América? preguntó Magdalena.

—Harán dos años segun creo.

—Ese señor ha viajado por Nápoles? señor abate, añadió despues.

—Entiendo que no, aunque no sé á punto fijo la verdad.

—Tiene familia el señor Eduardo? preguntó Rodulfo.

—No señor, es un hombre enteramente solo, recomendado por sus luces y sus virtudes. El no ha dicho jamás quien es su padre y cuando se le ha preguntado por su familia, ha contestado con un suspiro profundo.

Magdalena tomó interés en esta conversacion, sin darse cuenta a sí misma de ello. Se puso triste, meditó algun tanto y como ator-

mentada por algun recuerdo pareció hacer un esfuerzo diciendo para sí—

—Es una locura creer que Victor viva, Victor el amigo de mi familia. En vano me atormento en creer cosas sobrenaturales por que seria una desgracia que las sombras apareciesen en vida.

El abate se levantó del asiento para conversar aparte de Magdalena con Rodulfo. Esta, comprendiendo que importunaba se retiró del salon; así fué que los dos quedaron á solas.

—Señor Rodulfo, dijo el abate, es conveniente á vuestra posicion que el público os vea con un director espiritual de vuestra casa.

—No tengais cuidado, señor abate, porque yo no me opongo á lo que mi relijion me manda; pero mi costumbre ha sido no tener confesor esclusivo para mi familia.

—Sin embargo, aquí es muy mal visto que no haya un sacerdote conocido. Yo como amo á UU. me intereso en darles este consejo.

—Perded cuidado, en pocos dias mas tendré que importunaros quizás á vos, porque al fin es el único señor que conozco.

—Recibiremos un honor, yo y mi orden con tener á UU. por devotos.

Rodulfo continuó hablando con el abate largo rato sobre cosas insignificantes. El reloj dió la una del dia y nuestro abate tomó entónces su sombrero.

—Es la hora de comer, señor Rodulfo y os dejo.

—Siento que me dejeis, volved á menu-

do y traed al señor Eduardo que le creo persona hábil, segun la opinion, para que tertulíemos largo.

—Con gran gusto.

El abate se retiró á su convento y los esposos se pusieron á gozar de la confianza y el amor que se tenian.

CAPITULO V.

El abate Gonzalez habia penetrado en el corazon de Magdalena, cerciorandose, por la curiosidad que habia manifestado al indagar quien era el Inquisidor Mayor, de que en el fondo de la esposa quedaban cenizas ardientes de un amor evaporado por la idea de la muerte. El abate necesitaba apoderarse de esta familia por la orden que el superior de España le habia remitido. Rodolfo podia hacer males á la compañía en el ejercicio de su cargo y era facil tambien q' el Inquisidor cambiase del dominio que sobre él ejercia el abate, si se efectuaba el matrimonio de Eduardo. Asi fué que su pensamiento se contrajo á apoderarse de la direccion de Magdalena para asegurar mas al Inquisidor.

El abate habia meditado largo rato sobre

el particular; se paseaba solo en su celda sin levantar los ojos del suelo.

—Es preciso se decia á sí mismo, que vea al Inquisidor para sondearle el corazon. Quizas Margarita le haya hecho olvidar sus primeros años; quizas los recuerdos de su pasion loca, hayan muerto con la independendia de su voluntad. El está bajo mi poder, porque no sabe que en mis manos está su perdicion. ¿Qué me importaria desgarrar el alma de Rodulfo con celos que pudiera despertarle? ¿qué me importaria que Magdalena se encontrase dividida en su voluntad y que el Inquisidor fuese sacrificado por Rodulfo? Yo les tengo en mi poder; pero no lo ejerceré sino cuando note algun mal que amenace á la orden. Por ahora me conviene saber de Eduardo, lo que piensa, mas tarde veremos lo que es preciso adelantar.

El abate se iba entusiasmando con sus ideas. De repente se detuvo al frente de un San Ignacio que tenia á la cabecera de la cama, le miró con respeto y lleno de ardor y orgullo volvió á pasearse por su pieza.

—La imagen solo de nuestro fundador, dijo, es una inspiracion de recursos y de entusiasmo. Yo, débil siervo de ese santo, quizas el mas infeliz de todos mis hermanos, cuento con mas poder que el de todos esos hombres que hoy se llaman representantes de los reyes. El Inquisidor es un dependiente nuestro y el Virrey obedece á nuestro dependiente. Y sin embargo de que somos absolutos, tenemos que andar siempre revelando la humildad y la servidumbre, porque ese es

nuestro manto real. ¡Mundo de mentiras! exclamó, si pudiesemos dominar al frente de nuestro poder con la pompa del imperio, yo seria mas resplandeciente que ese Virrey chapado de oro; entonces no seria la parodia de una monarquia la que yo representase, seria la realidad de un delegado del imperio omnimodo, que á sus plantas vé postradas las coronas y las tiaras; y que! continuó (encendiéndose de vanidad) ¿qué son al fin esos vetustos simulacros de una soberania hereditaria? se llaman descendientes en sus facultades, del Eterno, cuando en realidad no son mas que agentes ridiculos de la gran orden de San Ignacio.

¡Cuándo llegaremos á tener por cortejo publico á ese rebaño de seres que llaman pueblo! Yo necesito desplegar mis ambiciones; diez y ocho años hace que no hago mas que matar mi vida, ahogar mis pasiones: vivo entre hermanos, pero hermanos que conservan el odio en el corazon del hermano y la afabilidad de la union en la apariencia. Mi vida va corriendo y nada he gozado aun del mundo; la habitud de trabajar diariamente en el espionaje de la orden y de las familias no es una existencia agradable:—necesito goces, dominio, el desarrollo de mi poder. Quiero ver ante mis plantas á todas esas autoridades que el público reverencia. Necesito levantarme sobre un trono para ser adorado yo solo! . . . pero no, continuó bajando de tono y revistiéndose de tristeza, no soy nada;—dependo de otro poder mayor; yo caeria al dia

siguiente de mi elevacion; necesito resignarme á ser monarca sin corte. ¡Duro desengaño de la vida! . . . ¡Seré siempre hijo de San Ignacio. . . .!

El abate se sentó como abatido, como salido de un estado de fiebre. Su orgullo se resentia de no poder ostentar su poder y entre la lucha de su ambicion y el imperio de las reglas que le mandaban ser una serpiente, arrastrandose por las yerbas de los campos, el abate tenia que someterse á la existencia de la mentira; á la farsa de las apariencias.

—No quiero atormentarme, dijose á sí mismo el abate; vale mas que me contraiga al desempeño de mi cargo. Este asunto de Magdalena me preocupa; creo divisar en ella un bien para la orden. Si en este asunto no hubiese de por medio mas que la posesion de la familia, era facil salvarlo todo; porque nada me importaria que la anarquia de la familia se despertase á la larga: pero no es esto solo, necesito sobre todo, asegurar á Eduardo. El puede escaparseme ó con el matrimonio de Margarita ó con el poder de otro amor. El matrimonio es contra nuestros intereses, porque las riquezas que adquirimos por medio del Inquisidor no las tendríamos como ahora las tenemos y sobre todo, los capitales cuantiosos que Eduardo ha adquirido irian á depositarse en el seno de la familia que crease; al paso que no casandose, él, que no tiene herederos; que ha nacido de padres que no conoce, precisamente ha de dejarlos á la orden. Y de lo contrario, ¡cuánto trabajo

no habríamos perdido levantando á este hombre de la nada! ¿Seria creible que Eduardo pensase que por interes de él le hemos protegido? ¡Oh! eso seria vergonzoso para mi. Eduardo no debe casarse. ¿Y para evitar este matrimonio, que hacer?—El abate pensó algunos instantes y luego dando una palmada en la frente exclamó; no hay que temer, San Ignacio me ha inspirado. ¡Magdalena! ¡Magdalena! . . . repitió algunas veces y paseandose con la vista encendida de alegría, pasó á la pieza de dormir y principió á componer su traje para salir.

—Caeré sobre ellos, dijo á la par que se arreglaba, con la rapidez del águila para arrancar de esas entrañas, *gloria para Dios* y prosperidad para la órden. ¿Qué me importa que el mundo se desplome cuando los intereses de la Compañia están delante? ¿Mis hermanos no han arrasado á la Francia en la famosa San-Bartelemy? no han hecho caer las cabezas de Clemente XIV y de Enrique IV? ¿no han procurado hacer volar á Londres con un volcan de polvora? ¿y por qué? ¿por el bien de la relijion y de la Compañia; pues bien! ¿qué tengo que detenerme yo ante pequeñeces, por fines que son pequeños?

Devastamos las ciudades con la mansedumbre del cordero; hacemos arrodillar ante nuestro poder á los mas soberbios del mundo; tenemos el veneno y el puñal para salvar á la humanidad; las dos terceras partes del globo yacen á nuestras plantas dormidas con la dulzura de la obediencia, ¡oh poder! esclama-

mó el abate, ahora prefiero ser oveja tierna é inapercibida. Cuán sábia es nuestra institucion! yo deliraba poco ha por la ostentacion del orgullo, pero ahora veo que la ostentacion nos perjudicaria, nos quitaria el sόlio que ocupamos.

Es terrible nuestra mision, siguió el abate tomando su sombrero; terrible por los tranques duros que tenemos que pasar en la tierra. Bastaria el tormento sόlo de presenciarse que todos gozan sin poder gozar, nosotros como ellos! Cuando veo que alguno sufre, me consuela la idea de que hay otros que son mas mortificados que nosotros. El mundo es una expiacion de nuestra naturaleza; el goce debe desaparecer, es contrario al porvenir del alma. Voy pues á recorrer el estado de los que se deparan una felicidad, una felicidad que turbaria la relijiosidad de esos corazones pensando demasiado en el mundo.—El mundo! destierro del hombre, lugar de ódio y de miserias, es ocupado hoy por el vicio de la sociedad. Cuando debieran llorar y abstenerse de los placeres; esa especie lanzada para la purificacion, lo hace servir de teatro para sus diversiones. Eso es impio! Olvida la patria de los cielos, y el infierno abre sus puertas para recibirla. No puede tolerarse tal escandalo! estamos encargados de cosechar para el cielo, es preciso combatir la felicidad terrestre.

El espiritu divino me impulsa á marchar;—voy á recorrer la ciudad, á derramar el dolor....

No hay que detenerse ante las lágrimas del desgraciado; arrancad si se puede las entrañas aguijoneando mas al que principia á sufrir.

Raza maldita, cuanto mejor seria que vivieseis del espectáculo de la muerte.

- Quién pudiese destruir esos valles que sonrían al alma del pecador! Quién pudiera levantar de los escombros de los siglos, las tinieblas del mal, para empapar con el cieno de la barbarie ese oropel que hoy distrae á los hombres.

Nuestro deber es sembrar la miseria y el dolor para conservar los despojos de una pronta muerte.

Vamos á destruir para salvar! fueron las últimas palabras del abate al salir de su celda á la calle. Vamos á destruir para salvar. . . .

Su rostro algun tanto encendido por el estado febril en que se habia encontrado, se revistió de una dulzura amable. Puso, bajo de la capa negra, sus manos en aptitud de orar, y con paso grave, la vista gacha y algun tanto jivado, se encaminó por la calle que conduce á la plaza de la Inquisicion.

CAPITULO VI.

EL Tribunal de la Inquisicion tenia despacho ordinario como sucede en los juzgados que hoy conocemos, con la diferencia de que en ese Tribunal los juicios eran secretos la mayor parte y sus facultades omnimodas, porque no solo conocia de crímenes positivos sino que tambien, de las farsas que se inventaban para deshacerse de algun individuo ó castigar á algun enemigo que no daba pretextos para caer en infracciones de las leyes.

El Inquisidor Mayor tenia su sala de despacho, como decimos, y allí solia pasar algunas horas dando audiencia á las delaciones que los agentes secretos del «Santo Oficio» traian. La sala algun tanto espaciosa tenia á su frente un docel negro bajo del cual resaltaba la figura pálida del Inquisidor.

Para llegar á este lugar se subia algunas gradas que conducian á una plataforma en que se encontraban algunos asientos que servian á los jueces del tribunal. La mesa, sillas, docel y piso eran cubiertos de negro, con las armas de la Inquisicion al respaldo de cada asiento, resaltante por lo blanco de su color. El techo oscuro, manifestaba la obra jefe de talladores esmerados. Las vigas separadas de distancia en distancia, dejaban ver el relieve de adornos artisticos. El resto del salon se hallaba rodeado de algunos bancos corridos que parecian señalar los lugares á la concurrencia. Una calavera al lado del tintero; un crucifijo al frente de la mesa y algunos esqueletos de cuerpo humano, acababan de formar el adorno de la sala de despacho. Las ventanas elevadas y el grueso de las murallas, derramaban por aquel sitio un terror involuntario. Al lado del docel habia una puerta pequeña que no se apercibia á la vista del espectador, pero bien conocida de los miembros del Santo Oficio. En este salon se encontraba Eduardo rodeado de algunos hombres que daban cuenta de sus encargos. Eran como las once del dia cuando el portero tocó la puerta del frente.

—Silencio señores, dijo el Inquisidor, algo ocurre cuando se nos interrumpe con golpes en la puerta. Vea uno de UU. lo que se ofrece.

—El señor abate Gonzalez, anunció el portero sin abrir la puerta.

—El señor abate dijo el Inquisidor; tened

la bondad de retiraros para volver mañana señores; [y luego alzando la voz que resonó con estrepito dijo]; haced entrar al señor abate.

El portero abrió una de las hojas de la puerta, que sin causar el menor ruido, solo se conoció por la luz que entró. El Abate al pasarlos umbrales de la puerta cerró de nuevo la hoja dejando salir á los que antes estaban.—El Inquisidor Mayor se quitó su gorro puntiagudo, y bajando las escalas de la plataforma, salió á recibir al abate.

—Os he interrumpido tal vez querido hijo de Dios, dijo el abate tomando la mano de Eduardo con afecto.

—Nunca interrumpis señor abate, contestó el Inquisidor. No hay nada por ahora que me ocupe con exigencia.

—Lo celebro, porque mi visita es caprichosa. No tenia que hacer en el convento y he preferido pasar un rato en compañía vuestra.

—Agradezco la preferencia que haceis, al distraeros conmigo, señor Preposito. [Título del jefe de la compañía en Lima, como el de Prior en los otros conventos.]

Los dos personajes subieron á la plataforma y se sentaron bajo del docel, dando la cara al frente de la entrada.

Se encontraban reunidos dos hombres que se amaban en la apariencia; el uno adormecido por el talento del otro se dejaba dominar con la finura del halago, á pesar de existir en su corazon el veneno del ódio. Era aquella

la representacion de dos órdenes que se repartian la presa de los hombres. Colocados bajo la sombra del docel, parecian dos lunares que simbolizaban, uno de los signos inquisitoriales. Allá en las tinieblas de un edificio calculado para esconder la vista á los rayos de la luz, esos dos hombres no significaban un objeto de la creacion, eran mas bien dos representantes de las cavernas del jénio del mal.

El Inquisidor cedió su asiento al abate, en demostracion de ser aquel un jefe mas alto del Tribunal. El abate con los ojos bajos tomó la calavera que estaba al lado del tintero, y como riendo en el fondo de su alma, la daba vuelta con distraccion. De repente se dejó oír un quejido profundo que se ahogaba en las bovedas del edificio.

Por piedad!...todo lo diré...era el eco que vino á despertar los oídos del abate.

—Qué significa eso señor? preguntó el abate sin inmutarse.

—Es la aplicacion del tormento á un reo que no quiere confesar su delito.

—De qué delito está acusado? quien es el reo?

—Es un tal Moyén, francés que ha tenido la impudesa de profanar un corazón dispuesto á la vida contemplativa.

—Moyén?...dijo el abate como llamando á su memoria en auxilio, Moyén?...me hablais de aquel hereje que fué descubierto por el hermano Ulloa!

—Si señor abate, del mismo.

—Recuerdo que os lo recomendé ahora poco, y segun los avisos del hermano es grave la causa que se le imputa.

—Se le acusa de haber vertido proposiciones inmorales delante de algunos individuos; pero nada seria eso, si no estuviese de por medio....

—El bien de nuestra órden, no es verdad? interrumpió el abate.

—De lo contrario no se le aplicaria el tormento.

—Sois muy católico, amado hijo de Dios. Los ayes de la victima volvian á repetirse. Perdon! estoy arrepentido.....

—Voy á hacer que le saquen del tormento, dijo Eduardo.

—Esperad diez minutos mas, replicó el abate; qué teneis compasion?

—Compasion de los quejidos? esos dolores no han de haber sido como los mios; esos ayes no han de salir del alma, ni durar años como los ayes que yo he lanzado en medio de los pueblos y del oceano, sin que nadie diese calma á mi corazon. Compasion tener yo! repitió Eduardo, de los lamentos arrancados por el tormento á un cuerpo hereje? Oh! no, al contrario, porque ellos son la espresion de un arrepentimiento que salva á su alma del infierno. Mas creo que es bastante tiempo de martirio; permitidme que mande suspender la tortura.

—Como gusteis, pero os aconsejo que no tengais lastima de los herejes.

Eduardo abrió la puerta secreta y desde allí mandó!

—Llevad ese hombre al calabozo.

—Me habeis hablado de grandes dolores vuestros? señor Eduardo, dijo el abate, fijando sus ojos en el Inquisidor como quien procura leer en la mirada algo que se revelase.

—Si señor, de dolores que siento desaparecer en este pais, con la idea de la felicidad de mi matrimonio.

—¿Pues que vuestros dolores se curan con el matrimonio; es claro que nacerian de amores de la juventud?

—Prefiero señor abate, olvidar siempre, porque el olvido es la felicidad; os suplico que no hablemos más sobre el particular.

—Pero no amigo, repuso el abate, como el hombre que cree haber encontrado un pensamiento feliz; porque olvidar cuando el matrimonio os vá á curar de vuestras penas? Yo como os amo, querria daros un consejo de prudencia. La felicidad que procurais encontrar no esta en el matrimonio; quizás allí vais á encontrar un nuevo delirio de desesperacion. La felicidad que os es conveniente solo la hallareis en la separacion del mundo, en la consagracion que hagais de vuestra vida al servicio de Dios y de la orden. Es verdad que hay grandes dolores en la humanidad, pero esos dolores se curan con nuevos dolores que se estiendan á la jeneralidad. No sentis una satisfaccion al oir el quejido de un atormentado? Dejaos de matrimonio que solo producen cuidados y celos.

—Señor abate, estoy cansado de vivir solo, de no tener un seno casto donde recostar mi frente pesada por la amargura. Yo necesito descanso, un anjel que me mire con amor, que despierte mi corazon; en Margarita creo divisar este bien. Yo estoy resuelto á casarme y si esa mujer lejos de darme la calma y el descanso, me dá el azar de mi existencia, estoy cierto de que no empeoraré de condicion.

El abate se quedó sumerjido en un profundo silencio. Veia que Eduardo estaba resuelto al matrimonio. En aquel momento luchaba su espiritu con la rabia de no ser obedecido á su opinion; se resolvía á variar de medios de persuacion.

—Eduardo, se dijo el abate asi mismo, está corrompido y perdido para la órden; pero yo le volveré al buen camino. Y luego alzando la voz dijo, ya que estais decidido al matrimonio, Dios os ayude buen amigo.

Eduardo miró al abate con interés y como sentido de sí mismo al creerle incómodo en su interior, exclamó lleno de ternura.

—¡Pocas veces el hombre es comprendido, señor abate! Las tareas á que se consagra le transforman. Una idea que brillara en el pensamiento suele desaparecer en las tinieblas de un desengaño. La persuasion del deber tiene que luchar con las pasiones que asaltan.

—Es verdad, repuso el abate, pero tambien es perderse para el deber el dar fuego á la vehemencia del corazon. Quien tenga la mision de servir á Dios, debe matar la efer-

vescencia de ilusiones por grandes que sean; quizás esas ilusiones arrastran á la realidad de dolores no comprendidos.

Eduardo se sintió herido y perdiendo algun tanto su calma:

—Qué! dijo, por Dios, no habeis amado en el mundo? vos señor abate habeis sido jóven y seglar, no os estrañe mi franqueza. El que ama á Dios y á su servicio se consagra, sabe amar tambien lo que el pensamiento idealiza; la frialdad no es del corazon religioso; no, de almas abnegadas á la humanidad. Oh! cuanto cuesta ser hombre del deber! Dos años ha que ahogo en mi pecho el llanto de profundas desgracias; he visto atravesar por delante de mí el encanto de pasiones que aparecen para dulcificar los tormentos de una existencia amarga; seres que no me han comprendido me han llamado hijo del desierto; pero qué engaño! llamarme hijo del desierto á mí que jamás me he consagrado á cálculos miserables, á intereses propios! Oh! señor abate, vuestras palabras me duelen al oiros decir que me pierdo para el deber al buscar una compañera de mis males íntimos. Vos me conoceis demasiado, porque ante el único amor que he conservado puro, el amor á Dios, he servido con todas mis fuerzas y siempre seré lo mismo porque la gratitud vive en mí.

—Si, hasta ahora, respondió el abate con suma suavidad, habeis sido destinado al desprecio del oro, de la materia y de cuanto nos rodea, ha sido porque solo el amor á Dios habitaba independiente en vuestro corazon; pero

amando en la tierra, cambiareis mi amigo, por que os ligareis á ella por la familia que vais á formar. Tengo la esperiencia de siglos y creo no engañarme.

—Yo ligarme á la tierra? no sabeis que mi patria está allá arriba, mi porvenir en la salvacion de mi alma y mi gloria en Dios por la conversion ó castigo de los que aqui viven en el pecado? La familia me hará concentrarme más en mis deberes; en las caricias de mis hijos veré una bendicion del cielo y nada mas.

—Señor Eduardo, hablais asi porque vuestra imaginacion es ardiente; la fuerza de la passion os vence en la lucha del espíritu. ¡Creis que bajo este hábito que llevo ha existido solo un pedazo de nieve? Yo tambien he sentido dentro de este pecho las tentaciones de la carne, pero he sabido dominarme encendiendo el volcan de un fuego santo, grande y sublime como el Dios de la verdad, el Dios del amor; he sabido segregarme del mundo y posponer la creacion al Creador. Nuestro pensamiento es frágil, hoy se alucina con una idealizacion que se forja; mañana se estrella con la *realidad de un desengaño*.....(El abate marcó estas palabras con un tono compasado, fijando su vista en Eduardo que espresaba en su fisonomia un trastorno interior); si mi amigo, con la *realidad de un desengaño*; el alma habituada al dolor estalla por la duda, por la defeccion de la creencia y la ilusion se cámbia mas tarde en tormento. Se camina entónces por caminos sin nombre; se cree penetrar en lo hondo del alma, cuando léjos de eso un cálculo errado ha

hecho perder la verdadera idealización, la verdadera imájen del que vagando en los estensos campos de un pensamiento inmortal, se preparaba á la coronación de su obra por la manifestación de hechos que mas tarde debieran correr el **velo** á las formas, para presentar el brillo de una alma no comprendida en la tierra pero glorificada en la eternidad. Que os importa amigo, sacrificaros diez ó veinte años mas, (que será lo que vivireis), sustrayendoos al mundo para ser feliz en la inmortalidad? Sois honrado y la honradez será el primer mal que os atormentará. La mujer no es lo que vos creis, quizás al darle la mano de esposo abrazareis el ascua de una deshonra.....

Eduardo se estremeció al oír estas últimas palabras, se levantó del asiento dando un profundo suspiro y apoyandose en el borde de la mesa.

—Señor abate, no hablemos le dijo, de la duda. Dejadme vivir de una esperanza que me hálaga. Necesito de esa esperanza y estoy resuelto á realizarla porque la vida que paso me es insoportable. No conozco padres, los amigos me acatan por temor, las mujeres me miran por interés; oh! yo necesito una familia en que depositar mis dolores, necesito un bálsamo de vida que dulcifique mi corazón.

El abate se vió vencido por la resolución del Inquisidor y haciendo aparecer una risa halagüeña en los labios, demostró cierta conformidad con el pensamiento de Eduardo.

—Bien mi amigo, le dijo, no hablaremos mas de este asunto. Espero que olvidareis

nuestro debate porque no debe quedar recuerdo de nuestras disputas. Yo lo hacia por lo mucho que os quiero.

—Lo conozco, querido abate y agradezco vuestra franqueza.

El abate sacó de su bolsillo la caja de rapé y tomando una narigada vió la hora que era.

—Son las doce solamente.

Las campanas de las iglesias principiaron á anunciar la hora y los personajes se pararon para rezar una oracion que todos los habitantes repetian á esa hora, fuese cualesquiera el lugar donde se encontrasen. Concluida la oracion volvieron á sentarse.

—Aun me queda una hora, dijo el abate y sino tuvieseis que hacer desearia hacer una visita á esta “Santa Casa.”

—Con mucho gusto, respondió el Inquisidor. Vamos si quereis.

Eduardo abrió la secreta y llamó al carcelero para que abriese la puerta de los calabozos. El abate siguió tras el Inquisidor. Saliendo de la sala de despacho, pasaron á un pequeño cuarto que tenia dos puertas, una que comunicaba al lugar de las prisiones y otra á una bóveda. Esta última puerta era de fierro y bien afianzada con cerrojos y gruesas llaves. Era la bóveda de los tesoros. El Inquisidor abrió la puerta y señaló al abate grandes bultos sueltos de dinero.

—Como cuánto tendreis ahí? amigo, le preguntó el abate.

—Entre las piezas de plata labrada, al-

hajas, moneda sellada, habrán segun creo novecientos mil pesos.

—Luego que completeis un millon es preciso mandar socorros á nuestro jefe en España.

—A la disposicion de la órden está.

Cerraron la puerta y salieron por la otra al lugar indicado. Antes de entrar á los callejones de las viviendas, habia un patio pequeño que daba alojamiento al portero, verdugo y otros empleados al servicio del "Santo Oficio." La cárcel era en su plano un verdadero tablero de damas. Nuestros personajes entraron al corazon del edificio y siguiendo por un callejon se detuvieron ante una puerta que solo se veia en el medio de un paredon.

—Quién está aquí? preguntó el abate.

El portero abrió, y en el fondo de una pieza oscura, iluminada por la débil luz que penetraba por la rejilla del techo, se dejó ver á un negro atado á la pared por una gruesa cadena.

—Este es Manuel Gallano, dijo el Inquisidor, acusado de brujo y de relaciones con espíritus malignos, porque ha curado á algunos enfermos sin ser médico.

—Teneis razon, dejémosle. El portero cerró la puerta y continuaron por el callejon hasta doblar á otro que en la misma forma que el anterior no tenia mas que una puerta. La forma del calabozo era la misma y en el centro de él habia un madero de dos varas y media de alto. Allí estaba suspenso un hombre que desfallecia de fatiga.

—Y este otro? indagó el abate.

—Es aquel fraile agustino que dijo dos misas sin autorizacion. Está en su prision hasta que confiese su delito.

—El crimen es barbaro, bien meréce el lugar que ocupa. El Inquisidor y el abate continuaron dando vuelta callejones y visitando los calabozos que en cada uno de ellos habia. Al pasar por una de esas puertas, sintieron algunos quejidos apagados.

—He aqui al hereje Moyén, dijo Eduardo, señalando con el dedo á un hombre atado al suelo por una cadena, lleno de magulladuras, que se retorcia. Era un espectro espantoso por lo desencajado de su rostro, las barbas crecidas y algunos tiznes de sangre.

—Por piedad, dijo este hombre, hacedme matar cuanto antes, los dolores que sufro me son insoportables. Por piedad, señor, matadme! . . . y volvió á revolcarse por el suelo.

—¿Quesentís? hermano descarriado de la fé, preguntó el abate.

—Mis huesos están rotos señor, una plancha de fierro parecia molerme; los pies se me juntaron con la cabeza; oh! señor prefiero la muerte, ved la tortura y vos tendreis lástima. Yo soy inocente. . . .

—Cerrad la puerta gritó el Inquisidor, al oir la palabra inocente y la voz del reo fué apagada en la espesura de las murallas.

De allí siguieron hasta llegar al fin de uno de los callejones; entraron en una pieza donde se encontraban, torturas, puntas afiladas de acero clavadas al suelo y otra multitud de ins-

trumentos dispuestos para los diferentes castigos que se daban. En el rincón de una de las piezas, se veía un hornillo encendido, para la quema de los cuerpos humanos que eran sentenciados á tal pena.

Luego que hubieron concluido de visitar los diferentes departamentos de la cárcel, el abate exclamó:

—Cuan sabio plan el de esta casa. Ningun calabozo tiene puertas que divisar al frente del otro, ningun sonido puede apercibirse. Dobles murallas que apagan la luz del día, calabozos solitarios que es imposible dejen de convertir á todo espíritu pervertido. Oh! muy hábil debió ser el arquitecto de este edificio!

Los dos personajes se retiraron á la sala del Tribunal, quedando las prisiones en un completo silencio.

—Me voy contento por el rato que he pasado en vuestra compañía, amigo Eduardo, dijo el abate tomando su sombrero. Os recomiendo mucho á Moyén; ya sabeis que es un extranjero que ha trastornado á esa muchacha dispuesta á ser monja. Le ha hablado de matrimonio y de amor cometiendo la irreligiosidad de convencerla de que la mujer estaba destinada para el goce del mundo y no para la mortificación. Esa joven Henriqueta está enamorada de él, y si saliese, podría pervertirse de nuevo. Cuidado, buen amigo, cuidado con él.

—Descansad en mi, señor abate, y no creais que me olvidaré tampoco de los falsifi-

eadores de cruces, que con gran descaro quitaban una de las entradas á la orden, que el privilegio le concede con el *cambio* de imágenes.

El abate se despidió del Inquisidor Mayor, y este le acompañó hasta la puerta. Luego que se quedó solo, la conversacion del abate se le vino á la memoria; pareció preocuparle algunos instantes. Dió algunos paseos meditando con tristeza.

—Porqué se opondrá el abate á mi matrimonio? se dijo á sí mismo. Es verdad que la Compañia me ha levantado de la postracion en que estaba; yo, miserable artista en otro tiempo, hoy soy una autoridad; todo lo debo á la órden, pero no creo que tales servicios me priven de amar. Seré tan desgraciado como en mis primeros años? Seré otra vez arrancado de la esperanza? Algun nuevo impedimento vendrá á matar mis ilusiones? Oh! es imposible que me halle condenado á ser un ejemplo de desgracia. Siento en mí un presentimiento funesto; mi alma está fatigada; la risa de la vida no la diviso en las travesias de la existencia. Parece que siento la órden de andar, de ir mas allá; un sepulcro por termino de mis males, la condenacion á morir en el dolor.....¡Dios mio! si tal es mi destino poned termino pronto á mi existir! Venga luego el frio de la tierra á darme el descanso que necesito. Para qué quiero yo riquezas ni honores cuando mi corazon está herido? No era mas feliz cuando el dia lo ocupaba en mi taller y la noche en adorar á aquel anjel que aun re-

cuerdo y cuya imagen está grabada en mi alma?

Yo necesito una compañera de mis males y tengo fé en encontrarla en Margarita.

El Inquisidor se pasó la mano por la frente y se sintió ardiente, ajitado por la fiebre de su espíritu. El relox dió la una y media y el Inquisidor se retiró á su casa pensativo y triste.

El abate Gonzalez salió convencido de que Eduardo se casaria si no se tocaban pronto recursos que lo impidiesen. Habia sondeado el corazón del Inquisidor y allí habia encontrado un amor que, aunque muerto por el amor á Margarita, conservaba aun las cenizas ardientes de recuerdos halagueños. El abate tenia el pensamiento ajitado; no porque desconfiase en los recursos de su imaginacion, sino por el método que debia emplear para conseguir su fin.

—He sido demasiado lijero, se dijo á sí mismo, en procurar combatir una pasion con el raciocinio. Me habia olvidado de que la pasion hace perder la cabeza. El remedio es otro; un fuerte dolor se cura con otro mayor que separe la imaginacion de lo que la agovia; una impresion dominante se desvirtua con otra mas dominante; un amor arraigado se borra con otro amor mas vivo. Nuestra naturaleza es esclava de las impresiones; hoy queremos con delirio un objeto, mañana nos cansa porque otro objeto nos alucina con la novedad; las ilusiones que despierta. La suerte está echada, vamos á convertir á Eduar-

do á la vocacion que Dios le ha destinado. Vamos allá.....

El abate se acercó á la mesa de escribir y puso el siguiente billete.

«Amigo Eduardo:

«Se me olvidó decirlos hoy en mi visita, que la señorita Magdalena y el señor Rodulfo me instaron porque os llevase á su casa. «La visita que les hicisteis á su llegada les agradó bastante y desean teneros por amigo. «Espero que el Domingo entrante iremos á hacer este cumplido, porque me comprometí á ir con vos,

«Vuestro amigo y hermano.

«PREPOSITO GONZALEZ.»

Luego que hubo escrito llamó á un sirviente y le dijo:—id á casa del señor Inquisidor Mayor y entregad este papel en mano propia.

—Traeré la contestacion B. Preposito.

—Si el señor Inquisidor os la dá voluntariamente, bueno, pero no esperéis. Oservad quienes estan en casa del señor y que hace á estas horas.

El sirviente salió á llevar el billete y el abate se fué á dormir la siesta, despues de haber comido en el refectorio, con la comunidad.

El Inquisidor vivia en la casa esquina de la calle de Bodegones. Tenia el departamento de segundo piso. Sin familia, pasaba las horas en hermosos salones, amueblados con el lujo de la época. La pieza de estudio era la que él preferia por encontrarse rodeado de

estantes con abundantes libros empastados de pergamino amarillo. Sobre cada puerta habia una imagen, el crucifijo en la mesa y algunos cuadros de retratos de varones ilustres por sus virtudes catolicas. En una de las esquinas de la pieza habia un grande armario con tallado de concha de nacar, cerrado á la vista por dos puertas elevadas. Abriendo esas puertas se dejaba ver una escala de cajones y de divisiones con rotulos que designaban los diferentes objetos que allí se encerraban.

Eduardo estaba tendido en una silla de brazos, con el semblante decaido por emociones que en su espiritu pasaban.

—No quiero pensar, decia, en mi suerte porque no tengo fé en la felicidad. Los tiempos risueños que en mi infancia pasaba, aquellas esperanzas que divisaba en el porvenir como el crepusculo que precede á la aurora, no me han dejado mas que desengaños de mi mismo. Quiero ser feliz, aun cuando afronte el torrente del destino. ¿Margarita será lo que yo pienso? será la mujer pura, casta en el pensamiento, virgen en el corazon? El matrimonio no puede existir, es una burla, una mentira, cuando la mujer que se elije para entregarle el porvenir, la honra de una familia, ha sido profanada en su inocencia. ¿Qué es poco el entregarse para siempre en brazos de un ser? La corrupcion es grande en el mundo; la virtud un sueño pasado con la edad primera. La practica ha formado un nuevo modo de juzgar; y he aqui que el que sin prevision se lanza al corazon de la sociedad, cae en ella y en ella es

sacrificado; pero no! es preciso no ser fatalista, separar la duda de ese santuario que vive en el corazon de Margarita. Quiero hacerme ilusiones, porque necesito de ellas.

Eduardo fué interrumpido en sus desahogos por golpes que daban á la puerta.

—Pasad adentro dijo.

—Tenga US. buenos dias, contestó el sirviente lego, adelantando con la carta en la mano. El señor Preposito Gonzalez envia esta carta para US.

Eduardo la tomó y mientras la leia, el lego revisaba la pieza con rapidez. Eduardo se acercó á la mesa y contestó en otro billete.

«Mi venerable abate: agradezco la invitacion que me haceis y no faltaré á acompañaros el dia que me indicais.»

Saludo &^a.

EDUARDO.

El lego se retiró con la contestacion. Eduardo volvió á sentarse en su silla.

—No querria ver á nadie, dijo, porque las visitas me son incomodas. En el dia he circunscrito mis relaciones á una sola casa, á la de Margarita y preferiria no volver á perder mi tiempo en entrar y salir saludando las familias.

Pero es necesario dar gusto al abate y poco importa inutilizar dos horas.

El abate luego que tuvo la contestacion en sus manos, se entregó á orar de rodillas como de costumbre, al frente de un alto crucifijo.

CAPITULO VII.

El padre Anselmo, el hermano de Rodulfo, se disponia á marchar á las rejiones del Sud, para llenar la mision que su ministerio le imponia. Con este motivo almorzaba un dia en casa de su hermano. Un buque mercante iba á hacerse á la vela en la madrugada del dia siguiente. Habia estado dos meses en Lima, recojido en el convento de su orden.

—Si será esta la última vez que nos veamos, querido hermano, le dijo Rodulfo; mirando con ternura al hermano Anselmo.

—Confio en Dios en que nos volveremos á ver, contestó el virtuoso franciscano.

—La navegacion es peligrosa? preguntó Magdalena.

—Larga sobre todo, segun me han informado.

—Que tiempo se calcula de viaje? dijo Rodulfo.

—Tres o cuatro meses con buen tiempo y hasta seis si algun inconveniente se presenta, causado por los elementos.

—Eso es demasiado. hermano; casi el mismo tiempo que se emplea para venir de Europa.

—Es verdad, pero no debe sorprenderte esta lentitud que parece increíble. Voy á explicarte la causa segun los detalles que me ha hecho el capitan del buque en que me voy.

—Antes de todo, tu marchas en derecha á Valparaiso?

—Si hermano, sin tocar en puerto alguno.

—¿Y para ir á Valparaiso que solo dista 450 leguas se tardan seis meses? Es cosa singular, porque viniendo de Cadiz que está tres mil leguas solo hemos empleado tres meses y dias.

—Pero atiendeme y sabras el porque.

A este tiempo el capitan del buque entraba á casa de Rodulfo buscando al hermano Anselmo.

—Venia R. Padre, dijo el español, á avisarle que hoy es necesario embarcarse, por que á las cuatro de la mañana hisamos el ancla.

—Señor capitan, acompáñenos U. á tomar una jícara de chocolate, le dijo Magdalena.

—Con gusto señorita, y el capitan se sentó á almorzar en compañía de la familia.

—Hablabamos, le dijo Rodulfo, de la ano-

malia que hay de los que viajan al Sud por el tiempo que emplean.

—El R. Padre les habrá explicado la razon ya? preguntó el capitan.

—Iba á dárnosla segun los detalles que U. le habia suministrado.

—Pero es mejor que el capitan las repita, dijo el padre, porque será mas exacto que yo.

—Con gusto mis buenos señores, contestó el capitan con su cara risueña y sus maneras francas; pero dadme una copa de vino, por que estoy acostumbrado á vivir con el licor de los dioses, segun decia un paisano mio.

Una sirvienta trajo una botella de rico oportu y el capitan sirviendose una copa, saludó con la cabeza á los que almorzaban y se la bebió de un sorbo.

—Rico vino! dijo al bajar la copa y mirando con alegria la botella.

—Repita U. cuantas veces guste, señor capitan, dijo Rodulfo; pero vamos á la satisfaccion de la curiosidad que tenemos.

El capitan limpiandose los labios en el mantel, dijo.

—Nuestros viajes no pueden ser mas breves que lo que son. Seis meses para ir de aqui á Valparaiso no es mucho tiempo. Voy á decirles la razon; contandoles el itinerario de las navegaciones ordinarias. Salimos del Cállao siempre, muy de madrugada para aprovechar el dia, la luz del sol que nos muestra el derrotero de la costa. Nunca nos separamos de tierra á gran distancia; en el dia solemos perder de vista la costa, pero á eso de las tres

de la tarde viramos hácia ella para que á la entrada del sol, tengamos visto un fondeadero.

—Un fondeadero? dijo Rodulfo asombrado, un fondeadero, para qué?

—Já, já, exclamó el capitan riendose, y sirviendose una nueva copa de oportu, un fondeadero señor; porque en la noche no se navega y se ancla. Seria una temeridad el arriesgarse de noche en alta mar. A la oracion anclamos, bajamos las velas, rezamos el rosario y nos acostamos á dormir hasta la madrugada del dia siguiente, en que despues de cantado el “alabado» volvemos á emprender nuestra navegacion.

—Pero eso es increíble, señor capitan, repuso Rodulfo. Si U. no lo aseguras, yo dudaria.

—Como se conoce que es U. muy nuevo en estos paises, dijo el capitan; porque si de algo debiera asombrarse seria de que en menos tiempo se anduviese por mar 400 ó 500 leguas.

—Pero como es que de Europa se viaja en menos tiempo?

—Oh! eso es cosa distinta, porque de allí á acá no se puede costear; pero perder la costa de vista pudiendo verla seria una indiscrecion; solo un espíritu sin relijion aventuraria de tal modo. Y ademas, á qué apurarse cuando nadie nos corre?

—Dice U. bien, contestó Rodulfo, el tiempo es nada para estos pueblos.

El capitan y los otros continuaron comiendo con buen apetito.

—A propósito de lo que acabo de decir á

UU. dijo el capitán, voy á contarles una historieta que confirma lo que acabo de decirles. Un marino; capitán de un bergantín, llamado Juan Fernandez, se hizo á la vela del Callao, el once de Diciembre en años pasados; llevaba un cargamento de paños y otros artículos de España, para el uso de los chilenos; este hombre se presentó en Valparaíso el 14 de Enero, es decir, un mes dos días despues de su salida del Callao; en su derrotero descubrió la isla que hoy lleva su nombre y el 18 de Febrero estuvo de vuelta aquí. Como las cartas que traía atestiguaban esta verdad, el «Santo Oficio de la Inquisición» lo acusó de pacto con el diablo y le encerró en las cárceles, porque era innatural que en tan corto tiempo navegase tanto. ¿Qué os parece señor este hecho que es histórico?

—No creía que la Inquisición fuese tan injusta, repuso Rodulfo. Oh! eso es bárbaro, insoportable que de un modo tan torpe se pretenda destruir los descubrimientos del jénio. Pues qué cosa mas natural que el viajar en ese tiempo una distancia tan corta!

—Mas propio seria, dijo Magdalena, que se castigase á los que emplean seis meses, y no á los que descubren un adelanto.

—Gracias señorita, repuso el capitán, gracias por lo que á mí toca.

—No por Dios, saltó Magdalena notando su indiscreción, no crea que me refiero á U., porque nada mas propio que el emplear seis meses cuando de emplear dos ó uno le iría la cabeza.

—Es U. muy galante señorita, no crea que me incomoda un chiste de tan bella joven.

Magdalena se ruborizó y bajó la cabeza en demostracion de verguenza.

—Con que sin falta nos iremos mañana? preguntó el padre al capitan.

—Sin falta alguna, palabra de español; y es necesario como lo he dicho á su Reverencia, que hoy se embarque.

El capitan era uno de aquellos marineros que por casualidad llegan á dirigir una nave; uno de aquellos que se lanzan al oceano sin mas brújula que el tino ó la practica y sin otro barómetro que la observacion de la atmósfera. Luego que hubo almorzado bien, se paró y despidiendose de la familia, les aseguró que ningun cuidado corrria el hermano Anselmo, siendo él capitan del buque.

Quedaron solos los esposos y el hermano Anselmo. Concluyeron de almorzar y se retiraron á la pieza de Rodolfo á conversar los últimos momentos que les quedaban, para darse el abrazo de un adios profundo y sin término. Era la preparacion del alma al dolor de una separacion. Despedirse para un viaje seguro es triste siempre; despedirse de la patria cuando un mal destino le arroja á buscar el pan en el extranjero, lejos de las familias, de las habitudes, lejos del sol que alumbrára la primavera de la existencia, es cruel. Quien haya tenido que abrazar á un padre ó á una madre muda por las lágrimas; quien al estrecharla en su pecho con la efu-

sion de todo ese amor que ahoga la palabra al paso que destroza el alma con impresiones desgarrantes, sabrá lo que es despedirse, lo que es separarse de un punto á otro. El peor tormento que se haya conocido se ha palpado en la separacion! Abrazar entre sus brazos el ser mas amado, imprimir en su frente el beso elocuente del dolor, considerar al mismo tiempo que aquel cuerpo, a aquel simbolo de lo que uno es y por lo que uno desea la vida se vá, para no verle quizas en un tiempo determinado, es por cierto un transe insoportable, capaz de arrancar el corazon desgarrado por la impotencia de no poder dilatar aquellos momentos de presencia, de beber la felicidad en la mirada tierna de los ojos que le miran. Es allí donde se comprende el dolor!

El padre Anselmo iba á separarse de su hermano y á separarse con la conviccion cierta de que no le volveria á ver mas en el mundo. Los salvajes de Arauco habian deramado la sangre de virtuosos misioneros y procurar convertirlos, era ir á ceñir la corona del martirio.

—Me parece un sueño querido hermano, le dijo Rodulfo, el considerarte ahora á mi vista y dentro de algunas momentos lejos y sin esperanza de verte.

—Ten fé en Dios, buen Rodulfo, le contestó el hermano; ten fé en que no nos hemos de ir del mundo sin vernos antes. Voy á combatir contra el error, contra dioses fabulosos para volver á Dios hijos convertidos

á la verdadera relijion. ¿Qué me importa el morir yo si consigo salvar á algunos salvajes? Mi ministerio en la tierra es promulgar el Evangelio donde no hubiese llegado; no estoy destinado á vivir entre pueblos que profesan el culto de la Iglesia. El campo está lleno de mieses, voy á cosechar antes de que la estacion destruya frutos tan tiernos. El Señor ha dicho, «abundante es la mies, pero faltan segadores á la mies.»

—Pero no seria mejor, preguntó Magdalena con un aire triste y pensativo, que la mision de sacerdote la ejerciese U. aquí? Al menos debia hacerse ese sacrificio por consideracion al amor que le tenemos.

—No hija mia, repuso Anselmo, aquí es imposible porque el sacerdote está en contacto con los bienes del mundo y su abnegacion sucumbe. Yo no podria vivir mas tiempo en el convento, porque no estoy conforme con el réjimen de mis hermanos. Hay interes que manejar, halagos que soportar, tentaciones mil que arrastran, abandonan el espiritu evangelico. Le aseguro que no permaneceria aquí por.....

El padre se quedó pensando, mas no se atrevió á continuar por no revelar lo que habia observado en la vida claustral. Los hermanos de una órden relijiosa se habian entregado á disenciones imperdonables. De noche se salian á ocultas del convento para ir á jaranas indecorosas; de dia se ocupaban en conversaciones con las devotas y en lo privado de sus seldas se bebia largo y bueno. Este

desarreglo habia horrorizado al padre Anselmo y preferia callarlo antes de comunicarlo á sus dos amigos y hermanos con quienes estaba.

—Estoy resuelto, Magdalena continuó Anselmo, á irme y es inutil que hablemos de desistimiento.

—No olvides de escribirnos, dijo Rodolfo, por cuantos conductos puedas. Será nuestra satisfaccion en la ausencia.

—Siempre lo haré, no tengas cuidado. Creeme que sufro mucho en dejarte, porque mucho te amo hermano mio, mucho te amo y á tí también Magdalena.

Rodolfo y Magdalena se arrojaron entonces en brazos del padre Anselmo, brillando en los ojos de este grupo de virtud las lágrimas de la ternura.

—Solo te pido un favor Magdalena, le dejó Anselmo tocandole con su mano la cabeza, un favor solo, que seas con Rodolfo lo que hasta hoy has sido—la verdadera esposa, el anjel de su corazon.

Magdalena no contestó porque estaba conmovida en extremo. Se arrojó en brazos de su esposo y como un pensamiento de virgen recostó su semblante en el corazon de Rodolfo. Rodolfo enternecido también estrechó á su esposa con la confianza de la felicidad, con la lealtad de ese corazon que respiraba el aliento de su esposa.

—Dios os conserve como hasta hoy! exclamó Anselmo. Sois muy felices!...

Magdalena levantó su rostro bañado de

lágrimas y sin poder sufrir mas aquella escena de la separacion, se retiró muda y fuera de sí á su pieza interior. Le echó los brazos á Anselmo y este tomándole su cabeza la puso en su corazon. Rodulfo iba desfalleciendo en su fuerza moral; las impresiones no le daban aliento para hablar. Anselmo se vió tambien turbado por el dolor y retirandose á un extremo de la pieza dijo:

—Oh! mi Dios, cuanto sufro al separarme de estos pedazos de mi corazon! pero es para serviros, para glorificaros en el templo de la naturaleza, en los desiertos de la creacion!

Y luego volviendo a donde estaba su hermano,

—No sufras hermano querido, ruega á Dios por mí.

Rodulfo perdió la serenidad, fué vencido por la emocion y sin mirar á Anselmo dió rienda suelta á su corazon.

El padre Anselmo se retiró entonccs á su convento de donde salió á las pocas horas para el Callao á fin de embarcarse ese mismo dia.

La nave estaba lista y al rayar la aurora, la brisa del Sud-este infló las velas dando impulso á la embarcacion con el rumbo á Chile. Los marineros entonaban el «alabado» y el padre Anselmo celebraba el sacrificio de la misa á tiempo que la tierra desaparecia á vista de los navegantes.

CAPITULO VIII.

Las costumbres de Lima en aquel entonces eran muy singulares. La saya y manto formaban el traje ordinario de la mujer que salía de día á la calle. En los paseos, en las procesiones, en las diligencias frecuentes de la mujer, el manto ocultaba el rostro dejándole á la luz un ojo vivo con que todo lo veía, sin ser vista de los que procuraban salir de una curiosidad. El traje guardaba armonía con los edificios en el espíritu misterioso que revestía á la sociedad. Si no fuese por la llegada de la noche en que la saya y el manto eran reemplazados por el traje descubierto, podía haberse asegurado que la mujer era desconocida para el público. En esa costumbre había algo más de la comodidad, un principio de conservación de hermosura. La palidez en

el semblante era bien aceptada por el gusto de la elegancia, y al ocultar la cara á la influencia de la luz, se conseguia tenerese color igual de palidez. Asi era que las mujeres no recibian de dia y desde las oraciones las salas de recibo estaban abiertas. Se andaba por las calles buscando una belleza que mirar, pero nada se descubria. Se miraba á las ventanas, á los balcones y las percianas, detenian la mirada que bien quisiera penetrar mas adentro; mas tras esas percianas se encontraban las mujeres que observaban lo que por la calle transitaba. Uno creia que nadie lo veia; sin embargo le veian mas ojos que los que pudieran presumirse en una concurrencia. Los inteligentes al pasar por el frontis de las casas, se detenian al llegar donde encontraban la clausura de su dama. Ella no se hacia esperar porqu al divisar al jóven amigo levantaba con cuidado una puertecita de las celosías y saludaba al que ansioso le buscaba. Si la mamita estaba adentro, habia salido, ó por algun acaso se hallaba enferma, la muchacha decia al transeunte conocido: «pasad adentro» y aprovechaban un momento de libertad para comunicarse sus amores. Otras veces caia un billete que recojia el fiel corresponsal. La apariencia era de un encierro, pero la realidad todo lo contrario. Esto mismo sucedia respecto de los edificios. Asi como bajo el manto se ocultaba una linda muchacha, asi tambien, al abrigo de un exterior feo se encontraban casas magnificas en el interior. Se pasaba del umbral de la puerta y se daba con las paredes del pa-

tio cubiertas de cuadros ó de frescos que señalaban historietas amorosas ó pasajes de la religión. Al frente de la puerta de calle habia un corredor elevado por algunas gradas que daba entrada a los salones de recibo, adornados con la pompa de la época.—En la antesala habia por lo regular una amaca elegante en donde la dueña de casa se tendia con voluptuosidad para dar audiencia á los adoradores de confianza. Era la cuna de la infancia que arrullaba los ensueños del amor. Ante el público la mujer y la sociedad era un modelo de la Compañía de Jesus; ante lo privado un cuadro tambien de la interioridad de esa órden, aunque bajo diferente aspecto.

Que cómodo traje era la saya! él servia para satisfacer los celos de las esposas, persiguiendo y observando á sus maridos, y al propio tiempo para vengarse de esos celos correspondiendo á las ingratitudes del matrimonio. Si alguna jóven queria ver á su amante y hablarle á solas, una procesion ó una corrida de toros les franqueaba la oportunidad de hacerlo, porque nada mas fácil que perderse en el tumulto de las jentes. Regularmente sucedia que en una de esas funciones concurridas, las madres perdian á sus hijas, y las venian á encontrar al llegar á sus casas. ¿Y como no perderlas, ¿cuando el manto formaba una unidad de cabezas negras y de ojos desconocidos? Se necesitaba un conocimiento instintivo para adivinar qué cabeza y qué ojo seria la cabeza de la familia que se estraviaba por casualidad.

Comprendiendo la utilidad de la saya,

era fácil comprender tambien lo necesario que eran las procesiones ú otras fiestas públicas. En esos dias la juventud elegante pasaba horas enteras arreglando la cabellera, el vestido de gala. Los billetes se cruzaban la vispera y en la noche que precedia, unos estaban de pie probando alguna chupa nueva, otros con la cabeza gacha y el semblante apurado trazaban con gran cuidado algunas lineas de amor sobre papel dibujado con la punte del alfiler. Pobres jóvenes! se preparaban como quien se prepara á una campaña! Las botelas de agua de olor y les pomos de adorno sufrían su revisita. No faltaban quienes ojeasen libres de amor para impregnarse de bellas frases que mas tarde pasaban íntegras á ser propiedad de un galaute.

Una de estas escenas pasaba en casa del señor Zalasar con motivo de una corrida de toros que se habia anunciado para el próximo Domingo. Zalasar esperaba sacar de esta corrida grandes ventajas para su corazón. Era tímido y regularmente usaba de billetes para declarar su atrevido pensamiento. Estaba en su cuarto con algunos amigos que chanceaban sobre amores. Eran ya las ocho de la noche y Zalasar se mostraba inquieto.

—Qué tienes hombre? le preguntó el señor de Castro.

—Espero una contestacion.

—Vas á los toros mañana?

—Estraña pregunta, pues qué seria de mí si no me vieses allí?

—Es un síntoma de pobreza, buen amigo,

y tienes razon en no faltar, porque las apariencias sostienen la estimacion.

—Se anuncia un nuevo torero para mañana.

—Asi lo he sabido por los pregoneros de ayer. Que bueno ha sido el convite de esta mañana mi amigo! No lo visteis pasar?

—No, pero seria como los de costumbre.

—Casi lo mismo, pero iban siete figuras graciosas. Detras de los tambores y pitos, venian algunos toreadores hechos de carton con toros vestidos de ricos mandiles. El convite ocuparia media cuadra. Que bulla, y que de voladores!.....

—Sabes si asistirá el Virei?

—Si y dicen que su coche llevara tres parejas de soberbios caballos.

—De cuando acá ha reemplazado las mulas por caballos?

—Es por un regalo que le ha hecho el Conde de San Isidro.

Zalasar se movia á cada rato y con los ojos fijos en la puerta se distraia de la conversacion con Castro. En esto golpearon la puerta y Zalasar corrió á abrirla creyendo fuese la mensajera del billete que esperaba. Abrió, y en vez del mensajero se le presentó un señor encapado que pregunta:

—El señor de Zalasar está solo?

—Pase U. adentro, que estoy con algunos amigos.

—Deseo hablar á solas con U. sobre un asunto interesante.

Zalasar suplicó á sus amigos le dejasen

solo y ellos se retiraron con gran curiosidad.

—Estoy solo señor, le dijo Zalasar al encapado; puede U. pasar adentro.

El encapado se adelantó y mirando al redor de la pieza, como quien se asegura de si está solo y seguro, se sentó arrojando sobre una silla el sombrero y la capa.

—El señor Inquisidor en mi casa! exclamó Zalasar. Oh! señor cuan honrado estoy.

Eduardo permaneció silencioso y mirando á Zalasar con fijeza. Este pareció cortado algun tanto, pero se reanimó poniendo una pantalla á la vela para cubrir la luz.

—No extrañe U. que venga á estas horas á su casa; un asunto de honor es el que me ha traído y espero concluirlo sin testigos porque es muy delicado. Una indiscrecion, una profanacion de la virtud señor Zalasar, que habeis procurado hacer es lo que me trae aqui.

—De que me habla U. señor, que nada entiendo?

—Tened la vovdad de mostrarme vuestra letra y pronto lo sabreis todo, señor de Zalasar.

—Creo que mi letra es propiedad mia y nadie. . . .

—Y nadie, le interrumpió Eduardo, puede pedir á U. una muestra de ella; pero cuando se interpone mi tranquilidad y mi honor, yo como hombre tengo el derecho no de pedir si no de exijir. Os hablo como hombre señor, no como Inquisidor, porque este poder lo ejerceré cuando la razon os falte negandome lo que os pido.

Zalasar se sonrojó todo y conociendo que alguno de sus billetes habia sido sorprendido, se resistió á dar una muestra de su letra.

—Se niega U. á darme la muestra de su escritura?

—Si señor, pues que es un punto de honor para mí, no desmentir mi caballeria, siendo al imperio de otro hombre. Si U. me hablase como jefe de un poder, obedeceria; pero como á hombre no.

El orgulloso Eduardo dió una patada en el suelo y con la vista amenazante recorrió la mesa de escribir de Zalasar;

—He aqui vuestra letra, le dijo, tomando un manuscrito.

—U. abusa de estar en mi casa, señor Eduardo.

—Cuando se abusa del respeto a la mujer el hombre tiene derecho á despreciar al insolente.

—A mi se dirige U? le preguntó Zalasar, lleno de fuego.

—Lea U. ese billete y lo sabrá. El Inquisidor sacó de su bolsillo un papel perfumado puesto en los términos siguientes:

«Escuse, bella Margarita, que me dirija á U. adoptando el único arbitrio que está á mi disposición. Necesito urjentemente hablar con U. algunos instantes y me es *imposible* por ahora, ir á su casa.

«Diriale el objeto de la corta conferencia á que la convido, pero tampoco es posible con-

«fiar al papel un secreto íntimo de que depende la felicidad de una persona.

«Le ruego, pues, se disponga á darme la complacencia de salir acompañada de alguna sirvienta de su confianza en el día y hora que U. designe, al lugar que U. elija y en el que pueda hablarle sin testigos. La función de toros me parece oportuna.

«Encargole también, que á *nadie* comunique U. mi suplica, ya sea que la otorgue ó niegue, y que tenga la bondad de contestarme por escrito.”

Zalasar se quedó con la vista gacha, confundido por la entrega del billete. El Inquisidor no le perdía paso en las impresiones que le causaba la lectura.

—Esa letra es la vuestra señor Zalasar, es igual á la de este manuscrito. La criada lo ha confesado también y Margarita me lo ha asegurado acusandoos de atrevido y descomedido. La madre de ella ha sorprendido ese papel y su hija me ha suplicado castigue una falta á su honor y rango. Yo señor, voy á ser el marido de Margarita y al injuriarsele me ofendeis en mi nombre y en mi tranquilidad. Lo que quiero es castigar de hombre á hombre al que ha trasado esas líneas; os podría hacer cortar la mano, pero soy bien fuerte para no abusar de mi poder.

—Margarita os ha dicho que es mío?

—Sí, esa jóven virtuosa, modelo de candor; ella me lo ha dicho.

Zalasar se quedó estupefacto. No podía convencerse de que una mujer que le juraba

amor y de quien tantas pruebas tenia, le entregase en brazos de un hombre como Eduardo.

—Es imposible que Margarita sea la que me acuse, dijo Zalasar; imposible, porque ella no puede traicionarme.

—Traicionaros decis? repuso Eduardo encendido de colera; esplicaos, señor, que no os entiendo.

—Lo que ois señor, porque Margarita es amada por mí y yo por ella. Me lo ha jurado repetidas veces y ella es imposible que dé tal paso.

—Mentis, señor de Zalasar, mentis por que Margarita es pura, tengo su palabra y nadie podria echar por tierra mi ventura.

—Señor Eduardo, os estais propasando en injurias. Yo podia contestarlas con otras, pero lo creo indigno á la decencia del hombre. Si quereis explicaros con migo, tened calma ó de lo contrario ved lo que querais.

Eduardo se quedó pensativo; admiró la serenidad de Zalasar y queriendo saber el misterio de las palabras que acababa de oír, se resignó á tener una explicacion.

Me habeis dicho Señor, dijo Eduardo, que Margaritá os ama. Necesito que me lo probeis porque Margarita es mia.

Zalasar despaviló la vela y poniendo una pierna sobre otra, continuó.

—Hacen seis meses que conocí á esa jóven, cuando su padre acababa de morir. La fama que tenia era de lijera y algunas anécdotas de amores que habia tenido me anima-

ron á cautivar su corazon; por que nada hay mas atrayente acia una cosa que la facilidad de que pronto uno sea correspondido. Animado de este pensamiento, frecuenté su casa y despues de habermele declarado, ella se me manifestó amorosa. Nuestros pasatiempos crecieron con la frecuencia de las entrevistas hasta que al fin Margarita me dijo, «Soy de U.»

—Eso es falso—señor, saltó diciendo Eduardo, por qué esa jóven es incapaz de representar el papel de una mujer...y el de la virtud. Si quereis continuar, no calumnieis por defenderos.

—Señor Eduardo, estais enamorado, y no me estraña el calor que tomais por cosas tan insignificantes.

—Insignificante el honor de la mujer? dijo Eduardo con rabia.

—Insignificante, señor, cuando el honor es una capa de hipocrecia.

—Señor de Zalasar, repuso Eduardo parandose en actitud amenazante; no puedo toleraros mas, es preciso que nos batamos.

—Como querais vos, pero antes de que la sangre de uno de los dos vaya á derramarse, concededme que os abra los ojos con pruebas que os convencerán. Sentaos un momento mas.

Eduardo se dejó caer de golpe y poniéndose la mano en la cabeza le dijo:

—Continuad pronto.

—Cuando Margarita me dijo «Soy de U.» yo me creí feliz y ciego de amor me indigné

contra los que habian hablado lijeramente de ella. Frecuenté su casa con deseos y mis amistades las fuí perdiendo porque Margarita me lo exijia. Qué feliz era entonces! Mas cu- po la desgracia que me atreví á exijir de ella....

—Qué cosa, dijo Eduardo saliendo de su estado pensativo.

—A exijir que nos viésemos á solas.

—Y ella accedió?

—Si, señor.

—Y la visteis?

—Voy á decíroslo cómo y á la hora que lo conseguí.

—Pronto, señor, pronto decidlo todo.

—Vuestra mamita, le dije, no nos deja un rato de libertad, á qué horas se puede estar con U. á solas?

La oracion es una hora en que mi mamá duerme la siesta, me repuso ella.

—Entonces yo vendré á esa hora con el permiso de U.

—Bueno, mi querido, me contestó, pero no crea que esto lo consigue nadie, es U. la primera persona con quien voy á estar á solas.

Al dia siguiente esperé la oracion con inquietud. Me puse zapatos sin crujideras, y me dirigí á la casa antes del tiempo prefijado, porque estaba impaciente. Llegué á la casa sin ser sentido, abrí la puerta de la antesala, y lo que primero ví fué á un jóven que corria á esconderse en lo oscuro de la pieza. Margarita estaba echada en la hamaca. Yo me quedé estupefacto y ella sin notarlo me dijo:

—Adelante, señor, mi primo ha corrido á esconderse creyendo que alguna persona de etiqueta venia.

El jóven salió entonces del rincon y se sentó donde no podia recibir la luz débil de la puerta.

—Acérquese U., me dijo Margarita.

Yo me acerqué éntonces y ella me hizo sentar al lado de la hamaca dando la espalda á la puerta.

—Ha visto U. impertinencia de primo? ha venido hoy cuando nunca lo hace.

Yo estaba mudo aun, y ella viéndome receloso y frio me tomó la mano con firmeza; me la estrechó, y ya no supe mas de mi cabeza. Miré hácia donde estaba el primo y ví que ya habia desaparecido sin que yo lo conociese. Margarita me principió á contar lo escasa de amistades que estaba por amarme á mí solo y yo enajenado le creí en aquel momento. Las tinieblas de la noche se acercaban y el tiempo me pareció un soplo al acariciar á esa jóven tan bella! Lo demas lo comprendereis vos señor.

—Pero esas son solo palabras, y nada me prueban porque no tengo hechos que yo deba creer. Atestiguadme lo que me decis.

—Vamos á la casa de ella si quereis, y si ella os dice delante de mí que no me ama y que yo soy insolente, entonces delante de ella os aseguraré lo que os acabo de decir y os presentaré mayores pruebas que ahora no creo oportuno.

—Acepto el partido, porque de lo contra-

rio yo seria sacrificado; pero si es falso lo que me contais, nos batiremos.

—Estoy pronto á todo, pero espero que despues, lejos de batirnos, sereis muy amigo mio.

—Mañana vamos á casa de Margarita.

--A qué horas?

—A las siete de la noche en punto.

—En donde nos juntamos?

—En mi casa señor, os espero.

—Corriente.

Eduardo volvió á cubrirse con su capa y su sombrero y se despidió de Zalasar con sequedad.

—Que nadie traslusca lo que acaba de pasar, le dijo Eduardo al salir.

—Soy caballero señor, le contestó este.

Eduardo acababa de salir y una mujer aguardaba en la puerta de la calle que Zalasar estuviese solo para verle. Zalasar estaba pasándose por la pieza meditando sobre el chasco que le acababa de suceder. Se habia metido en un lance critico y arriesgado. En esto tocaron á la puerta de su pieza

—Quién es? preguntó; adelante.

La mensajera abrió la puerta y le entregó á Zalasar un papel que decia lo siguiente:

«Mi querido: mi mama sorprendio vuestro billete; el Señor Eduardo ha ido donde vos; yo no tengo la menor culpa. Negadlo todo yo os amo hasta la muerte. No dejeis de ir á los toros porque tengo que hablaros mucho.»

«Margarita.»

Zalasar leyó este billete y como si un rayo le hubiese caído, se quedó abismado.

—Dí que está bien, dijo á la mensajera.

La mujer se fué y Zalasar se puso á meditar sobre lo que le pasaba. Después de un largo rato quitó su mano de la frente y dijo;

—Nada puedo resolver hasta que no hable con ella. Felizmente la entrevista es para después de los toros.

CAPITULO IX.

A eso de las diez del siguiente día á la entrevista de Zalasar, la poblacion presentaba un espectáculo de actividad que parecía impulsar el ánimo de cada habitante á un objeto de alta importancia. Las calles principiaban á poblarse de mujeres tapadas y de elegantes empolvados. La saya de ese tiempo limitaba el paso de la airosa limeña y en el andar se dejaba ver la finura de un flexible talle y la pulidez de un pié encantador. La hora corría y los grupos ambulantes atravesaban los portales de eterna memoria. No se descubria mas que una larga fila de bultos negros que se encaminaban por la calle del Puente hasta la plaza del Acho. Las veredas no podian transitarse en un orden opuesto por el torrente de la poblacion que pare-

cia citada en masa á un lugar determinado.

El centro de las calles era ocupado por otra fila de coches y calesas con mas ó menos pompa segun la riqueza y nobleza de las personas que los montaban. Esos dorados coches, llevaban, unos, dos parejas de caballos, otros una, y algunos pareja y media, si el reglamento de la aristocracia lo autorizaba. Un lacayo vestido á la usansa de Luis XIV manejaba los caballos y otro atras de pié, iba listo para servir las necesidades de los amos que la carroza ó coche encerraba.

Los señores iban sentados sin apoyar sus espaldas en el respaldo del carruaje; mas inflados de orgullo que unos conquistadores, apenas se acordaban de honrar con un saludo al conocido que divisaban por la vereda. Oh! cuanto honor para el que era saludado por un noble! Las personas que marchaban á su alrededor llegaban á salir fuera de la losa por saber quien era el favorecido y cuando dos ó mas personas saludaban á un tiempo, fuertes reyertas se sucitaban sobre quien habia recibido aquel beneficio de alta consideracion.

La ciudad quedaba sola y muy sola en estos dias de funcion.—La jente seguia su curso en el órden indicado cuando de repente se oyó el grito, «paso al Virey.» Un tropel de caballos abria la marcha con jinetes bien vestidos que formaban la escolta de aquel entonces. En el centro de esta tropa, venia un coche con tres parejas de caballos hermosos y brillantes por los mandiles bordados de

oro y lentejuelas. Cada pareja traía un lacayo al lado porque el pescante jamás se ocupaba á causa de hallarse mas elevado que el fondo del coche y era un punto de etiqueta y de honor el no consentir que un lacayo fuese mas arriba que el Virey. Esta idea que dominaba en aquella época, habia hecho que las calesas fuesen tiradas como hoy. El pescante no se conocia en la nobleza.

A la voz de «paso al Virey» la concurrencia se detuvo, los coches de los particulares abrieron calle y el Virey pasó saludando en jeneral á su pueblo que le adoraba con el sombrero en la mano. Se cuenta que algunos hincaban una rodilla en tierra y que el Virey solia echar la bendicion á tan humildes subditos.—Luego que el coche pasó, los demas continuaron su marcha hasta llegar á la alameda que conduce á la plaza del Acho.

Las tapadas se estendian en dispersion para ejercer su galanteria; pero esas galanterias eran de paso porque interesaba llegar á la plaza lugar de la funcion. Luego que entraban allí la vista se paseaba por las galerias ocupadas por las diez ó veintemil almas que allí tomaban asiento. Al frente de la puerta por donde el toro salia, el Virey ocupaba una galeria espaciosa y adornada con los colores de la bandera española.

Los corredores estaban llenos de transeuntes que perseguian á alguna tapada que creian conocer ó que por dichos agudos les interesaba. La afluencia era numerosa y el bullicio de las conversaciones atolondrador. Dá

La una de la tarde y se presentan los toreadores en grupo: unos á caballo y otros á pié. Se encaminaron á la galeria del Virey y allí le saludan descubriéndose la cabeza y poniendo una rodilla en tierra. De allí salen y se aprontan á esperar al toro. La puerta del frente se abre y el toro lleno de cintas, cubierto con un rico mandil, envíste con furor á los capeadores de á caballo. Un hermoso animal, montado por un joven español demuestra su destreza volviendo al frente del toro que le perseguia. El público le aplaude y la corneta toca la señal para que los capeadores de á pié entren en lucha.—Al momento se presentan seis hombres que con una capa encarnada invitaban al feroz animal á un juego de maestria; el animal se cansa de no poder herir con sus cuernos á los adversarios y se principia á pasear al rededor de la plaza. Entonces un segundo toque señala la entrada de los banderilleros. Uno de la compañía toma dos banderillas en sus manos y sin manto ni armas de jenero alguno se lanza á clavarlas en el cuerpo del toro. El animal vé á este hombre que le viene encima y se precipita á recibirle; pero el banderillero hace un lance, las clava en la cabeza del toro y huye perseguido por la furia de la fiera encendida en rabia. Un tercer toque de corneta manda entonces salir á los espaderos.—El toro clavado por el banderillero parece desesperado por no encontrar un enemigo con que combatir; dá vueltas al trote al lado de las galerias y nada encuentra. El

grito de los concurrentes parece detenerle mirando hacia las galerias como quien aguarda la esperanza de tener un enemigo al frente. El animal sigue dando vueltas hasta que un hombre le sale al frente con una espada en una mano y una bandera lacre en la otra. Con la bandera, oculta su cuerpo y al nivel de ella coloca la espada. El toro se lanza encima y al creer vengarse se encuentra traspasado el corazon y tendido en la arena, lanzando quejidos de impotencia y de agonía. La concurrencia se levanta de sus asientos y poco le parecen las manos y la boca para aplaudir.—El feliz espadero dá vuelta entonces al rededor de la concurrencia recojiendo las monedas que le tiran.—Dos negros montados al frente de cuatro caballos se presentan en seguida y en medio de los aplausos y de la música, conducen á escape el cadaver del animal.

En este mismo órden mataron ese dia 12 animales, repitiendose poco mas ó menos las mismas escenas, por la diferente muerte que se le daba al animal ya con espada, con rejon, con pica ó con puñal:

La funcion duró hasta las cuatro de la tarde, hora en que la concurrencia principió á salir de la plaza.

Un jóven se encontraba de pié, solo y con la vista encendida colocado en medio de dos sauses, mirando con especialidad esa nube de mujeres cubiertas por el manto. Se hacia notar por la curiosidad que demostraba en su semblante. Algunas tapadas le satirizaban

mas él nada respondia y continuaba observando. Al fin divisa una saya que se dirige hácia él y al pasar le dice:

—Siga U. Zalasar.

Zalasar siguió entonces hasta perderse de la concurrencia tras de la tapada que le sacaba hácia la calle de Malambo. Luego que se hubieron alejado algun tanto, la tapada se detuvo y se tomó del brazo del jóven.

—Me conoce U. Zalasar?

—Si, creo conocerla señorita.

La tapada abrió su manto y dejó ver á Zalasar el rostro palido, lleno de formas y con los ojos negros radiantes de fuego, que caracterizaban á Margarita.

—Deseaba hablarle con ansiedad, le dijo ella.

—Que es lo que sucede por Dios? preguntó Zalasar. Eduardo me ha desafiado y yo me encuentro en la necesidad de batirme ó de satisfacerle de un modo horrible para U.

—Como así? que ha sucedido?

Zalasar le contó la conferencia con Eduardo y añadió:

—Lo que mas me ha dolido es, que U. le ha declarado que yo abusaba de U., y que U. me odiaba y que se vengase de mí.

—Oh amigo! exclamó Margarita demostrando nuevo dolor, oh! no; yo no le he dicho nada, nada; mi mamita es la que lo ha hecho todo. Yo siempre soy de U. en todo y para siempre.

—Pero como entender esto? U. se vá á

casar con Eduardo? él me lo ha asegurado y es por eso que le voy á satisfacer.

—Y de que modo le vá U. á satisfacer?

—El plan en que hemos convenido es el siguiente: yo me he comprometido probarle que U. es mia bajo todos aspectos, y en que al escribirle la carta sorprendida, no he ofendido su honor. Si esto no lo pruebo, debemos batirnos.

—Y como vá U. á probar eso? querido amigo.

—Hemos quedado de ir esta noche á su casa y á vista de U. yo debo sostener la realidad de nuestras relaciones. Para ello pienso llevar algunos billetes.

—Amigo, dijo Margarita estrechando el brazo de Zalasar, ¿de ese modo vá á sacrificarme, á darme correspondencia de lo que he hecho por U. y con U. ¿Porque he de cargar con las culpas de mamá?

Margarita dejó correr algunas lagrimas de sus ojos y manifestando un amor tierno y profundo, se echó con desfallecimiento en el brazo del jóven.

—Zalasar, continuó ella, ¿cree U. que yo podria casarme con Eduardo? no sabe U. que á nadie amo mas allá de su corazon? Es imposible que vaya á corresponderme de ese modo perdiendome para la sociedad?

—Pero que quiere que haga, despues de estar comprometido? Si no le satisfago tengo que batirme.

—Entonces, quiere U. por temor á una

bala, á un rasguño, perderme? Y sobre todo amigo querido, Eduardo no se batiria nunca, son amenazas solo las que hace.

—Si yo estuviese seguro de que U. no me traicionaba. . . .

—Que haria U? Zalasar, le interrumpió Margarita mirandole con pasion.

—Me haria matar por conservar á U. en mi amor.

—Que noble es U.; yo no permitiria tal sacrificio jamas, porque moriria tras de U. No podria sobrevivirle.

Margarita bajó la cara en muestra de un dolor profundo.

—Es U. encantadora, hermosa Margarita, encantadora.

Margarita se quedó muda y como para concluir de resolver á Zalasar se suspendió en los piés y le dió un beso de amor y de castidad. Zalasar no racionó mas y enajenado de sensibilidad:—

—Haga lo que U. quiera de mí, le dijo.

—No asista U. con Eduardo, le suplicó Margarita.

—Pero Eduardo, que dirá? Yo creo mas oportuno el asistir y permanecer silencioso á su presencia. U. quedará entonces disculpada y yo recibiré la resolucion que Eduardo tome.

—Pero es muy terrible ese paso.

—Yo sabré arrostrarle, amor mio.

—U. cree que debe ir?

—Es imposible dejarlo de hacer. Mi palabra está dada.

—Las fuerzas me van á faltar para una entrevista tal.

—Margarita, le juro que no sufrirá nada y que yo sabré sacarla airosa. Sostengame con su vista y seré fuerte.

—Zalasar, le suplico que no asista.... Eduardo le mandará buscar á su casa y U. contestele que ha variado de resolucion. Por fin, dele U. una disculpa—escribale que no le espere y todo se salvará.

Zalasar pensó algo confundido y como tomando una resolucion le dijo:

—Está bien, no iré.

Margarita se le echó en los brazos y coronó la determinacion con caricias lijeras.

—Volvamos que ya será hora que mi mamá se quiera volver á casa.

Los dos se volvieron á la alameda y encontraron los grupos de tapadas que se acaloraban en conversaciones con los elegantes. Frases amorosas solo se oian salir de aquel nublado de jente. Los coches daban vueltas por la alameda y el del Inquisidor Mayor llamaba la atencion por las dos parejas de caballos tordillos y el escudo de armas que adornaba la puerta del coche. Era la insignia de los titulos de nobleza que el Rey de España le habia concedido.

La hora iba avanzando, la oscuridad del crepúsculo derramaba una debil luz; la oracion iba á dar. Las campanas señalan la ho-

ra de la anunciacion y ese pueblo entregado á los goces queda mudo, de pié, con el sombrero en la mano y rezando algunas oraciones católicas.

La concurrencia se despojó entonces, marchando á recojerse á sus casas para comer, porque aun cuando era costumbre el hacerlo á la una de la tarde, en los dias de toros el tiempo faltaba y era preferible esperar el fin de la funcion.

CAPITULO X.

EL Inquisidor Mayor habia llegado á su casa y dando órdenes á sus criados de que le sirviesen con prontitud la comida, se alistó para asistir á la entrevista con Margarita y Zalar. La visita que debia hacer á Rodolfo por instancias del abate Gonzales estaba salvada por una esquela que éste le habia dirigido, disculpandose con lo importuno que seria el ir á una casa en dia de toros. Habian convenido en que el lunes por la noche llenarian ese compromiso.

Eduardo habia asistido al paseo y nada habia visto, por el estado en que se encontraba su espiritu.

—El abate me habló, decia meditando, de que el matrimonio era á veces una ascua; me profirió palabras que me mortificaron en

alto grado. ¿Si sabria algo de Margarita? . . . no, ¿á qué dudar? El me habló jeneralidades, no pudo referirse á esa bella jóven que tiene pendiente mi esperanza.—Zalasar la ha de haber calumniado, no puede ser cierto lo que me decía. ¿Cómo suponer la corrupcion en ese corazon tierno que derrama la inocencia en sus miradas, el sentimiento de la pasion en sus frases vivas y espirituales? Margarita debe ser inocente, es calumniada. . . .

Eduardo se complacia en pensar bien de la mujer que adoraba; aun cuando en su interior sufría por la duda, procuraba engañarse divinizando á Margarita en su pensamiento. ¿Hay mayor martirio que el amar con celos? si procurásemos hablar á la cabeza fria de la juventud, la mejor regla para un bienestar seria la que desilucionase al hombre que sufre por el amor dudoso. Qué se adelanta con los celos? se evita acaso un desliz de la mujer? se le priva con ellos de una pasion que abrigue? Lejos de eso, los celos alimentan mas las pasiones y en vez de evitarse un mal se causa otro mayor.

La falta de confianza en la mujer y la idea triste que uno se forja de sí mismo, producen esa anarquía del espíritu, esa aglomeracion de fantasmas que hace sentir ruidos en el silencio; oír palabras amorosas en la insignificancia de la conversacion; encontrar signos de intelijencia en los ademanes de la vida social.

Si un hombre apasionado se despojase por un momento de esa nube que le embota la razon y pensase en el estado ridículo que el ce-

loso representa, ese ser dejaria de serlo, cambiaria de estado porque se reiria de sí mismo encontrandose ridiculo.

Hay maridos que creen hacerse amar y conservar la pureza de su esposa, encerrandola y celandola hasta de los insectos.

Hay galantes que pierden la juventud en angustias dudosas, espiano el mirar, el reir, el conversar y aun el andar de la mujer que aman.

Hay esposas tambien que malgastan su tiempo en averiguar los lugares que sus maridos frecuentan, las personas que le agradan &c.

Hay por fin, jóvenes solteras que se martirizan desconfiando del que creen su amante y se afanan en sorprender una palabra, una mirada, algo que demuestre simpatias á otra jóven para despues cuestionar y darse quejas interminables.

A los primeros los conecereis siempre, por su fisonomia inquieta y observante del que mira á su mujer, ó le dirige un saludo de cortesía.

A los segundos se les encuentra por lo regular en los rincones de las salas, mustios y pensativos, como procurando huir de la vista de la mujer.

A las esposas es gracioso el observarlas, sin atender á lo que se les conversa y llamando á cada momento al esposo, ó lanzandole miradas de esterminio.

A las últimas es aun mas entretenido, el ver en sus ojos el veneno del sentimiento que jura venganza; inquieta en el asiento é inso-

portable para el desgraciado que por casualidad se le acerca en esos momentos. Los celos! situacion horrorosa del espíritu, que consume la existencia en amargos trances, es dificultoso que no deje de asaltar á toda alma novicia en el amor ó á todo ser pequeño que desconfia de sí propio.

En las personas de poca educacion, los celos son mas temibles por la trasformacion que del caracter hacen. La alegria desaparece, desaparece la serenidad; en los sueños, le fantasma se presenta á atormentar; en medio de las ocupaciones, el dolor desgarrante de la duda atiza ese corazon herido. Es verdad que la mujer que llega á inspirar celos, domina al hombre; pero es espuestísimo que una jema honrada se convierta en foco de malas pasiones.

El hombre culto sabe disfrazar ese estado; el hombre sin mundo se deja llevar de su mal-estar y se consuela maldiciendo las reputaciones mas acrisoladas.

A la rusticidad del ser sigue la ferocidad; de ahí algunos asesinatos que la historia revela. A la ilustracion del hombre, sigue el desprecio y de ahí esa caducidad en amores que parecian simbolizar una era de felicidad.

En ese estado triste para el hombre la imaginacion es fecunda en trazar planes que satisfagan sus dudas. Todo lo que rodea es molesto, las bellezas que se presentan pasan de sapercibidas; parece que uno se complace en curar su mal atormentando su pensamiento con el adorado tormento.

Eduardo, luego que hubo comido, se entregó á esa tristeza que reviste al que se cre- naufragar en vista de una ribera. Se toca con los ojos y el deseo, la tierra que nos asegura la salvacion; pero las olas del destino se interponen entre la nave de la esperanza y el Eden de nuestra imaginacion.

Eduardo sacó su reloj y lo puso sobre la mesa.

—Son las seis y media dijo, falta poco para que Zalasar llegue. A las siete es la entrevista.

Se echó sobre un sofá y se puso á esperar.

—Qué situacion la mia, se dijo á sí mismo, que situacion! . . . Despues de haber perdido en mi juventud á la mujer que amaba; despues de haber cometido quizás un crimen por aquel amor, tuve que huir porque ya era imposible obtener ese ángel que tambien me amaba. . . . Eduardo bajó la cabeza y pareció agoviado por un recuerdo amargo.

—Aquellos tiempos de una vida risueña me recordaban la verdadera vida á que el Eterno nos lanzo. La mujer divinizada por su mision me hizo creer en la gloria terrestre; mi alma estaba entonces enchida de amor, gozaba de las caricias que parecian unir mi destino á otro ser; era aquel el paraíso idealizado por la poesía de la imaginacion. Oh! qué tiempos! Aquellas ráfagas de vivos recuerdos solo me han dejado huellas de dolor. . . . El destino encaminó la nave de mi infamia hácia el caos de la impotencia. Mi corazon ha quedado

marchito á las delicias del mundo . . . Mas ahora habia resucitado en mí la esperanza; la esperanza! joya unica que creia encontrada en el naufragio de mis ilusiones y esa joya parece escaparseme tambien para sumerjirme del todo en la desesperacion . . . Es un mal el querer como yo quiero; la mujer no comprende el estado del corazon que ama. ¿Margarita me amará y será digna de mi amor? . . .

Eduardo se quedó mustio y desfallecido; la duda le desgarraba. Se paró y mirando al reloj dijo;

—Son las siete y Zalasar no llega aun.

Llamó á uno de sus criados y le preguntó:

—Es'á listo el coche?

—Si señor,

—Anda en el acto á casa del señor D. Santiago de Zalasar y dile de mi parte que le estoy esperando. Anda corriendo.

El criado salió de priesa.

—Si querrá engañarme este hombre? pensó Eduardo. Es imposible que un caballero falte á su palabra.

Se puso á pasearse por la pieza con inquietud, esperando al criado que habia mandado. En esto el portero entró y puso en manos de Eduardo el siguiente billete.

“Señor: la entrevista á que ayer quedé comprometido no puede tener lugar por razones que tengo para mí. Quedo dispuesto á la deliberacion que querais tomar.”

“Santiago de Zalasar.”

Eduardo al leer esta esquila acabó de

perder la serenidad y con la celeridad del rayo dijo al portero:

—Id en busca del señor D. Pedro Toz, que venga en la calesa del servicio, preparado para una aprehension....

El sirviente salió corriendo á cumplir su comision.

—Ahora veremos, dijo Eduardo, si ese caballero cumple ó no con su palabra. Se ha burlado de mí como hombre, pero no se burlará de mi autoridad. La entrevista tendrá lugar de todos modos, aun cuando el cielo se interpusiese.

Eduardo tenia los ojos encendidos y agitado por la colera al verse burlado de un modo tal, no podia ménos de lanzar imprecaciones horribles para desahogar su alma. Aquella figura serena y palida estaba contrastada, encendida. No era el hombre acostumbrado á la venganza de las preocupaciones; era el artista de la primera edad que apelaba á los terminos últimos para labar una afrenta.

—Ese billete de Zalasar, decia paseandose, me prueba ó la inocencia de Margarita ó algun convenio de ella con él; es imposible que Zalasar deje de tener alguna razon poderosa para evadirse. ¿Quien puede creer ahora en nada? Pensaba salir de mis dudas y ahora vuelvo á ser presa de ellas....pero yo saldre de este estado, por que la entrevista se efectuará.

El criado mandado á casa de Zalasar llegó cansado por la carrera que habia dado.

—El señor estaba en su pieza con dos señores y me ha dicho que ya había escrito á U.

—Está bien, le dijo Eduardo; retirete.

Eduardo pasó entonces á su pieza de dormir y tomando una daga, la ocultó con cuidado entre sus vestidos.

El portero entró en seguida de vuelta de su comision.

—El señor Toz viene al momento, me ha dicho.

—Ve que todo esté listo, dijo Eduardo, para salir pronto. Cierra bien las puertas del coche.

Eduardo se puso á esperar tendido en el sofá.

Habría pasado media hora en estas diligencias, cuando paró á la puerta de la casa de Eduardo una calesa imperceptible en el sonido de las ruedas. De un color negro, no se descubría en su interior nada por las cortinas oscuras que la cubrían. Dentro de ella venia un hombre como de cuarenta años de edad, vestido de una capa negra, cáreta del mismo color y gorra que finalizaba en punta. Este hombre bajó del carruaje y se presentó á Eduardo, descubriéndose la gorra y la careta.

—Mi amigo, le dijo el Inquisidor, necesito aprehender á un hombre, á D. Santiago de Zalasar. Os encargo que vayais á su casa y de orden del «Santo Oficio» le traigais aqui en el acto.

—Está bien señor, y adonde le encontraré?

—Está en su casa actualmente con dos

compañeros de él. Id allí y mandadle que os siga. Aquí os espero en diez minutos mas.

—Y si se resiste?

—Nadie se resiste, señor, á la órden que yo expido: pero si se resiste, avisadme en el acto para emplear la fuerza.

—Con vuestro permiso dijo, el señor Toz, saludando al Inquisidor Mayor.

Este montò de nuevo en la caleza y dirigió su marcha á la casa indicada.

Zalasar estaba conversando con dos amigos de él sobre las ocurrencias del dia. Era aquello un asunto inagotable refiriendose cada cual sus lances de la tarde.

—Qué te sucedió á tí, le preguntaba Zalasar á un hijo del conde de Quinta-Alegre; qué te sucedió que me dicen que andabas corrido por cuatro tapadas?

—Eran cuatro infiernos, amigo, que no sé de donde habian averiguado mis pasos secretos. Me embromaban con varias amiguitas; yo procuraba descubrir á esas tapadas, pero me fué imposible. Asi fué que yo no sabiendo con quién hablaba me ví perdido. Quise escarmentarlas descubriendo á una de ellas, pero al tomarle el manto, las otras me dieron un rasguño en la cara y me habrian concluido si no me echo á andar con lijereza.

—Pero qué no sabiais, le decia el otro jóven llamado Correa, que el peor delito para con las tapadas es descubrirles?

—Y qué hacer para salir de apuros?

—Sufrirlas, no hay mas remedio.

Conversaban de este modo, cuando el

criado de la casa entró despavorido á la pieza de Zalasar anunciando:

—El carruaje de la Inquisicion á la puerta, señor, por quién vendrá?

Tras del criado y en medio del espanto causado por estas palabras, se presentó en la puerta de Zalasar un bulto negro de pies á cabeza.

—A nombre del “Santo Oficio,” dijo, intimo prision al señor D. Santiago de Zalasar. Os ordeno seguirme en el acto.

Los concurrentes quedaron estupefactos. Zalasar perdió el color. Los padres del jóven acudieron en tropel; los llantos estallaron con furor.

—A mi hijo es á quien buskais señor? le preguntó la madre del jóven al agente del “Santo Oficio.”

—Si.

—Qué delito ha cometido?

—No sé. Mandadle que me siga pronto sin hablar una sola palabra, porque él que le oyese se hará reo y tendria que seguirme.

A estas palabras, todos echaron á correr y dejaron á Zalasar solo con el hombre negro.

—Os mando seguirme en el acto; le intimó este.

Zalasar con la cara caída al pecho, desfallecido y dando pasos débiles, siguió al agente hasta entrar en el carruaje. Luego que estuvo adentro, el calesero puso llave á la puerta y el agente le bendó los ojos.

La familia de Zalasar quedó estupefacta,

entregada á ese sentimiento que produce una muerte repentina. Consideró á su hijo perdido para siempre; porque, él que por desgracia entraba en la calesa silenciosa solo volvía á salir de ella al sepultarsele en los calabozos ó extinguirsele en las hogueras.

Eduardo no habia perdido su tiempo inter habian ido por Zalasar. Al salir el agente habia mandado avisar visita á casa de Margarita; pero la jóven que sabia lo que podia suceder si recibia á Eduardo, contestó á nombre de su mamita,

—Que estaba enferma y que le dispensase de recibirle por esa noche.

Eduardo al tener esta contestacion de parte de Margarita, creyó que ella estaba complotada con Zalasar para evadir un encuentro. El estado susceptible de Eduardo le hacia ver luz en la oscuridad; complot en un paso que juzgado con imparcialidad nada ofrecia de singular—La visita quedó burlada por esa noche.

Eduardo resolvió entonces dar un paso mas avanzado para cerciorarse de la realidad de lo que habia. El calesero avisó que el señor Toz estaba á la puerta con el reo. Eduardo mandó entonces que le llevasen á la cárcel hasta segunda órden. La calesa siguió su curso y en pocos momentos mas, Zalasar se encontró en un calabozo oscuro, sin cama y muerto de frio por las sombras que en el dia bañaban aquellos lugares. Allí se le quitó la venda y se le encerró en medio de un silencio aterrante.

CAPÍTULO XI.

LA prision de Zalasar habiase sabido en la ciudad y causado alguna impresion, por la oscuridad que arrojaba la causa. Margarita sintió este fracaso de su amante, pero se alegró al mismo tiempo por verse libre de la entrevista que tanto temia.

Entre las personas que supieron esta noticia, el abate Gonzales fué una de ellas y se sorprendió al ver que nada se le habia anunciado y que nada comprendia de lo que pasaba. Al dia siguiente, el abate lleno de curiosidad se fué á casa de Eduardo para cerciorarse de los hechos y tomar cuentas al Inquisidor de su misterioso proceder.

El abate encontró á Eduardo escribiendo á solas en su pieza, y éste luego que le hubo visto se levantó algun tanto sorpren-

dido para recibir á su superior que en lo oculto le dirijia.

—Que es lo que ha pasado anoche, querido amigo? le preguntó el abate; en la ciudad no se ocupan de otra cosa que de la prision del señor Zalasar. Es verdad que ha sido conducido á la carcel?

—Si, señor abate, respondió Eduardo poniendose algo colorado, si señor.

—Y como no me habiais dicho nada de que pensabais dar un paso tal? Es que ya no merezco vuestra *confianza*?.....

El abate marcó esta palabra con un tono humilde é ironico.

—Señor abate, la razon porque he procedido asi es peculiar, en nada interesaba á la Compañia; es un asunto puramente mio, por eso no os habia dado parte.

—Teneis razon, repuso el abate, teneis razon; vuestro interés parece que hubiese dejado de ser el mio. No sabeis que os amo como á un hijo? me es extraño que me digais que por ser un asunto peculiar vuestro, me debiera ser indiferente.

Eduardo se encontró algo turbado, se miró las manos para bajar la vista y sin tener que contestar dijo algunas palabras sueltas;

—Estoy reconocido....pero el asunto es....

—Cual es el asunto, querido Eduardo?

—Señor, me es imposible por ahora explicaroslo porque sufro mucho; me seria hasta vergonzoso....

Eduardo siguió algo cortado de verguenza y quedó mudo sin poder esplicarse. El abate

sin perder la espresion del semblante de Eduardo, se convenció de que aquella prision seria el resultado de algunos amores del Inquisidor. Guardó silencio algun tanto y despues de haber pensado con distraccion le dijo á Eduardo:

—Seguramente pasa por vos, amigo, algun acontecimiento raro. Os noto apesadumbrado, triste y la fisonomia alterada. Que dolor os aqueja? confiad en mi vuestros pesares. Yo tengo esperiencia y edad, soy amigo vuestro; porque no desahogais el corazon conmigo. Yo os oiré y quizas os salve de ese estado en que estais; mi cabeza está frezca: habladme, Eduardo. En la comunicacion de los sentimientos se experimenta consuelo, muchas veces se alivia y se sana.

—Dispensadme, señor abate, prefiero gozarme en mi dolor.

—Pero que dolor es ese, repuso el abate avivando su lenguaje, que dolor tan profundo que os abate al extremo en que estais? Teneis dinero, honores, sois respetado y temido; que os falta?

Eduardo suspiró con amargura y mirando al abate con firmeza,

—Qué me falta, me preguntais? le dijo; me falta la tranquilidad, la confianza en la mujer que adoro.

—Me hablais de Margarita? preguntó el abate con la viveza del que ha comprendido todo en una palabra; me hablais de vuestra futura esposa?

—Sí, señor abate, de ella misma.

—Qué os ha hecho? no puedo creer que una mujer haga cambiar á un hombre sin hechos que se palpen.

—Estoy para palparlos, señor abate; me encuentro en la crisis de mi porvenir.

—Esplicaos claro, amigo, esplicaos que todo se allana hablando.

Eduardo perdiendo la timidez que le detenía, se incorporó en el asiento; su corazón necesitaba descanso, un depósito en que confiar sus dolores. Sentía aquella vaguedad de su indecision propia, que de repente enerva el espíritu y en seguida le abate. La soledad aumenta las fantasmas de la imaginacion, las reviste de colores tétricos. De un átomo se levanta un gigante; de sus recuerdos una tortura. Que desgracia la de amar á un solo objeto! Si Eduardo hubiese sido un ser comun, el amor de Margarita le habria pasado en pocos momentos distrayendose con otros amores que á la vez tuviese; pero Eduardo comprendia el amor como la felicidad dada al Universo. El corazón es uno y uno tambien debia ser el sentimiento. En la juventud, cuando recién se entra á la sociedad, el alma va impregnada de la sencillez y de la ceguedad. Abre sus ojos ante la mujer y la belleza que le impresiona le absorve el sentimiento. La distincion se cambia en culto y el corazón de la juventud se dilata en contemplaciones ideales que la inocencia le forja. Cada movimiento de la mujer es una seduccion, cada palabra una chispa de fuego que incendia su alma.

Que de castillos no se forman en esa edad!... Mas el contacto de la sociedad le principia á educar de un modo distinto. Las inconsecuencias le hieren de pronto con fuerza; mas tarde esas inconsecuencias le acostumbran los oídos á las lecciones de la mordacidad. La curiosidad se despierta; los ejemplos le convencen y poco á poco ese corazón se entrega á la vida de los pasatiempos, borrando en su alma las ilusiones de su edad primera. Entonces se comprende la necesidad de ser lo que los demás son, y ya no hay valla que detenga la multiplicidad de las afecciones. El espíritu decae y el sentido vence: la mujer ideal pasa á ser una cosa indiferente. El hombre vive á merced de las impresiones que hoy se reciben para mañana borrarse por otras.

Eduardo no habia tenido una escuela tal; retirado de la sociedad conservaba su corazón en la infancia de sus primeros años. No era pues extraño que amase como amaba, que sufriese como sufría. En su primer amor, los encantos habian sobrevivido; en su segundo, luchaban con la duda que constituye el celo.

Eduardo se habia animado como decíamos y por consiguiente resuelto á ser expansivo con el abate, su amigo, en quien confiaba siempre, en quien depositaba sus secretos y de quien se sentia dominado.

—Seré claro, mi amigo, dijo Eduardo al abate; voi á comunicaroslo todo. Atendedme.

—Asi es preciso; ¿á qué guardar secretos

conmigo que velo noche y día por vuestra felicidad? decidmelo todo, ya os oigo.

Eduardo puso sus dos manos sobre la mesa y el abate se recostó en la silla que ocupaba, cerrando los ojos, á fin de que el Inquisidor tuviese mas franqueza. Eduardo entonces contó al abate las escenas del dia anterior y de la noche del sabado. El abate oyó sin interrupcion aquel relato y luego que Eduardo hubo concluido le preguntó,

—Y como pensais descubrir la verdad de ese enredo?

—Por medio de Zalasar.

—Pero Zalasar confesará todo lo que querais en el tormento, mas esa confesion que solo es aceptable para castigar á reos de otros crímenes, no darán la realidad de lo que buscáis.

—Y qué quereis que haga entonces? que suelte á ese jóven?

—Por ahora no, pero se puede sacar de él mucho. En la prision donde está es fácil descubrir cuanto nos interesa.

—Esplicaos señor abate.

—Decidme ante todo querido Eduardo, ¿qué pensabais hacer con Zalasar en la cárcel y cuales eran vuestros planes para salir de la duda en que estais?

—Mi pensamiento era, llevarlo conmigo á casa de Margarita, hacerle desmentirse á su presencia y luego castigarlo por la falta cometida contra el honor de mi esposa futura.

—Pero no creeis que seria importuno el ir á casa de Margarita? porque, qué sacaríais

en limpio? Zalasar podia mentir y con un engaño burlarse de vos. Lo que os interesa es ¿castigar á Zalasar ó saber si la jóven es ó no digna de ser esposa?

—Antes de todo lo último; porque la duda oscurece mi porvenir. Lo primero no me es tan esencial, aun cuando lo considero inevitable.

—Pues bien mi amigo, si procurais cercioraros de la inocencia de Margarita, es necesario proceder de otro modo muy diverso. La entrevista no debe tener lugar en casa de la jóven, ni del modo que lo habiais pensado. La entrevista debe efectuarse en el Tribunal.

—En el Tribunal! decis, repuso Eduardo sorprendido, en el Tribunal! luego es preciso que Margarita vaya presa tambien ó por lo menos que pierda ante el público obligandola á salir de su casa por la violencia?

—De qué os asustais? le dijo el abate con aire sereno y malicioso; que importaria que Margarita asistiese una hora á una conferencia y en seguida volviese á su casa ó á un convento si saliese criminal? Y puesto que va á ser vuestra esposa, qué importaria que el público creyese algo distinto, cuando la serenidad la recuperabais y mas tarde todo se labaria con las bendiciones?

Eduardo quedó pensativo sin contestar; parecia irresoluto, su semblante arrojaba el aire de la indeterminacion. El abate le observaba y á fin de aprovechar aquel estado, continuó.—

—Acordaos amigo, que el matrimonio es

un lazo indisoluble: que una vez casado, tendreis que soportar la desonra de la mujer que tomáis por compañera; que el público os puede señalar como una irrisión; que atormentado por la *realidad* las mas veces triste, tendreis que maldecir y amar al propio tiempo á un demonio que bien pudiera encubrirse bajo las formas del anjel. Considerad amigo, que entre un infierno perpetuo ó un malestar momentaneo, es aceptable lo último.

Eduardo oia estas palabras y las sentia caer en su corazon como gotas de plomo derretido. Los celos le hacian aceptarlas y cegandose poco á poco por la duda, se mostró algun tanto resuelto á hacer lo que el abate le proponia.

—Es necesario resolverse amigo, siguió el abate con un aire resuelto, es necesario resolverse. La sociedad no está tan trasparente que pueda ser vista de todos. La juventud ha pervertido el corazon de la mujer con la seducción y la mentira. Margarita puede ser inocente; pero tambien puede no serlo. La irresolucion de Zalasar y su lenguaje respecto de ella, ¿quien sabe si tiene algo de verdad? Yo respondo de las consecuencias, amigo; yo respondo de todo.

Eduardo se levantó de su asiento y con el semblante contrastado le dijo al abate.

—Está bien, vamos á tomar las medidas precisas que nos saquen de esta perplejidad.

El abate al obtener esta resolucion del Inquisidor, se creyó triunfante. Se interesaba en destruir el matrimonio y al conseguir un

examen de la vida privada de Margarita, contaba con que habia de resultar distinta de lo que Eduardo la creia. El abate se acercó entonces mas á Eduardo y en voz baja le indicó un plan indagatorio que el Inquisidor aceptó.

—De ese modo, tendremos un resultado claro; le dijo el abate, concluyendo de indicarle algunas medidas.

—Entonces os parece oportuno, que la entrevista sea dentro de dos dias?

—Si mi amigo; el Miercoles á las ocho de la noche.

—Estareis con migo?

—Como no, preparadme un traje propio para ser desconocido.

—Uno de los que usan los miembros del tribunal.

El abate salia de casa del Inquisidor y el padre y madre de Zalasar entraban vestidos de negro, pidiendo audiencia por un momento. Eduardo sin saber quienes eran hizo entrar á estas dos personas á su salon de recibio.

La señora y el anciano al ver al Inquisidor corrieron á echarse á sus piés derramando abundantes lagrimas; Eduardo se quedó inmovil al conocer á estas personas; las miró rapidamente y comprendió el objeto de la visita. Eduardo las tomó de los brazos para levantarlas.

—Que sucede señores? les dijo; levanten-se UU. diganme lo que significa esto.

Los ancianos ahogaban su voz con sollozos.

—Venimos á pedir á nuestro hijo, á que le deis la vida.

—Levantense UU., porque esa situacion es incomoda para tratar.

Los ancianos se levantaron y fueron á sentarse en el sofá, enjugando las lagrimas que derramaban.

—Ayer á las siete de la noche, dijo la señora, mi unico hijo Santiago, ha sido llevado á la cárcel de la Inquisicion. Hemos ido á preguntar por él y se nos ha contestado por el carcelero, que no sabe nada; perdidas las esperanzas de saber de él, nos hemos venido donde U. S. que debe tener noticias de nuestro hijo. En donde está? que delito tiene?

Eduardo estaba con la barba pegada al pecho, pensando y oyendo lo que se le decia.

—En donde está nuestro hijo! señor; volvió á preguntarle la madre.

El Inquisidor levantó sus ojos y aparentando ignorancia de lo que se le preguntaba.

—Nada sé, señora, de lo que me preguntais. Estoy á oscuras de lo que oigo.

Eduardo seguia en este proceder las reglas de su ministerio, que consistian en hacer desaparecer las personas sin jamás dar luz sobre su paradero y su suerte. Así era que los que entraban á la carcel, no volvian á aparecer las mas veces ni en el sepulcro ni en el público. Era aquella la muerte viviendo en medio de la luz. Una tumba abierta en el corazon de la sociedad. Por eso, los padres de

Zalasar cargaban el luto desde la desaparicion de su hijo.

Los padres al oir la contestacion del Inquisidor se quedaron abismados.

—¿Y quién sabrá entonces señor, le dijeron, del paradero de nuestro hijo?

—No podré satisfacer la curiosidad de UU., les contestó Eduardo, bajando la vista.

—Pero no es U. señor el jefe del “Santo Oficio?”

—Es verdad que soy el jefe, pero el jefe no interviene en los procederes de los miembros del Tribunal. Ellos pueden apresar sin mi orden, asi es que no debe sorprenderles que yo ignore.....

—Pero bien podriais, señor, averiguar para darnos un consuelo. Haced cargo que un hijo es un pedazo de nuestro corazon; que su desaparicion nos daria la muerte. Indagad señor, por lo que mas querais.

Eduardo lanzó un suspiro al oir estas palabras.

—Haré lo que pueda señores, les contestó Eduardo.

—Y quienes son los otros miembros del Tribunal, para ir donde ellos á fin de saber algo?

—El jurameuto de la orden me prohíbe decirlo, respondió Eduardo.

—Qué desgracia! qué desgracia! exclamaron los ancianos. No nos queda mas que el consuelo de US. y esperamos que hará por nosotros lo que haria por sus padres.

—En quince dias mas, quizás sepa lo

que me preguntais y entonces haré lo posible por UU.

Los ancianos besaron la mano del Inquisidor, se deshicieron en demostraciones de gratitud y se retiraron con la débil esperanza de saber algo en quince dias.

Eduardo se quedó solo y no pudo menos de enternecerse á vista del cuadro que acababa de pasar.

—Qué destino el mio? exclamó, tener que alimentarme de las lágrimas de la humanidad y complacerme en el destrozo de los afectos y de los cuerpos humanos! Esta no es vida; mi naturaleza se resiste ya á tanto mal causado. Las sombras de los que habitan los abernos de los calabozos; los espectros de los que han rujido atados al madero soportando las llamas que los consumian, me hieren á cada momento el oido. En medio de los sueños, al lado de los alimentos; el ay! de la victima me resuena.... Oh! esta no es vida.... necesito descansar.... mezclar una gota de miel en ese acibar que diariamente bebo.

Eduardo se detuvo atormentado por si mismo. Quedó silencioso y como despertando de un letargo.

—No! dijo, mi Dios me manda matar. Fuerza Eduardo, fuerza para seguir adelante.

Eduardo con el semblante de un demonio, pasó entonces á vestirse para ir á la sala de despacho.

CAPITULO XII.

EL abate Gonzalez una vez que se penetró de la situacion crítica de Eduardo, se volvió á su convento lleno de contento y de esperanzas, para acabar de desilusionar al amante ciego.

La pieza del abate era tambien el archivo de las cosas secretas de la órden. Adornado con suma sencillez, tenia al frente de la puerta de entrada un escaño de madera blanca, algo pardo ya por el uso y la falta de limpieza. Una mesa grande y alta con algunos tallados se encontraba en uno de los rincones de la pieza; sillas de baqueta y de madera con algunos estantes de libros, formaban el amueblado de la habitacion de recibo del abate; mas pasando á una segunda pieza se encontraba un verdadero archivo de vie-

jos manuscritos; papeles caidos por los rincones; un escaparate elevado y bien serrado con llaves; un escritorio de alta elevacion con un banquillo redondo que servia de asiento.

El abate al llegar al convento, su primer cuidado fué quitarse la capa, el sombrero y entrar á la pieza segunda que acabamos de señalar. Tomó de un cajon del escritorio dos llaves y abrió el grande armario que hemos indicado. Las dos hojas de la puerta jiraron sobre sus goznes y dejaron ver en su centro divisiones que separaban bultos de pergamino con letras diferentes cada uno. El abate estendió la mano y sacó uno de esos bultos que estaba marcado con la letra Y. Lo puso sobre el escritorio y principió á fojear. Ese libro era el indice de lo que aquel armario contenia. Dió vuelta á algunas fojas y se detuvo en la letra C. Llegó con detencion hasta encontrar la palabra *confesiones*. Esta palabra contenia la siguiente anotacion.

«Confesiones; vease el fólío letra S. doble.»

El abate cerró con prolijidad el indice, lo ató con un cordel y lo volvió á colocar en su puesto. En seguida tomó una escalerita y se subió á alcanzar el fólío letra S. S. Luego que lo tuvo en sus manos volvió á sentarse en el escritorio y á fojearlo. Este fólío estaba tambien dividido por órden alfabetico, conteniendo en cada letra el nombre correspondiente á la familia que tenia un director espiritual en los miembros de la Compañia-

—Z, dijo el abate, aquí debe estar el nom-

bre de la familia de Zalasar. Veamos quien es el confesor de la casa.

Siguió recorriendo con la vista hasta que encontró la siguiente apuntacion.

«Zalasar, la familia de este noble tomó confesor de la Compañia en 1730. Hasta 1738 lo fué el hermano Pereira Juan Antonio. Por muerte de este fué tomado el hermano Espinosa Diego quien hasta hoy ejerce su Ministerio.»

El abate tomó un pedazo de papel y copió la partida. Luego dió vuelta algunas fojas hasta encontrar la letra N. que señalaba el apellido de la familia de Margarita. Leyó y encontró otra partida en los siguientes términos.

«N. de B., familia ilustre. Se confiesa con hermanos de la Compañia desde 1602. El hermano Asencio Pedro, fué el primero. Los sucesores de esta familia han continuado con los confesores de la òrden; en 1740 fué reemplazado Ortega Andres por el hermano Alvarado Ignacio, quien hasta ahora continúa siendo el director de la familia.»

El abate copió esta segunda partida al pié de la anterior y cerrando en seguida el folio lo volvió á colocar en el hueco que habia dejado al sacarlo. Cerró las puertas del armario y en seguida se fué á la pieza de recibo. Llamó á un novicio y le dijo:

—Al hermano Espinosa que le necesito.

El novicio salió en el acto con los brazos cruzados y la vista baja. El hermano Espi-

nosa vino al instante á la celda del abate Gonzalez.

—Necesito hermano, le dijo este al padre Espinosa que estaba con el semblante agachado y con las manos puestas en estado de orar; necesito el libro que llevais de las familias que se confiesan con vos.

—Con el permiso de su Paternidad, contestó Espinosa haciendo un saludo con la cabeza, voy á traerlo.

El hermano salió y en un corto rato estuvo de vuelta con el libro que se le pedia. Lo presentó al abate y este en el instante encontró en la letra Z el nombre de la familia de Zalasar.

—Podeis retiraros hermano, pronto os devolveré el libro.

El abate quedó solo, se puso á leer lo que habia anotado bajo aquel nombre. Pasó por alto lo que decia respecto á los padres y luego se detuvo en lo que correspondia al hijo.

«Confesion del dia 12 de Agosto.» «Confesion del dia 4 de Setiembre.» El abate leia, y volvia á continuar desmenuzando cada apun-tacion relativa al dia que se indicaba:

«Confesion del 1º. de Junio,» leyó el abate y continuó en seguida instruyendose. «No puede desprenderse de algunos billetes relativos á relaciones ilicitas con M. de N.; los conserva en la cómoda de su pieza.»

—Esta apun-tacion está repetida, dijo el abate, en cuatro confesiones seguidas.

«Ha sorprendido en escenas escandalosas á la señorita M. y á D. N. C.; no puede pri-

vase de ir á las oraciones á la casa de la antedicha.»

—Este es un calavera, continuó el abate, porque no se ha arrepentido. Es reincidente pecador.

El abate tomó nota de esta lectura y copió con exactitud el lugar donde estaban los billetes.

—Está bien, dijo.

Cerró el libro y mandó llamar al hermano Alvarado. Vino este y luego que volvió con el libro de las confesiones, lo despachó hasta segunda orden. El abate dió principio de nuevo al examen de las confesiones de Margarita. Leyó con detencion lo que á ella correspondia y quedó abismado de lo que era esa mujer.

—Oh! dijo, ese es un demonio. El matrimonio no se efectuará ya.

Tomó en seguida la pluma y escribió los siguientes apuntes. Tiene 18 años.—El 15 de Febrero de 1744....siete de la tarde.... Pedro Urcullu....C....4 de Junio del mismo....

—Basta con esto, dijo, el abate, cerrando el libro y poniendo arenilla á lo que habia escrito. Con estos pormenores la presa es segura.

El abate quedó pensativo con el dedo puesto en la frente y en seguida volvió á abrir el libro y á registrar las partidas relativas á los sirvientes de la casa.

«La negra Rafaela confiesa, leyó, que las reincidentias de sus culpas son inevitables por el halago de lo que le paga la niña M. Que

para el sábado entrante tiene que acompañarla á las ocho de la noche.»

El abate se sonrió y apuntó esta cita denunciada por la sirvienta. Se instruyó en seguida de algunos otros pormenores de las confesiones de las criadas y devolvió á los hermanos confesores aquellos dos libros que formaban la historia privada de algunas devotas.

El abate luego que se hubo desocupado de este trabajo salió á pasearse por los corredores para tomar algun poco de sol. Allí empleó un cuarto de hora mirando y observando de reojo á los hermanos que andaban de á uno ó de á tres por los claustros, ya estudiando ya conversando. En seguida se recojió á su pieza y dió órdenes que desempeñar á los hermanos de la Compañía. Entre estas órdenes comunicó á tres de sus inferiores la siguiente:

«El señor Inquisidor Mayor entregará á UU. tres talegos de onzas que guardareis en el lugar de los depósitos secretos. Mañana volverán á ir y les volverá á entregar igual suma. Cuidado con que el público les vea ó malicie que traen esas sumas. Lo confío á la discrecion de UU.; esas cantidades se necesitan para la iglesia que está escasa de recursos.»

El abate se retiró á su celda y se recostó á descansar.

Los demas hermanos continuaron en el orden habitual; poniendose el oido uno al otro y hablando en voz baja. El silencio era extraordinario. Vivian en aquel convento doscientas y tantas personas entre hermanos y sir-

vientes, y al juzgarlo por la vista, se podría haber creído que la vida no se conocía, por que el hombre pasaba como una sombra sin ser sentido en su andar, ni oído en el hablar.

CAPÍTULO XIII.

CUANDO el hombre recibe un golpe inesperado en sus ambiciones, el espíritu se preocupa de tal modo que llega á olvidar los negocios de la vida. No se piensa en los medios de desvanecer la impresion; el pensamiento se detiene en ella, la examina, la recorre; la vé por todas sus faces dañantes, mas no se acuerda de la necesidad de vencer ese estado con crearse nuevos encantos, nuevas esperanzas, nuevas ilusiones que reemplacen á las ya perdidas.

Los que dotados de una alma pequeña llegan á experimentar una de esas faces de la existencia, al sentirla, creen que el mundo les aplasta: el sol deja de iluminarles, el porvenir lo limitan al presente, muere; el espíritu no

encuentra la alegría en el mundo: tinieblas tras tinieblas solo aparecen á confundir la situacion. La naturaleza, las fantasias, la gloria; todo ese globo de absorpcion y de grandeza viene á desaparecer ante un dolor. Que esperar! la nada. la nada desgarrante que conduce á la defecion de la virtud, á la duda del deber. El pensamiento se instala en un circulo pequeño y la imaginacion preocupada llega á columbrar el descanso en la inaccion del cuerpo. El pensamiento continua ahondando el mal y la imaginacion entoldando el porvenir. Las impresiones se paralizan y el alma ya no piensa en el dolor que siente; su vista la transporta á la ambicion de desaparecer. Y he aqui como el hombre sin darse cuenta de sí mismo muchas veces, se lanza al suicidio ó á la carrera de la bestia. Que importa en tal estado el juicio de la sociedad? un crimen cierra la entrada al honor; otro crimen abre las puertas á crímenes consecutivos. Asi es como de un paso mal dado, se cae en ciento, habituandose á toda accion.

El alma grande siente, es verdad, pero no pierde la calma ni la esperanza. Recibe el mal y en vez de aumentarlo por la meditacion, lo desvirtua en la indagacion ó estudio que de él hace. El alma grande tiene la fuerza del pensamiento iluminado y lejos de abatirse al encontrar una roca en el Oceano de la existencia; lejos de resolverse á naufragar en el desarbolamiento de la nave, concentra sus esfuerzos para salvar del peligro y marcar en el mapa de los navegantes ese escollo de la travesia.

¿Qué es un dolor encontrado en medio del mundo, que del dolor vive? La felicidad que día á día perseguimos, jamas se encuentra, por que nuestros pasos son monotonos? Ella se nos presenta á iluminarnos, pero su luz apenas la sentimos. Las nubes de la vida suelen entoldar ese astro que nos guia hácia adelante. Entonces nos volvemos á la tierra y perdiendo el tino nos sumerjimos en el dolor que simboliza á la misma tierra; una brisa de la eternidad despeja aquellas nubes y la luz de la felicidad vuelve á hacernos levantar los ojos; es la columna de fuego que nos conduce sin descanso á la patria prometida.

Las almas pequeñas no gozan de este cuadro al sentirse envueltos en el mundo; el dolor las soterra en el polvo. Los grandes espíritus se extasian en el porvenir; lejos de volverse al lodo cuando el mal les asalta, su pensamiento lo lanzan hácia los mundos invisibles para encontrar la luz al travez de la oscuridad.

Eduardo al encontrarse herido en el sentimiento que le abria una era de mansedumbre para soportar la soledad de su ser, lejos de haber procedido como hombre de honor habia caido en el abuso de su autoridad, encerrando á Zalasar en un calabozo. Su espíritu era absorto por la duda y cuanta crueldad meditaba para saciar la hiel que amargaba su pensamiento, le parecia un acto justo y permitido. La inquietud le abatia y fuera de si habia olvidado su propio ministerio. Atormentado por esas ideas, luego que los padres de Zalasar le deja-

ron solo, se marchó al tribunal. Bajó de su coche y al entrar dijo al portero.—

—No hay audiencia para nadie.

Entró en seguida á la sala de despacho y llamando con una campanilla de plata al carcelero le dió orden de que trajesen á su presencia á Zalasar, con los ojos vendados. Esta costumbre se tenia con todos los que comparecian á la sala, á fin de que no supiesen las puertas, el orden de los calabozos, ni nada de lo que podrian ver en el transito de la prision á la sala de despacho.

El carcelero se presentó en pocos momentos, mas conduciendo de la mano á Zalasar.

—Dejadlo aqui, le dijo Eduardo, y vé que ninguna persona se acerque hasta que llame con la campanilla.

El carcelero cerró la puerta secreta con cuidado, dejando á Zalasar, sin ver aun nada, frente al docel del Inquisidor. Luego que estuvieran solos, Eduardo se levantó de su silla y quitó la venda á Zalasar. El jóven respiró entonces al ver alguna luz. El Inquisidor estaba cubierto con la careta negra que formaba parte del vestuario de jefe.

—Sentaos, le dijo Eduardo, al reo.

Zalasar estaba palido, no sabia lo que se le esperaba. Bajó los ojos y se sentó como á seis varas del docel.

El Inquisidor se levantó entonces y le dijo, tomando un crucifijo en las manos:—

—«Jurais, señor Santiago de Zalasar, no decir nada de cuanto vieseis ú oyereis en esta santa casa?»

Zalasar se hincó delante del Cristo y con acento apagado y humilde contestó.—

—Si juro.

—«Si así no lo hicieeis, repuso el Inquisidor, Dios os lo demande y el infierno os traque.» Levantaos señor de Zalasar.

El jóven volvió á sentarse. El Inquisidor entonces se cubrió con el docel y en cuatro minutos volvió á abrirlo, presentandose en su traje ordinario. Zalasar lo miró con terror y rabia. Eduardo le saludó con suma seriedad.

—Señor de Zalasar, le dijo, me presento á vos en traje de hombre, tal cual me presenté en vuestra casa el sabado por la noche. El asunto que me trae á veros es ajeno de mi ministerio y si he procedido hasta este momento, como lo he hecho, vos teneis la culpa.

—Veo señor, repuso Zalasar, que estais en el traje con que me fuisteis á ver; con él que me dijisteis que procederiais como hombre sin abusar del poder. Yo creyendoos en la palabra de proceder como hombre, creia que en vez de la orden de prision me habriais mandado un convite de satisfaccion; pero me encuentro preso, muerto de frio y metido en un calabozo que seguramente será el arma con que acostumbrais tomar satisfaccion.

Eduardo se mordió los labios de cólera y mirando á Zalasar con fuerza, dió un golpe en la mesa.

—Me teneis sumamente incomodo, le contestó, sumamente. No habeis creido bastante el calumniar á Margarita, faltarme á vuestra palabra, sino que aun me provocais ahora ofen-

diendome directamente.—Cuidado con abusar mas de mí!

El Inquisidor se sentó con la vista irritada, lanzando una ojeada rapida sobre Zalasar que tenia su cara lacre de furor.

—Yo no he faltado jamas á mi palabra, señor Inquisidor, jamas. No he faltado á la cita porque os escribí. Estoy en vuestro poder para que me martiriceis, pero no para que me deshonreis.

—Y que esperabais, señor de Zalasar, despues de vuestro billete?

—O que os hubieseis resignado á silenciar la entrevista ó que nos hubiesemos batido!

--Batirnos? y la duda de no saber la verdad? creiais que el honor de la mujer á quien amo, quedaria salvo y yo satisfecho sin la entrevista? Batirnos habria sido el paso que hubiese dado convencido de que erais un calumniador, pero antes, no!

—Con que antes, no? repuso Zalasar, mirando á Eduardo con una sonrisa amarga, antes no?

—No señor, porque lo que yo pienso es convencerme de que Margarita es pura, calumniada por vos.

—Calumniada por mí? dijo Zalasar levantandose de su silla con impaciencia.

--Y si no lo es, porque no lo probais?

Zalasar se acordó de la palabra que habia dado á Margarita y empalideciendo, volvió á sentarse con tristeza.

—Yo no digo que no la calumnio. Cred ol que querais de ella.

Eduardo se irritò al ver el nuevo misterio que arrojaban estas ultimas palabras.

—Qué significa esa falta de claridad? no me dijisteis que teniais pruebas que atestiguan la falta de honor en Margarita?

—Lo dije.

—Y cómo decis ahora que la calumniais y que no la calumniais?

—No tengo que satisfacer á nadie; Margarita no pertenece á vos; si fuese vuestra esposa, lo comprendo. Tanto derecho tengo para preguntaros como para responder. Sois su padre, su madre, su tutor, su hermano?

—Nada de eso soy, pero va á ser mi esposa y esto es bastante.

—En el dia no sois mas que un amante, lo mismo que yó; nada mas.

—Vos, señor, un amante, lo mismo que yo? vos que la habeis acusado de corrompida y yo que la he defendido y defiendiendo su inocencia? Vos que la entregais con vuestra lengua á la deshonra y yo que quiero salvarla de esas acriminaciones? Vos no sois, señor de Zalasar, mas que un difamador no un amante.

Zalasar rompía con los dientes un pañuelo que tenia en las manos; vencido por las confesiones que habia hecho al Inquisidor la noche del Sabado, no hallaba que contestar á tal recriminacion. La posicion de Zalasar era falsa, y al procurar defenderse, caia en la falta que Eduardo le achacaba de difamador.

—Difamador me decis, señor Inquisidor, porque el poder os autoriza para abusar de mi. Dadme libertad y repetid esas palabras.

El hombre de honor no injuria al débil, lo coloca en un puesto que le permita defenderse; es cobardía el hablarme así ahora.

Eduardo perdió la calma y con los puños enristrados se abalanzó sobre Zalasar que se puso en estado de defensa.

—Que os figurais, señor de Zalasar? creis que esas palabras las habeis arrojado al aire? Tengo sangre que derramar para haceros ver que no soy un cobarde.

—Zalasar al ponerse en "defensa, metió una de sus manos al pecho. Eduardo se detuvo al frente del jóven. Hizo rechinar los dientes de colera y solo al temor de dar un escándalo, detuvo su impulso.

—Traed armas, le contestó Zalasar, y veremos cual es el que tiene honor. De donde sacais orgullo? quien sois, dejando esos titulos que manchais?

Eduardo no pudo contenerse de cólera y descargó en el rostro de Zalasar una puñada. Zalasar sacó del pecho un puñal y se abalanzó sobre Eduardo; le tira una puñalada al corazon y el puñal retrocede sin dañar.

—Asesino! le gritó Eduardo.

Zalasar arrojó el puñal al suelo y se quedó mustio de sorpresa.

—Sois un asesino, volvió á repetirle Eduardo. Si la cota de malla no la hubiese tenido, me habriais muerto.

Eduardo se retiró á su asiento mirando con aire risueño y significativo al jóven que no levantaba la cabeza del pecho. Hubo un largo momento de silencio; la reflexion habia

sucedido á la fiebre de la colera. Eduardo recojió el puñal y lo colocó sobre la mesa. Zalaras estaba silencioso; con la vista gacha, apenas se atrevia á moverse del asiento. Acababa de ser asesino sin asesinar; un delito cometido, le ponía en manos de Eduardo sin defensa. Eduardo levantó la cabeza con una palidez mortal, miró al jóven detenidamente y con un tono apaciguado interrumpió aquel silencio.

—Bien podria en el acto haceros matar, pero no quiero vengarme por las injurias hechas á mi persona; el asunto que me trajo á veros no fué para reñir; olvidemos lo que acaba de pasar y contestadme á lo que deseo saber. ¿Es criminal Margarita?

El jóven respiró al oír estas palabras de olvido y jenerosidad. Levantó sus ojos y miró al Inquisidor que revelaba suma tristeza en su semblante.

Dispensadme, señor, contestó Zalaras, mi situacion respecto de Margarita es ecepcional. Nada puedo decir de ella, quizas sufro mas que vos en estos momentos, pero nada puedo decir.

—Y á que entonces me prometisteis?....

—Es verdad que os prometi, pero las circunstancias han variado.

—Cómo han de haber variado las circunstancias; cuando no hemos tenido la entrevista ni sabeis si Margarita os ha acusado?

—Margarita no me ha acusado, señor, estoy seguro de ello.

—Quién os lo ha dicho?

—Lo sé.

El Inquisidor se sorprendió al oír esta confesion del jóven, que revelaba mucho.

—Entonces os habeis visto con Margarita?

Zalasar se aturdió al verse perdido, habiendo descubierto un secreto sin prevision.

—No digo tal cosa, repuso el jóven.

—Pues que me decis entonces? no os comprendo.

—Nada puedo decir, ya os lo he dicho; nada.

—Este es un misterio infernal! exclamó Eduardo; un misterio que me hace perder la razon en cabilaciones profundas.

Eduardo se levantó del asiento y principió á pasearse con los ojos fijos en el suelo. De repente se detuvo delante de Zalasar y con aire melancolico dijo al joven:

—Que interes teneis en hacerme sufrir? no veis que la gran decision que tengo por Margarita, el amor que por ella siento es el que me ha colocado en esta situacion? que sacaria con mataros en un duelo? quedaria por eso menos inquieto? Decidme la verdad de todo y en el acto cesará vuestra prision. Dadme una prueba de culpabilidad y os seré agradecido; decidme que la calumniáis y entonces nos romperemos los cascos. Vos sois joven, rolais en el mundo, podeis haceros de otro amor; pero yo no, porque odio á la sociedad, el único bien que diviso es el de poseer á esa joven. Sacadme de la duda.

Eduardo habló con tal uncion y acompa-

ñó estas palabras con un acento tan triste, que Zalsar pareció conmovido; casi se resolvió á decir la verdad.

—Yo podria renunciar á Margarita, le contestó, si ella renunciase á mi; pero antes es imposible que vaya á daros un convencimiento. Probadme, señor, que Margarita os ama y entonces será otro mi proceder; pero antes no, porque estoy resuelto á hacerme matar por no perder mi palabra dada.

—Entonces no creéis lo que os dije? Margarita me ha dicho que os aborrece y que de nadie será sino mia.

—Lo propio me ha asegurado respecto de vos, y lo propio me ha jurado respecto á que me ama.

—Entonces los dos no somos mas que unos rivales de un amor?

—Por lo que veo, nada mas.

—Y porqué la acusasteis de criminal amandola? cómo podeis amarla injuriando su reputacion?

—Por que crei en una traicion de Margarita y el despecho me hizo olvidar todo.

—Me quereis decir que por despecho hablásteis lo que no era?

—En este momento no acuso ni vindico. Os he dicho que aun no es tiempo de saber esto.

Eduardo se mordiò los labios de colera al verse detenido en su imajinacion.

—Nada comprendo, dijo Eduardo, nada; solo saco una verdad en limpio, triste por cierto; de que hablais de la mujer cuando no

os corresponde; de que el honor de ella os sirve de juguete cuándo dudais del corazon; de que la mujer no es para vosotros una persona de respeto y de adoracion, sino un fantasma que ensalzais cuando la creis vuestra y la degradais cuando otro os puede haber vencido en el amor. No podeis amar con tales principios, con tal educacion; porque os falta la pureza que idealiza, la concentracion que eleva. La mujer no es, señor, ese estropajo de la prostitucion, ni el blanco de desahogos envenenados. La mujer es el balsamo derramado por la Providencia en este mundo de dolores: tierna y anjelical es la escala de la adoracion que nos arrastra á Dios. ¿La habeis concebido como yo, señor de Zalasar? estoy seguro de que no, porque entonces no habriais hablado asi de Margarita.

Zalasar estaba dominado por sentimientos distintos á los de Eduardo; amaba á Margarita para el placer; estaba adormecido por ella en los halagos de las pasiones; pero no sentia esa pureza, esa vehemencia de Eduardo. Zalasar, mas claro, tenia la idea que la juventud galante tiene de la mujer; la idea de la volubilidad.

—Estais equivocado, señor Eduardo, le contestó este, muy equivocado al creer lo que creis de la mujer. Entre nosotros no es mas que lo que es en los pueblos orientales. Nacida para rejenerar la humanidad por el amor materno, es dirigida hoy para anarquizar el foco de la prosperidad por la falta de consistencia en el deber, por la falta de amor para

la infancia. Ese anjel que creis lanzado para embalsamar la vida, apenas conserva esa chispa de la divinidad. Estais muy nuevo señor Eduardo, en el mundo; por eso tomais tan á pecho el amor de Margarita. Id al corazon de la sociedad y entonces sereis lo que es la juventud; justiciera de la reputacion.

—Y si eso es asi, quien tiene la culpa, sino vosotros mismos que derramais la seducion en cuanto corazon os presta oidos? Eso que me decís, justifica á la mujer lejos de acriminarla.

—Nosotros no derramamos la seducion, estais engañado. Desde el seno de la adolescencia, ella recibe el veneno de la materializacion. Las alas de la virjinidad parecen cortadas en los primeros pasos de la vida. Los hechos, que acostumbran su vista á un orden admitido, le forman la conciencia que mas tarde se manifiesta en el rose de la sociedad. Abstraída de la educación espiritual, no presenta mas que la forma de la ignorancia. Sin darse cuenta de si misma, se esclaviza en las preocupaciones de rivalidades estupidas. Para descansar en el trato de la mujer, tenemos que descender á fin de hacernos aceptables; de ahí señor esa habitud á no ser mas que lo necesario para vivir de lo que la mujer vive. No hacemos mas que procurar agradar y si en ello hay seducion, nuestra no es la culpa.

Eduardo miraba con detencion á Zalasar, no queria creer lo que veia; se admiraba de

la profanacion que se hacia del respeto á la debilidad.

—Eso me explica señor, le dijo Eduardo, que la sociedad está mal encaminada; pero jamás que la mujer sea lo que creis, una esclava de serrallo. Ella no procura otra cosa que el agradar al hombre. Su ambicion es formar una familia. Inocente en sus albores, es presa del amor. El hombre la educa infundiendole sus sentimientos y ella se dobliega á las exigencias del que ama. ¿Por qué entonces no la dirijis al bien?....No la dirijis porque vuestros deseos moririan, tendriais que ser lo que no habeis columbrado aun; uno en todo. La corrupcion no viene de la mujer, vosotros la llevais al corazon de la madre y de las familias. Esta es la verdad. Reformaos primero y la mujer tambien se reformará. Reformaos y sabreis lo que es el honor de la mujer que es el vuestro, el de vuestros padres, el de la sociedad entera. Reformaos y entonces comprendereis mi situacion.—Pero dejemos esta disertacion y ocupémonos de lo que nos interesa mas. Que resolveis respecto de mi situacion?

—Nada puedo resolver.

—Que pensais hacer entonces de mi quietud?

—Ya os lo he dicho. Nesequito una prueba de que Margarita os ama.

—No creis en mi palabra?

—El mismo derecho tengo yo para que creais en la mia.

Eduardo se puso á meditar.

—Esto no tiene remedio; será preciso hacer lo que el abate me aconsejó. Hagase la voluntad de Dios.

Luego se dirigió á Zalasar y le dijo:

—Supuesto que nada confesais, es menester continúeis preso.

—Y hasta cuando? repuso Zalasar lleno de tristeza.

—Hasta algunos dias mas.

—Pero colocadme en un lugar mejor en que pueda ver la luz; tener cama, alimentos.

—Está bien.

Eduardo volviò á revestirse con el traje negro, ató los ojos de Zalasar y tocó en seguida la campanilla. El carcelero compareció por la puerta secreta y sin proferir una palabra esperó la orden del Inquisidor.

—Colocad á ese hombre en la pieza de los convertidos.

El carcelero condujo á Zalasar á una pieza aseada, con una alta ventana que le daba luz y allí le quitó la venda.

—Se me trata con consideracion, dijo Zalasar, al ver su nuevo alojamiento.

CAPITULO XIV.

EL salon de Magdalena reunia por las noches á algunos individuos que buscaban distraccion en el buen trato de Rodolfo y de su bella esposa. La juventud, aun cuando no tuviese la esperanza de obtener de Magdalena favores especiales, asistia alternativa-mente allí; porque era de buen tono el considerarse amigo de un noble europeo y de la mujer que descollaba por su hermosura. El salon estaba adornado con sencillez, pero con esa elegancia que lleva en pos de sí el buen gusto de la dueña de casa. Magdalena se distinguia por la desenvoltura de sus movimientos; regularmente estaba rodeada de visitas que preferian oirla y Rodolfo se entretenia en otro circulo que gustaba de él. Los jovenes por lo regular, iban allí por cierto rato á

causa de la necesidad que tenían de ver á los encantos de sus pensamientos. Magdalena, vestida sin ese aro de madera que remplazaba á lo que hoy se suple con un equipaje de enaguas, presentaba con gracia las formas de su esbelto cuerpo. Regularmente se sentaba en el centro de un sofá lacre y los tertulios en vez de situarse en el costado de enfrente (segun la costumbre), colocaban sus asientos al rededor de Magdalena. La sociedad criticaba este sistema de vida, acusandola de demasiado libre, al sentarse cerca de los hombres; pero ella habia despreciado la crítica por creerla infundada y nacida de ignorancia.

Al siguiente dia de la funcion de toros, á que hemos hecho referencia; es decir, el Lunes por la noche; Magdalena estaba como de costumbre, llenando los deberes de etiqueta con las personas que frecuentaban su casa; el público no ofrecia variedad en sus actos; la vida uniforme y escasa de acontecimientos, hacia trabajar mucho á los visitantes por el poco material que encontraban para la conversacion. Cuando la ilustracion no ha penetrado en la juventud, sus tertulias no pasan de disertaciones vacias y frivolas. Se acercan al lado de una persona y luego que le espetan ese caudal de voces que forman la galanteria, el individuo se encuentra detenido sin saber qué decir. En tales casos acontece ó que la conversacion rueda sobre murmuraciones de algun extraño, y entonces la fe-

cundidad del ingenio es inagotable, ó pasa á la narracion de noticias en que la imaginacion es remplazada por la memoria.—Los que se ocupan de amar y se encuentran correspondidos, tienen la superioridad sobre los demas hombres, de ser incansables para hablar noches de noches con la persona que se despoja de la hipocresia y se reviste de la franqueza. Aun cuando los asuntos de que se ocupan no pasan de las reconvenciones y cuentos, ó de los celos y quejas, ellas se creen felices porque el tiempo no lo sienten y la ocupacion que de él hacen les es satisfactoria. Así era que la juventud que frecuentaba la casa de Magdalena, se encontraba muchas veces reducida á oír y á hablar poco. Un acontecimiento cualquiera era un punto disputado por narrarlo con preferencia. Los jóvenes llegaban y á merced que entraban, su primera atencion se reducía á preguntar si sabian tal ó cual acontecimiento. El primero lograba producir el efecto de la novedad, pero los posteriores no hacian mas que producir el efecto de la repeticion. Las cabezas vacias de nociones, descubrian en un cuarto de hora la incapacidad que les coronaba de orgullo. Por lo que hemos visto, la funcion del dia anterior era un bonito asunto que irremediabilmente debia ocupar los salones el dia lunes.—Magdalena habia asistido á los toros por primera vez en Lima, porque aquella era tambien la primera funcion de temporada que se habia dado desde la llegada de la fragata «San Fermin.» Estaba rodeada, como dijimos,

de algunos señoritos que recién habían entrado. Vestida con un traje celeste, la virginidad de su mirar infundía á la par de amor, respeto. Afable con todos, su fisonomía graciosa y sentimental derramaba esa risa que revela la inteligencia al través de las facciones. La superioridad natural de Magdalena contenía con su aspecto los deseos de la juventud galante.

—Ayer se habrán divertido UU. bastante? les dijo Magdalena á los tertulios.

Los jovenesse movieron á un tiempo en sus asientos y como tocados por un agente electrico contestaron casi á un tiempo.

—Si señorita.

El joven Alvaro de Pineda, algun tanto mas despierto que los otros retornó la pregunta sin dar tiempo á sus amigos de que hablasen.

—Tuvimos el placer de divisar á U. en una de las galerias; le agradó á U. la funcion? aunque tal vez habrá visto otras mejores en Europa.

—En mi pais no se conocen estas funciones, señor; pero en Madrid las ví una vez. Nunca las he podido presenciar hasta la conclusion.

—La falta de costumbre señorita, observò el señor de Aliaga, tal vez le prive de gozar en la lucha de una fiera con la destreza del hombre.

—Puede ser que eso sea, repuso Magdalena; pero lo cierto es que en esas luchas se derrama sangre, la sangre de un animal. El espectáculo de la muerte nunca puede pre-

senciarse con agrado, pero quizas la falta de costumbre.....

—Nosotros, arrebató la palabra Pineda, no perdemos un movimiento de los que acontecen en el combate. Allí se vé la habilidad del toreador que burla la furia del animal; el arrojo del que se le presenta y le mata dando la estocada con firmeza. Hay mil lances señorita, que necesitan esplicacion al paso que suceden, para gozar de ellos.

Rodulfo se acercaba en estos momentos al circulo de la conversacion y al oír las palabras de Pineda contestó con gran calma;

—Desde muy jóven he visto toros en mi pais; pero nunca he podido soportar esa costumbre, porque dígase lo que se quiera, aquel es un espectáculo de sangre y de ferocidad. Si algo resultase para el público de ello, una razon habria al menos que la disculpase; pero lejos de eso, lo acostumbra á la barbarie en sus acciones..

—Quizas estemos encontrados en opiniones, repuso Pineda, porque veo que lejos de habituar á la barbarie al público, lo educa para hacerlo fuerte y valiente. El derrame de la sangre hace olvidar el respeto á la muerte.

—Es un error ese, señor Pineda, dijo Rodulfo; un error que dispensareis lo combata por ser jeneral en este pais y en mi propia patria. Las luchas en la edad media, las que se presentaban en los torneos, á pesar de demostrarse allí el valor de los caballeros en los duelos á muerte ó la destreza en

la lanza y el caballo en los combates sin punta de fierro; fueron condenados por la civilizacion por no producir otra cosa sino ódios entre los combatientes, ferocidad de hombres contra hombres sin causa ni utilidad; porque, ¿qué beneficio resultaba de que uno derribase á otro? ¿qué principio triunfaba, qué bien reportaba el vencedor y el público que observaba? ninguno. Se rompian lanzas en los encuentros y al abrir las celadas se encontraban cádaveres; el público aplaudia, y qué? la mayor fuerza del vencedor. El vencedor se enorgullecia y gozaba, pero ese goce era estúpido por cuanto la sangre del vencido no atestiguaba mas que el resultado del temple de un corazon barbaro y de un brazo robusto. En los tiempos antiguos habia luchas de fieras con hombres y el público asistia á ver desgarrar las entrañas de los que caian bajo las garras del tigre ó los colmillos de la pantera. Los romanos se extasiaban en esos combates que en el Coliseo se veian. Las victimas desaparecian en las bocas de las fieras; el pueblo se divertia en aquellos espectáculos; pero qué sacaba de tales juegos? la habitud en presenciarse el triunfo del tigre sobre el hombre, el triunfo de la atrocidad sobre el sentimiento. Esa escuela presentaba sin embargo la abnegacion del combatiente; habia virilidad á pesar de ser un cuadro de barbarie; pero, ¿en los toros, que encontráis señores? nada mas que una parodia ridicula de aquellos tiempos; una debilidad, un abuso de la sagacidad del hom-

bre que asesina al animal engañándolo. El pueblo se habitúa á ver correr la sangre, pero la sangre del bruto indefenso que se postra ante la estocada de un diestro toreador. Eso no puede ser aceptable nunca, porque marca un punto de atraso en la civilizacion de los paises.

—Pero no hay duda señor, contestó Pineda, que esa sangre fortifica el sentimiento del coraje.

—No lo creo, señor, porque el valor no nace de una educacion sangrienta. El valor le encontrareis en el hombre culto mas bien que en el habituado á hechos desmoralizadores. El honor y el valor marchan por lo regular unidos.

Pineda se encontró algo batido y á fin de no darse por vencido, continuó repitiendo bajo diferentes formas sus argumentos. Los demas permanecian atentos á la discusion. En esto se presentó el señor Inquisidor Mayor acompañado del Preposito Gonzalez. El Inquisidor vestido de gala, se adelantó con el abate á tomar asiento en el circulo de tertulios. La conversacion fué cortada entonces y el silencio reapareció para escuchar á los recién llegados. Los jóvenes principiaron á despedirse poco á poco y en un cuarto de hora mas, el salon se encontró con Magdalena, Rodolfo, el abate, Eduardo y el Presidente de los vocales.

—Contrariando las reglas de mi órden, dijo el Preposito, he venido por cumplir con UU., acompañando al señor Eduardo.

—Agradecemos su fineza, contestó Magdalena haciendo una cortesía con su esposo. Gracias á esta casualidad tenemos la honra de tenerle en casa.

El Inquisidor dió las gracias con la cabeza, sonriéndose algun tanto con finura.

—Extrañabamos, dijo Rodolfo, que el señor Inquisidor Mayor hubiese abandonado nuestra amistad. Creo que haran dos meses á que se sirvió U. visitarnos?

—Permanesco retirado de la sociedad, contestò Eduardo, y no debe extrañarle á U. mi poca cortesía en frecuentar tan amables personas.

Magdalena que miraba á Eduardo con atencion por esa simpatía que involuntariamente producen ciertas fisonomías al verlas por la primera vez, marcó mas su atencion al escuchar la voz de Eduardo. Era también la primera vez que le oía desde su llegada, por que en la visita de salutación Rodolfo le habia hecho la corte.

—Agradecemos sus finezas, repuso Magdalena.

Hubo un momento de silencio, el silencio que precede siempre á la introduccion de una conversacion despues de los cumplidos vagos de la etiqueta.

—Hablabamos ahora poco con los SS. que acaban de salir, interrumpió Rodolfo, sobre las costumbres que se gozan en los espectaculos sangrientos.

Eduardo levantó la cabeza creyendo que iba á hacerse alusion al cargo que desempe-

ñaba. Rodulfo comprendió al momento aquel movimiento y añadió con prontitud:

—Nos referimos á la funcion de toros.

Eduardo volvió á su estado normal de concentracion.

—Seguramente, observó el Preposito, que la juventud opinaria aprobando esa costumbre.

—Se conoce que U. conoce á su pueblo, contestó Magdalena.

—Y que dirian, si viesen una de esas corridas que tienen lugar en Madrid! volvió á hablar el Preposito.

Se extasiarian, se enloquecerian; dijo Eduardo con entusiasmo. Allí se sabe matar al animal sin martirio.

Magdalena encendió mas su adesion hacia Eduardo. Pareció que en sus ojos habia radiado la expresion de ojos que habia visto otra vez. Eduardo se fijó en Magdalena y como despertando de la oscuridad de sus recuerdos algun pensamiento, volvió á mirarla con fuerza. La vista de los dos se encontró y cada uno la bajó involuntariamente. El abate observaba todo y al notar aquella impresion que atravesó por el semblante de Eduardo, comprendió que era tiempo de darles alguna expansion para que se explicasen. Con esta idea se paró de su asiento y arrastró á Rodulfo y al Presidente de los vocales hacia la pieza inmediata á fumar un cigarro.—Eduardo se encontró á solas con Magdalena. Un sudor frio le humedeciò la frente. Se sintió con una impresion que no acertaba á explicarse.

Magdalena, asaltada por la incertidumbre, se sonrió. Su semblante tomó entonces el aire de una idealidad. Hubo un momento de silencio producido por la impresion.

—El señor abate, interrumpió Magdalena con timidez, nos dijo en dias pasados de que U. era Español.

Eduardo al sentir la voz de Magdalena á solas volvió á estremecerse.

—Si Señorita, soy montañez.

—Su fisonomia lo dice bien; sino hubiese perecido D. Victor Manriques é ignorase el nombre de U. le creeria hermano de aquel amigo.

—Me parezco al señor Manriques, señorita? preguntó Eduardo con una expresion de dolor tal que inpregnó á Magdalena de sensibilidad.

—Si señor, mucho.

Eduardo se detuvo algun tanto; comprendió quien era aquella mujer. Ella sola podia haber dado con su nombre.

—Y permitame señorita el decirle, que al verle á U. he creido ver tambien á un anjel que hasta hoy llevo gravado en mi imaginacion.

—No es extraño que U. recuerde en mí á algun objeto parecido. Hay tantas en España que se parecen.

—Pero no es en España donde yo he visto tal recuerdo, fué en Napóles; en aquella ciudad donde aprendi á adorar.

Magdalena clavó los ojos en Eduardo que dejaba correr por su mejilla una lágrima de

dolor. Eduardo levantó su vista brillante y lanzando una mirada sobre Magdalena se estrelló con la verdad que salía de sus miradas. El sentimiento invadió la palabra, el corazón habló con energía; la emoción les cegó;

—Es U. Magdalena, la mujer que Dios me había destinado.....

—Y tú, Víctor!.....esclamó Magdalena echándose en los brazos de Eduardo que estampaba un beso de amor en los ojos de ella.

En aquella situación permanecieron un instante. La reflexión vino á Magdalena y levantando su cabeza del pecho de Eduardo le dijo;

—Retiraos á vuestro asiento, soy esposa...

Eduardo obedeció; miró con detención á Magdalena y mudo de sorpresa y de fuego, desgarraba su alma en dolores incomprensibles.

—Me habían dicho que habíais muerto, interrumpió Magdalena.

—Y por eso fuisteis de Rodolfo, no es verdad?

—Si, por eso.

Magdalena dejó caer su cabeza con sentimiento al pronunciar tales palabras y luego continuó:

—Me dijeron que aquel artista á quien había prometido mi mano, había perecido en una navegación á Inglaterra. Vuestra desaparición fué tan repentina y la causa que la motivó tan grave que desde aquel entonces tuve que resignarme á borrar de mi corazón las huellas de un amor tan profundo. Mis padres

lograron prosperar y Rodulfo que me conoció, me pidió para esposa. Al principio me habia resistido por el recuerdo que tenia de vos; pero Rodulfo consiguió ganarse mi corazon y esenta de afecciones, le amé y fuí de él. Rodulfo vino á reemplazaros en mis afecciones; yo soy de él y aun cuando os he vuelto á encontrar, tú no serás para mí mas que un amigo ahora.

Eduardo escuchaba con confusion, no podia convencerse de que aquella mujer era la persona que en su primera edad viril habia amado. La miraba y la oia, pero su imaginacion le confundia.

—Y quién pudo, amiga, informaros que yo habia muerto?

—La voz pública, Eduardo.

—Tiene razon! exclamó, tiene razon! Esa voz fué corrida de intento por mis protectores al mandarme á América.

—Y cómo has venido á estos mundos? le preguntó Magdalena: cómo es que estás en tan alto puesto? Estoi llena de curiosidad, porque no sé si es un sueño lo que por mí pasa ó una realidad.

Eduardo suspiró con amargura.

—Nada es estraño en este mundo, le contestó, nada. El artista Victor Manriques le encontráis ahora llamandose Eduardo Ramirez y ennoblecido con el título de Inquisidor Mayor. Aquel artista que vivia trabajando con tenacidad en su taller, le veis ahora de gran señor, con escudo de armas y riquezas abundantes. Aquel débil hombre que nada po-

dia, que pasaba desapercibido en medio de esa gran poblacion de Nápoles, le encontráis ahora figurando por su posicion y poder. No es verdad que esto es bien raro?

—Es asombroso! repuso Magdalena, asombroso! Y por qué tal trasformacion? Si yo no puedo ser vuestra esposa, consideradme al menos vuestra amiga. Contadme lo todo.

—Todo es un secreto amiga, un secreto que me ha colocado en el puesto que me veis. Vos sabéis quien soy yo, nada importa que sepa lo demas.

Eduardo iba á contar su historia de dos años á esta parte, cuando sintieron las voces de las tres personas que habian pasado á fumar á la sala inmediata que volvian á ocupar sus asientos.

—Ahora es imposible.....otro dia os lo diré todo. Que nadie sepa una palabra.

El abate al acercarse notó la trasformacion de Eduardo y Magdalena, y conoció que algo habian aclarado el misterio de sus vidas. Rodolfo notó alguna inquietud en Magdalena, pero no le causó estrañeza.

—U. se habrá divertido algun tanto, preguntó el abate á Magdalena, recordando sus paises con el señor Eduardo.

—Si señor, le he oido con agrado. El señor Eduardo habia viajado por Nápoles, y he tenido sumo agrado en encontrarle por ser un amigo de mis padres.

—Cuanto gusto tengo, agregó Rodolfo, en tener por acá un amigo de los padres de Magdalena.

—Para mi ha sido lo mismo, señores, repuso Eduardo algo sonrojado.

—Tenia U. razon señorita, en querer saber quién era el señor Inquisidor Mayor; dijo el abate. No me es estraño ahora el comprender la atencion que puso al verle la primera vez.

Magdalena se ruborizó toda, porque creyó que le habian adivinado sus relaciones con Eduardo; relaciones que aun cuando eran la espresion de un amor pasado en la primavera de la vida y acallado con la idea de la muerte, no por eso dejaba de impresionarle al tener delante de sí el pasado de la infancia, los arrullos de las caricias que les suspendian en transiciones ideales; aquel tiempo de amores que vivia de la esperanza del uno y la virtud del otro.

—Es verdad, contestó Magdalena. Siempre se gravan las fisonomias de los que uno vé en su primera edad.

Se conversó un momento mas hasta que las campanas de la catedral tocaron las nueve. El abate se levantó y Eduardo le siguió, despidiendose de los esposos.

—Esperamos que U. tendrá la bondad de frecuentar nuestra casa, le dijo Rodulfo á Eduardo al darle la mano de despedida.

—Si señor, tendré sumo placer en ello.

El presidente de los vocales fué el último que dejó la casa.

—Conque hemos encontrado un amigo de tus padres? preguntó Rodulfo á Magdalena.

—Si, Rodulfo. Pronto te hablaré de él, porque es un hombre bueno.

Magdalena se levantó del sofá y se retiró con Rodulfo á la pieza de dormir. La luz le incomodaba á Magdalena porque temia que su esposo se apercibiera de su emocion al hablar de Eduardo.

—El Inquisidor Mayor, querido Rodulfo, le dijo ella, fué un artista ahora tres años. Tenia su taller cerca de casa; allí iba muy á menudo. La honradez de él le hacia ser apreciado por mis padres. Desde aquella fecha se desapareció de Nápoles, y segun decian todas habia muerto. El no quiere que se sepa esto; quizás le avergonzaria en la posicion en que se encuentra.

—Pero se encontrará muy contento por el cambio que ha hecho?

—Así parece. El me iba á contar este misterio que no acierto á esplicarme, pero temia el hacerlo á presencia de UU. En otra ocasion ha quedado de satisfacerme la curiosidad.

—Tendremos el gusto de oirlo.

—No sé si lo haga en presencia tuya, porque le sentí ruborizado al creer que UU. podian haberle oido. Si él lo permite te avisaré cuando venga.

—Bien, hija mia. Hazle ver que tengo simpatias por él, y que no se oculte de mí para nada. Eduardo me parece un hombre formal y de juicio; desearia tener franqueza con él.

Magdalena aceptó el encargo de Rodulfo con ese agrado que hace envidiable la vida

del matrimonio. La tranquilidad del amor reposaba en esos dos corazones; el dolor de la separacion de Europa sabian moderarlo con halagos y conformidad. Las reyertas que por lo regular acontecen en el seno de las familias, no encontraban éco en aquel santuario de correspondencia afectuosa. La mujer no se ocupaba de dar quejas ó lanzar suspiros, ni el marido de poner el jesto crudo ó demostrar sentimientos tétricos. Los esposos eran felices, por que vivian del verdadero amor, del corazon que jamás miente. Por eso habia esa confianza del uno en el otro, que ni por el pensamiento llegó á surcarles la idea de una desavenencia ó infidelidad.

CAPITULO XV.

PARA los que hayan cumplido treinta años de edad y tenido amores excepcionales, no les será difícil comprender las impresiones que Eduardo recibió al encontrar á Magdalena, su primer amor; aquel amor que le habia hecho concebir en la pubertad ilusiones bellas y de quien él conservaba un recuerdo escandecente de pureza y de fuerza. El Prepósito Gonzales habia previsto el resultado de un encuentro tal y al ver á Eduardo inmutado en su serenidad, se alegró; por que habia dado un paso importante en el desempeño de su comision.

Luego que hubieron salido de casa de Rodulfo, los dos se fueron al departamento de Eduardo. El abate no quiso distraer á Eduardo en el camino, del pensamiento que le ab-

sorvia su atencion. Así fué, que siguió silencioso hasta sentarse con su amigo en la sala de recibo de Eduardo. Luego que allí estuvieron, el abate procuró sondearle el espíritu

—Qué tal os ha parecido Magdalena? le preguntó.

—No creía haber tenido tan feliz encuentro. La conocia ya y ahora que la encuentro casada y siempre hermosa, he sufrido y he gozado.

—Sufrido? ¿por qué?

—Porque en ese matrimonio feliz, veo mi felicidad perdida.

—Es una locura pensar en personas de estado. Ved en ella á una mujer solo y no seais tan fantástico en vuestras ideas.

—Es que Magdalena, repuso Eduardo con tristeza, debió ser mi esposa y la perdí.....

—Tened alma grande, buen amigo. En el estado en que está, la podeis adorar sin traspasar los límites del deber y un amor así os conservará lejos de las tentaciones mundanas. Muchas veces la Providencia no deja mas que columbrar la felicidad y hace que en sus criaturas se conozca y aspire á la felicidad mayor; á la abnegacion del hombre por su servicio.

Eduardo al oír que podia adorarla, se consoló y respiró con expansion.

—Pero cómo adorarla buen abate, cuando ella ama y adora á su esposo y seria un imposible que me correspondiese espiritualmente; porque para conservar una afeccion tal, se necesita alguna correspondencia.

—¿Os creiais feliz y renunciariais á la idea del matrimonio, si ella llegase á corresponder?

Eduardo se detuvo al contestar; pensó en Margarita.

Quizas renunciaria á todo y renunciaria si tuviese la conviccion de que la mujer en quien me he fijado, no fuese digna de ser lo que yo deseo.

—He ahí vuestro mal; le dijo el abate con prontitud. Quereis contrariar la voluntad divina casandoos, para olvidar una pasion ideal y austera como la que podia sustentaros Magdalena, dejandoos apto para llenar vuestra mision.

—No mi amigo, no; no es para olvidar una pasion como la que me ha arrastrado hácia la esposa de Eduardo; es para equilibrar algun tanto mi situacion con la de Magdalena. La adoro, es verdad; he sentido despertar, renacer el fuego de mi juventud; pero tambien he visto y concebido la necesidad de casarme con Margarita. Ella sabrá hacerme borrar una pasion insensata hoy.

—No hay que lanzarse, Eduardo, á los extremos, replicó el abate con calma; es preciso no cegarse con la mujer que creis digna de sustituir á Magdalena en vuestro corazon. No os aconsejo por eso, que vayais á amarla fuera de los limites necesarios, no, por que es preciso respetar el honor; lo que quiero es que renunciéis al matrimonio y penseis en curar los ardores de la juventud amando con santidad á un ser puro.

—Pero qué hacer para ello? Yo no puedo abandonar á Margarita, antes de conocer su culpabilidad ó su inocencia.

—Y si es culpable, la dejareis?

—Sí, lo juro.

—Y entónces qué hareis?

—Me retiraré á la soledad. Seguiré el destino sin levantar los ojos.

El abate miró á Eduardo y por las contracciones de su fisonomía, comprendió que el hombre era de pasiones fuertes y que era menester distraerle abriéndole una nueva esperanza á su espíritu.

Sois bastante digno, Eduardo, no podia esperar otra cosa de vos; pero yo os quiero y he pensado en prepararos un bienestar que supla los vacíos del corazon.

—En qué habeis pensado?

—En hacer que Magdalena os quiera como á un buen amigo en quien ella haga reposar su imaginacion, sus dulzuras, sus caricias honestas.

—Habeis pensado en eso? dijo Eduardo con una expresion de alegria natural.

—Si amigo, lo habia pensado ya; y segun mis esperanzas, creo que Magdalena repartirá con vos la felicidad que dá á Rodolfo.

—Sois muy bueno! exclamó Eduardo; contadme vuestros pensamientos; contadmelos que me serán de sumo consuelo; me darán fuerzas para prepararme á recibir el desengaño de mis ilusiones.

—Como vos sabeis, he procurado hacerme interesante al Sr. Rodolfo y para ello no

he querido contradecirle en nada que pudiese molestarle. Al contrario, me le he presentado como un hombre en quien se puede depositar la confianza de las ideas y de los secretos. El parece contento con verme en su casa. Aprovechandome de la franqueza que le he inspirado, por consejos que le dí en dias pasados sobre la costumbre que habia de que cada casa tuviese un director espiritual, me ha hecho confesor de su esposa. Siendo yo el director espiritual de Magdalena, vos concibireis que no la he de dejar perderse.

—Y qué saco yo, mi buen abate, con eso?

—Decidme antes, quereis querer á Magdalena como amiga solo?

—Nada mas.

—Pues bien, entónces apoyado en la confesion que me acabais de hacer, que salva mi responsabilidad; yo tengo la facilidad de disponerla de modo que no sea tan concentrada con su marido. Un amor tan egoista, podria hacer males al alma de Magdalena.

Eduardo se sorprendió al oír tal doctrina y asaltado por escrúpulos de su conciencia le observó;

—Creo que tal vez vais, amigo, a cargar con una falta por hacerme bien; porque al distraer á Magdalena de ese grande amor que tiene por Rodolfo.

—Creis vos que la voy á hacer infrinjr sus deberes de amor? le interrumpió el abate; pero no Eduardo; nuestros hermanos, sabios é iluminados por Dios al escribir sus obras, nos enseñan: que es menester combatir la ido-

latria en el matrimonio, y la razon es clara; porque en tal caso se olvida, se desvirtúa ese amor especial que debe tenerse á Dios.

—Perdonad entónces mi ignorancia. ¿Y de qué modo pensais disponerla hácia mi?

—Eduardo, vos me pareceis destinado para salvar el alma de esa jóven; porque vos vais á servir de instrumento de la Providencia para distraerla de esa felicidad que hoy goza, olvidando el Cielo.

Eduardo miró con gusto y asombro al abate, que parecia pedir luces ó estar iluminado por la posicion de sus ojos y de su cuerpo.

—Ella es retirada de las diversiones, no piensa ser mas que lo que Rodolfo es. Está esenta de las tentaciones sociales; agregó Eduardo con viveza é interes.

—He conocido eso, repuso el abate: lo he conocido; pero nada es imposible al que persevera. Haced lo que os voy á decir y al fin alcanzareis el dominio, pero jamas la posesion.

—Me creis capaz de tener miras sinistras?

—No, jamas de persona como vos.

—Pues continuad querido abate.

—Escuchadme entonces. Procurad que Rodolfo os considere como sois, santo é ilustrado; ocultadle vuestras creencias por algun tiempo, porque podrian disgustarle y luego habreis obtenido su simpatia. Luego que hayais adquirido su voluntad, haceos interesante á la mujer destruyendole su espiritu con

pinturas entusiastas de su patria. Habladle del Vesubio; que toda napolitana recuerda con gusto; de sus paisajes tapizados con el verdor y dorado de sus campos; habladle de los recuerdos de la infancia, de las conversaciones con sus padres y con ella; ella os principiará á buscar entonces, porque tendrá agrado en conversar con vos. Luego que tenga la inclinacion del gusto para trataros, haced que concurra á las tertulias y alli, ella creará las necesidades de las otras mujeres, la necesidad de distraerse. Con la franqueza, ella os irá abriendo su corazon y á medida que le vayais siendo interesante, ella sin darse cuenta principiará á amaros. Entonces Magdalena será lo que vos querais que sea, pero cuidado amigo, cuidado con traspasar ese limite.

—Y el apoyo que me prestareis vos?

—Os lo he dicho, creo, el de dirijirla á no idolatrar á Rodolfo.

—Gracias amigo, gracias; le dijo Eduardo penetrando con su pensamiento en un porvenir risueño.

—Ya es algo tarde, observó el abate; me retiro al convento.

El abate iba á salir cuando el Inquisidor le detuvo.

—Aguardaos querido abate. Se me olvidaba anunciaros que en algunos dias mas se sentenciara al hereje Moyen.

—Como así?

—Las proposiciones de que se le acusa están justificadas y no dudo que tendremos un auto de fé.

—Cuando se le sentencia?

—El Tribunal se reunirá el viernes de esta semana.

—Está bien, porque ese mismo día á primera hora podremos resolver el asunto de Margarita.

El abate estrechó afectuosamente la mano de Eduardo y se retiró. Eduardo quedó triste al haber oido las últimas palabras del abate:

«A primera hora podremos resolver el asunto de Margarita.»

—Qué resultará el viernes de Margarita? no sabia lo que era sentir afecciones dolorosas! exclamò Eduardo. No sabia lo que el dolor de una pasion que admite dudas, habia de causarme inquietudes tan fuertes. Qué es lo que se siente al ver alejarse un emblema de resurreccion? es un misterio... la situacion mas desgarrante.....

Eduardo levantó los ojos al Cielo y luego se dejó caer en una silla con abandono de sus fuerzas.

Despues de conservar su serenidad por la reflexion, continuó; despues de invocar la tranquilidad que tanto anhelo; despues de una lucha horrorosa entre el respeto, la posicion y las impresiones que arden en mi pecho; yo no soy mas que una victima.... he caido en una red.... La lucha sigue agitando mis pensamientos. Ojalá no hubiese conocido lo que es amor!.... Se sufre mucho. Yo necesito reposo para servir á la humanidad.

Eduardo se pasó un pañuelo por la frente humedecida con el calor de la fiebre. Estuvo silencioso un momento vagando en la indecision; luego se levantó con entereza diciendo;

—No hay remedio; haré todo lo que el abate quiera. Dios eterno! dadme serenidad...

Eduardo se enterneció al pronunciar estas palabras y con paso mesurado se encaminó á la pieza de descanso, para buscar el sueño; ultimo recurso de un malestar.

CAPITULO XVI.

Por algun tiempo, la educacion supersticiosa que nos dieron los españoles, habia establecido como punto resuelto de que el extranjero; es decir, el que no era americano español ó descendiente de ellos, no creia en Dios ó por lo menos era hereje. Esa educacion que tenia por objeto impedir la estabilidad de otros hombres que no fuesen ciegos instrumentos de los reyes catolicos, habia producido los resultados que se deseaban. El pueblo no hacia mas que ver á un hombre ingles, aleman ó frances para que en el acto lo clasificase de hereje. Las familias le miraban con prevencion, el publico les odiaba y por lo regular ninguna acogida encontraban aquellos desgraciados, cuyo crimen era haber nacido en tierras que no pertenecian al Rey de España.

Este espíritu que ha dominado á las sociedades pasadas en América y del cual se conserva algunos resabios en las poblaciones, un tanto apartadas del roce europeo, daba mayor impulso y aceptación al juicio que se seguía al francés Moyén. Se le había acusado de proposiciones irreligiosas que había vertido y entre ellas, la de haber conquistado el corazón de Henriqueta para casarse. El tribunal no había apoyado su acusación en ese solo hecho, sino que para darle un carácter mas especial y significativo á sus procedimientos, había reasumido la cuestión á estos tres puntos:

1º. Que Moyén no profesaba culto conocido.

2º. Que acusaba de inmoral é irreligioso la esclavatura de los negros, y

3º. Que la única regla de conducta que tenía, era el juicio que su razón le daba.

Moyén no había negado estas proposiciones que realmente le dictaban sus convicciones. Hombre de carácter y de luces, permanecía tenaz en sus opiniones. El martirio le había sacado de la calma habitual que tenía, pero no hechóle renegar de sus aseveraciones.

El tribunal del «Santo Oficio,» que había quemado á varios individuos, por el solo hecho de no haberse confesado en Semana Santa, porciunculas ó jubileos, se hallaba resuelto á sepultar con Moyén la acusación que se le hacía. Se procuraba convencerle y convertirle al cielo, por medio de la muerte.

Los juicios del tribunal, aunque secretos en la jeneralidad, solian ser publicos cuando la causa era aceptada por las creencias religiosas del pais. Cuando tal cosa sucedia, el reo era notificado dias antes á fin de que dispusiese su defensa ó se arrepintiese con tiempo. Para conseguir este último objeto, se buscaban los teólogos mas eruditos ó los sacerdotes mas afanados por su saber y santidad, á fin de que entrasen al calabozo del reo y procurasen convertirle. Los encargados de tan alto ministerio se daban el parabien al recibir tal comision. Cuando uno de los convertidores salia sin conseguir su objeto, el que le sucedia, creia que él arrebataria la gloria á su predecesor. Así era, que esos ministros se preparaban con estudios especiales para entrar en la discusion; hacian penitencia, mandas; invocaban el auxilio divino.

Segun esta costumbre, Moyen ^r que debia ser juzgado el Viernes proximo de la semana á que aludimos, habia sido advertido de que se preparase para la defensa. Una vez que fué notificado, Moyen quedó entregado al silencio de la prision, esperando que le proporcionasen los utiles necesarios para preparar sus apuntes de defensa. Era el Miercoles ya, cuando los cerrojos del calabozo sonaron y la puerta se abrió. El cárcelero se presentó en seguida, sin hablar una palabra é introdujo en el calabozo dos sillas de baqueta y una mesa pequeña; luego trajo un candelero con una larga vela encendida.

—Que significa esto? preguntó Moyen que

permanecia tendido en un rincon del calabozo, con una cadena atada al pié.

El carcelero se tapó los oídos con las manos y salió precipitadamente del calabozo, sin responder palabra. Al cabo de algunos minutos un fraile dominico se presentó; vestido con el habito de su orden, manifestaba alguna edad por lo quebrado de su cara. Moyén se sentó al ver aquel personaje que entraba con paso mesurado.

—Alabado sea Dios, dijo el fraile saludando á Moyén.

—Alabado sea, contestó este.

—Vengo encargado de un alto deber, del deber de convertir al pecador que desgraciadamente ha cerrado sus ojos á las luces de nuestra santa relijion catolica.

Moyén comprendió al momento que aquel era un enviado para procurar se retractase de lo que creia.

—Aqui estoy dispuesto á recibir la luz con tal que venga de la razon, contestó Moyén; pero no para recibir la luz que viene del tormento.

—Mi mision es de paz, repuso el fraile; no vengo á otra cosa que á convencerlos con la verdad y la inspiracion que el cielo me dé. Vengo á discutir, no á castigar porque eso no nos corresponde á nosotros. ¿Estais dispuesto á discutir conmigo? teneis toda la libertad necesaria para demostrarme vuestras creencias, yo os oiré y os refutaré con el auxilio del espíritu Santo, á fin de dar un triunfo á la relijion y

salvaros de las hogueras á que seriais condenado si persistieseis.

Moyen escuchaba al fraile con atencion; se veia acompañado, con luz, y oyendo la voz de un hombre que parecia racional y partidario de la verdad.

—Mi buen padre, dijo Moyen, cou sumo gusto entraré á las discusiones á que me convidais. Ojala fuesen errores los que yo profesó! Desde que estoy preso he pedido que se me oiga y ahora es la unica vez que lo consigo. Yo tengo opiniones y no caprichos. ¿Hay cosa mas sencilla que el saber lo que hay de verdad, discutiendo?

—Teneis razon, la verdad en ciertos casos debe decidirse [por la discusion, no en todos. Pero vamos á discurrir, no perdamos nuestro tiempo. Entremos á dilucidar las proposiciones que sosteneis.

El padre sacó de su bolsillo un papel en que estaban escritas las proposiciones que ya conocemos y leyendo la primera le dijo:

—Se os acusa de que no profesais culto conocido.

El padre se levantó de su asiento y como desando acomodar á Moyen mas comodamente, le acercó una de las sillas que habian traído.

—Aqui estareis mas comodo, le dijo.

—Agradezco, mi padre, vuestro cumplimiento; la cadena me impide sentarme en alto. Aqui estoy bien.

Moyen cruzó las piernas con algun trabajo y apoyó sus espaldas en la pared.

—Aquí estoy bien, repitió con suma conformidad.

—Tened paciencia entonces, repuso el padre. Vamos adelante. ¿Sois realmente deísta ó ateo?

—Profeso la religión de mis padres.

—Cual es esa religión?

—La religión de Cristo, el cristianismo.

—Entonces sois como nosotros, católico apostólico romano; porque ese es el carácter distintivo del cristianismo.

—No mi padre. Soy cristiano y no soy católico.

—Pues, que es el cristianismo, sino el catolicismo? Esta cuestión es de pura palabra y nada más. Si sois cristiano debéis ser católico, esto no admite duda.

—Así lo comprenden, mi padre, la jeneralidad de los pueblos católicos, pero no es así. El cristianismo es la religión de Dios, la religión promulgada por el Salvador de la humanidad; y el catolicismo no es más que la religión inventada por los hombres para avasallarla. Permitid explicarme.

—Hablad no más, que estoy seguro por lo que os oigo de que estais en un error. Hablad y luego os contestaré.

—Bien, mi padre; me alegro y me consuelo en discutir con una persona tolerante. El cristianismo, como lo sabéis, fué promulgado por Jesucristo cuando el mundo habia perdido el sentimiento moral; cuando los emperadores eran dioses; cuando el jenero humano nadaba en ese mar de vicios y de despotismo

que sin duda alguna, le guiaba á la desaparicion de la sociedad. Jesucristo apareció en medio de ese caos, ¿para qué? los hechos han contestado con la salvacion del linaje humano. A la adoracion de dioses forjados para la justificacion de los vicios, sustituyó un solo Dios, el Dios único que sirve de centro á toda verdad. A la barbarie de los despotismos que se cebaban en la carniceria del débil, proclamó la caridad que parte del sentimiento pacificador; el amor, que estingue el odio de los hombres entre sí. A la tirania de los privilejios, á la usurpacion de los derechos, Jesucristo sustituyó la IGUALDAD y con ella descorrió el velo al mundo que aplastado, por las males de siglos cargados con los despojos de errores, habia sancionado como justo, la esclavitud del derecho; la infamia de la humanidad.— He ahí mi padre, el orijen de la relijion cristiana: amor, igualdad, unidad. En los primeros siglos el cristianismo no tuvo otro nombre; el cristianismo reconoció á un Dios unico y puso el pié sobre los idolos del paganismo. Salvó á la humanidad proclamando la libertad, reconociendo los derechos del hombre. El cristianismo no tomó caractéres diversos, fué uno y uno su culto. Los paganos arrojaron los leños que adoraban, vivieron en la conversion y practicando el amor al jenero humano. A la barbarie de los sacrificios sustituyó la paz y la humanidad. El mundo se salvó porque el hombre reconoció la igualdad. Las pasiones quedaron acalladas, los poderosos depusieron su absolutismo, el débil

fué respetado. La libertad brilló entonces para las conciencias y para el órden político. Mientras la voz del Cristo resonó en los estremos de los pueblos, las tendencias personales durmieron; tuvieron rubor de ostentarse. El tiempo anduvo y el jenio del mal se despertó poco á poco. La igualdad chocó á los amigos de los privilejios. El mundo pagano habia dejado algunas huellas en los corazones de los pueblos, y he aquí que los que se apellidaban cristianos principiaron á ver modo de conciliar sus ambiciones con el cristianismo. De una amalgamacion tal, ¶saliò el catolicismo. No hubo el valor de conservar el nombre primitivo á la relijion del Salvador y en vez de cristiano se le llamó catòlico. El catolicismo innovó en el cristianismo. A la igualdad sustituyó el reconocimiento de jerarquias, de distinciones, privilejios y sancionó como de orijen divino la soberania de los reyes. A la adoracion de un solo Dios, creó un calendario de santos que reemplazaron á los dioses paganos. A la doctrina de amor y de caridad sustituyó la doctrina de la violencia y de censura. (Ved mi padre lo que es la Inquisicion). A la libertad de conciencias y de política estableció para subrogarle la abdicacion de la razon y apoyó el despotismo de los monarcas. Decidme ahora buen padre, es lo mismo el catolicismo que el cristianismo? es identica la relijion de mansedumbre y de amor á la relijion de odios y de venganzas? Oh! mi padre, no! no! La una derrama la vida y abre las puertas á la in-

mortalidad de la luz; la otra derrama la muerte en cada paso, en cada palabra y muestra al hombre por eternidad un infinito de tormentos, un infierno de espanto. Por ultimo, Jesu-Cristo resurreccionó al mundo y los catolicos le encaminan al estado de barbarie en que lo encontró el Salvador.

Moyen miraba con fuego al padre, que le escuchaba con el semblante agachado.

—No es verdad padre mio, continuó, que tengo razon para ser cristiano y no catolico?

El padre levantó sus ojos con calma y mirando á Moyen con compasion le dijo:

—Habeis concluido de esponerme vuestra doctrina?

—Si mi padre, aunque muy en compendio.

—Ah! cuanta lastima me causais, exclamó el padre, cuanta lástima! El demonio solo ha podido imbuiros semejantes doctrinas. Vos no conoceis el catolicismo, le habeis confundido, por eso le calumniais. Voy á deciros porque.

El padre se detuvo y levantando los ojos al cielo con las rodillas puestas en tierra invocó la inspiracion divina para desengañar al reo. Luego que hubo concluido una oracion mental, volvió á sentarse diciendo.

—Espero en la Divina Providencia que os convertireis. Atendedme desgraciado pecador.

El padre sintió correr por sus venas el calor de la inspiracion; eran sus creencias

que se levantaban para darle energía. Había oído con calma á Moyén, y no sabía lo que por él pasaba, al contemplar aquel arrojó del hombre para hablar tantas herejias en vista de la muerte. El padre, como decimos, fué perdiendo la calma y al contestar á Moyén olvidò que discutía en privado. Los ojos se le encendieron de fuego: su cuerpo tomó calor, arrojó la capa sobre la silla y con voz de trueno se puso de pié diciendo:

—Dios habló, silencio mortales. Las sagradas escrituras son el testamento de la revelacion. El hombre solo debe creer y obedecer. ¿Quién eres tú, mortal, para encarrarte con el Omnipotente? Tu ley es humillarte ante la voz de trueno que hirió de espanto á los hebreos en medio del desierto. Lee ese testamento y allí verás las bases sagradas de la relijion católica. El hombre pecó—todos los hombres pecaron y todos nacen y nacerán condenados á las llamas eternas, á no ser que la gracia del Hijo intervenga para redimirnos. De la condenacion eterna á que fué condenada la especie humana por el pecado del primer hombre, nació la necesidad de la redencion. El pecado contra Dios, solo Dios puede salvarlo. El crimen infinito, solo puede ser absuelto por la inmolation del infinito y es por esto que Dios vino en la persona de su hijo para ser inmolado por los pecados de todos. Es pues la gracia de Dios la que nos salva. La gracia es el fundamento de la relijion. Dios salva al que quiere, Dios inspira la gracia de salvarse al que quiere,

la gracia es pues la salvacion. La gracia solo se obtiene con la fé. Creer es pues lo primero, lo fundamental, lo necesario. El hombre puede salvarse con la *fé sola*. La gracia es el privilegio de Dios; es la que instituyó la iglesia, es la que inspira á los privilegiados de Dios para promulgar su palabra; esta palabra que sale de los privilegiados de Dios, es la revelacion, es lo que se debe creer, aunque parezca absurdo, porque la razon del hombre es hija del espíritu tentador que nos hizo caer en el pecado.

Siendo la razon individual el espíritu del mal, el orijen del pecado; el primer deber para salvarse, es acallarla, dominarla, obedecer ciegamente á la palabra de los privilegiados por la gracia. Por eso es que no hay crimen mayor que pensar libremente. Los privilegiados son la iglesia, forman la autoridad eclesiástica y civil porque "todo poder viene de Dios." El sacerdote católico es pues el revelador, el interpretador de la gracia y su poder es sin límites porque es el representante de Dios, que tiene el poder de presentar á Dios todos los dias el santo sacrificio de la misa. ¿Y habrá hombres que se atrevan á pensar en despojar á la iglesia y á sus miembros de la majestad divina que revisten; proclamándose pensadores, hombres libres é iguales con los privilegiados del Señor? Blasfemia sin igual, para cuyo castigo son pocas las llamas de nuestras hogueras y los tormentos de la Inquisicion.

Moyen permanecia con los brazos cruza-

dos oyendo al padre que lanzaba sobre él el anatema de sus creencias. Se veía á la par de injuriado sin refutación á la doctrina que habia sentado.

—Pero permitidme buen padre, le dijo aprovechandose de un corto silencio que habia, permitidme el observaros que de este modo nada concluiremos. Me habeis expuesto vuestras creencias pero no me habeis contestado á lo que os dije. Vuestras palabras me afirman mas en mi opinion, porque en ellas encuentro dobles razones para combatiros. Contestadme antes, de dónde nacen los poderes que ejerce el catolicismo? son acaso hijos del evangelio?

El padre se conoció sorprendido al oír el llamado que se le hacia á la discusion y volviendo á tomar la calma que habia perdido, se sentó con aire meditabundo.

—Voy allá, dijo el padre, os refutaré en el campo á que me provocais. No habia creido necesario entrar en la cuestion, creia suficiente que escuchaseis la voz del Espiritu Santo que hablaba por mi boca. Pero os contestaré.

El padre sacó el pañuelo del pecho y se secó el sudor que aparecia por su frente. En seguida se acomodó en la silla y continuó:

—La Iglesia fué instituida por Jesucristo. La cabeza de ella es la de su fundador «Jesucristo cuando subió á los cielos, le confió todo su poder,» el poder absoluto de hacer y deshacer las cosas.

—Permitidme, le interrumpió Moyén, y hoy ¿quién compone la iglesia?

—Los fieles que profesan la religion cristiana.

—Muy bien, continuad padre.

—Ese poder que confirió á la Iglesia fué absoluto, como decia, segun lo comprueba el Evangelio XVIII de San Mateo en aquellas palabras: «Todo lo que atareis ó desatareis en la tierra será atado ó desatado en el cielo.» La iglesia fué edificada, ó mas claro, la iglesia creada por Dios fué encargada á San Pedro; el primer Pontifice que tuvimos. Al hacerle esta confianza, y al decirle que lo que atare ó desatare seria aprobado por él, es evidente que le confirió los poderes omnímodos para gobernarnos. Los demas pontífices no han sido mas que sucesores de Pedro y al sucederle lo han hecho con las mismas facultades que aquel. Ya veis, como los poderes que desconoceis nacen de un orijen divino. Vos me decis, que el catolicismo es invencion de los hombres y no la religion cristiana; error en que estais, porque el catolicismo es propiamente el cristianismo; no es una palabra inventada para apagar la otra, ella significa solo la universalidad del cristianismo. Es un atributo que expresa la extension, la grandeza del cristianismo. Pero vos me decis que la una es religion de castigo y la otra de mansedumbre, la una de amor y la otra de venganzas; yo os contesto á esto que ese es un abuso que haceis de vuestra razon al dudar de lo que ciegamente debeis obedecer. Si la Iglesia ha establecido jerarquias, constituciones, apremiantes; si ha empleado el rigor, es por

que el mundo necesitaba de ello y al hacer tales esplanaciones de los evangelios, no se les ha variado en nada por que el Espiritu Santo ha inspirado á los santos y sábios doctores para hacer lo que han hecho. Ya veis pues, como nuestra relijion es la relijion de Cristo, relijion que calumniais porque no la comprendeis; ya veis como las venganzas que creis practicadas no son sino actos justos, nacidos de los poderes de la Iglesia.

—Está bien mi padre, repuso Moyen con calma, está bien; pero creo que la doctrina que me habeis expuesto tiene un solo fundamento y ese fundamento es falso.

—Cuál es el fundamento falso?

—De que Dios ha dado poderes omnimodos á los pontifices.

—Porqué decís eso? no creis entonces en el texto que os he citado?

—Creo en él, pero no lo hago elástico para sacar de alli poderes que no existen como creis.

—Explicaos.

—La Iglesia es, como habeis dicho, la reunion de los cristianos, de los que profesan el evangelio. Su cabeza es Jesu-cristo. Luego, cada ser es un sacerdote, un delegado del delegado del fundador. Os autorizo, dijo á San Pedro para que hagais y deshagais; y esta facultad, confiada no fué á un solo hombre, fué á todos, á la humanidad que fuese cristiana. ¿Pero ese poder es una autorizacion acaso absoluta?

—Absoluta señor, interrumpió el padre, absoluta segun las palabras citadas. Por eso es que es infalible el papa.

—Tienen por limite la justicia, mi padre; asi es que aquellas palabras significan que lo que el hombre atare, es decir, juzgase en verdad en la tierra será juzgado y aprobado en el cielo; porque la justicia es una en ambos mundos. Por eso es que, toda injusticia hecha á nombre de un poder usurpado, jamas puede llevar el sello de cristiano.

—Os equivocais, repuso el padre acalorandose, os equivocais en todo. Vos, ni nadie tiene el derecho de juzgar si es justo ó no un acto de la autoridad infalible. En esto no puede obrar la razon porque es misterio; la fé sola, la fé es la que nos hace comprender y creer sin abrir lugar á dudas, porque la fé es la luz. La fé, nuestra piedra fundamental de la relijion.

—Si me negais el derecho de raciocinar oponiendome la razon de comprender y creer lo que no es comprensible, en vano es seguir adelante. Siempre que la razon ataca un abuso, vosotros para combatirla contestais con la fé. La fé es una virtud grandiosa que se conserva y surte sus efectos cuando vá acompañada de la razon, pero jamas cuando vá en contra; porque es inadmitible la verdad con la duda; la oscuridad con la luz.

—Entonces vos, pretendéis que la fé es perjudicial, cuando se cree lo que no se vé? Pues si tal es vuestra doctrina teneis que renunciar á las revelaciones de las creencias;

teneis que destruir el poder de la Iglesia y por consecuencia soterrar el monumento de diez y siete siglos, levantado con los mártires del cristianismo y el trabajo de los papas; teneis que desvanecer la soberania del pontificado y á la par derrumbar el edificio social que se levanta y conserva por la institucion de la gracia y reconocimiento de la fé; teneis en fin que cerrar las puertas á la salvacion y conversion del linaje humano, para en seguida lanzarlo en el limbo de las tinieblas eternas ó á ese mar de fuego y de tormentos que arde desde el infinito de los siglos para escarmiento de los pecadores. Vos quereis el triunfo del Demonio sobre el triunfo de la Cruz.

—No mi padre, no! es todo lo contrario.

—Y cómo negais la fé de la Iglesia?

—Porque la iglesia representada hoy, por el privilejio, ha abusado del evangelio instituyendo la fé para cimentar lo irracional.

—Representada por el privilejio, decís? pero añadid que es por el privilejio dado por su fundador.

—Jesu-Cristo no ha dado tal privilejio á un hombre, ni á una congregacion. El dió su poder á la Iglesia, es decir, á todos los cristianos que la forman. Asi es que el gobierno de la Iglesia, instalado sin delegacion de nuestro derecho ha ido mas allá de lo que la justicia permite.

—La Iglesia es la reunion de los creyentes, pero os equivocais al creer que ellos ten-

gan derechos, son puramente obligaciones las concedidas, la obligacion de obedecer ciega-mente á los que ejercen el ministerio de sacerdotes. No sois mas que unos súbditos, unos vasallos sumisos. Para ello recordad las palabras del apóstol San Pablo cuando dijo: "Todo poder viene de Dios, todos deben someterse á las potestades superiores, porque estan establecidas por Dios y que él que las resiste, resiste al mismo Dios y se acarrea su condenacion eterna." Recordad tambien que San Pedro nos enseña, "que obedezcamos á nuestros superiores, tanto al rei como á los comandantes y otros enviados que se hallan revestidos de autoridad." Asi, no vayais á creer que el poder de los pontifices nace de derechos que les deis vosotros, sino que viene de Dios.

El padre se quedó ufano al haber refutado á Moyén con autoridades y textos tan respetados. Moyén silenció un instante y el padre creyó triunfar,

—Éstais convertido? le preguntó.

Al contrario mi padre, por que estoy horrorizado de las doctrinas que me esponéis.

—Pues que! despreciáis absolutamente las palabras de los santos?

—Las que me acabais de esponer, me entristecen.

—Porqué?

—La autoridad, la soberania que ejerce el Papa, es una usurpacion, porque Dios hizo á todos los hombres iguales, todos ministros de su culto. Si consideramos la iglesia como un Gobierno, es necesario que los que la com-

ponen hayan constituido ese Gobierno. El poder viene de Dios, pero el poder concedido á todos con igualdad, es decir el derecho. Decir que todo poder viene de Dios es calumniar al Creador, porque el poder de los tiranos, de los despotas encontraria su justificacion en tan terribles palabras. A las autoridades que me citais yo os respoderé con la citacion de otra que creo mas racional; con la de Rousseau, que supuesto que todo poder viene de Dios, ¿el poder del bandido que me pone un puñal al pecho, tambien viene de allí?

—Blasfemais! exclamò el padre. La iglesia no os autoriza para indagar el fondo de las verdades reconocidas por el mundo catòlico. Todo poder viene de Dios, esta es la verdad. Si teneis fé debéis creer y si no, callaros, porque el demonio habita en vos. La Iglesia, como os lo he dicho es infalible y si os manda creer debéis creer, porque estais obligado á ello. «Y á creer tan intimamente y tan de corazon, que ya no se puede dudar, disputar ni dificultar lo que ella ha juzgado y definido. Si habla, el ingenio mas sublime y el mas limitado deben igualmente rendirse y ni uno ni otro pueden examinar de nuevo lo resuelto. Si alguno negare á la Iglesia esta sumision, pudiera justamente tratarle de rebelde, separarle de su comunion y maldecirle, y esto es lo que ha hecho con tantos herejes indóciles.»

Moyen quedó callado reflexionando y luego habló.

—Es inútil seguir adelante, vos me com-

batis con lo que yo no creo y niego. Es inútil.

—Inútil! decís bien; inútil! . . . no teméis al infierno ni á las hogueras que han de consumir vuestro cuerpo. Cerrais los ojos á la fé y por eso persistis. Sin fé, sereis siempre un hijo esclavizado del error. Con la fé os salvareis, porque reconocereis á Dios en todas partes sin cometer el atentado de querer indagarle lo que está reservado para la manifestacion en los dias últimos del juicio final. Hombre desgraciado, desterrad al demonio de vuestro pecho.

Moyen oia con calma y conformidad. El padre se quedó atónito esperando la conversion del reo. Pasaron algunos instantes y al fin interrumpió el padre.

—Qué resolveis? . . .

—Qué quereis que resuelva?

—Que estais pronto á retractaros de vuestros errores.

—Cada vez creo mas que no lo son. Vos me habeis combatido con autoridades y con la fé; yo, con la razon únicamente y en un combate tal es imposible llegar á un resultado; antes debiamos tratar, á que debemos atenernos: *si á la razon ó á la fé.*

—Esa es otra cuestion, otro punto de los que se os acusa y que estoy pronto á tratar á su turno.

—Me parece mejor que reservemos la resolution de este primer punto para cuando disertemos sobre el tercero.

—Gracias Dios mio! exclamó el padre:

tengo la esperanza de convertir á esta alma.

El padre un tanto débil por lo mucho que habia hablado se levantó del asiento y dijo á Moyén:

—Mañana trataremos del segundo punto de que se os acusa y si nos queda tiempo hablaremos del mas importante.

—Bien mi padre. Os espero con sumo gusto.

El padre salió entonces del calabozo, y el carcelero cerró la puerta, dejando á Moyén en el lugar expiatorio.

El padre era aguardado en la puerta del Tribunal, por otros misioneros de la fé y tan pronto como le vieron salieron á recibirle preguntándole:

—Se convierte?

—Lo espero, contestó el padre, y se dirigió á su convento con el paso y la calma del sábio y del santo.

CAPITULO XVII.

Nuestros lectores no tienen aun un detalle preciso de quien era el frances Moyén. Este personaje que causó tanta bulla en Lima en la época á que aludimos, ha dejado recuerdos que se conservan por la tradicion y el juicio que se le siguió, hoy archivado en la Biblioteca Nacional. Como las conferencias que tuvieron lugar con él, sucedieron en el espacio de tiempo que faltaba para el careo de Margarita, nos detendremos algun tanto mas sobre el particular, por haber algo de importante que merece recordarse.

Las doctrinas de Voltaire y Rousseau habian atacado la relijion catolica por cuantos medios les sujirió su ingenio. Ese ataque habia producido un cambio en las ideas de la

Europa. La juventud sobre todo, se hizo reformista; los que tenían una inteligencia despejada racionaron y sacaron provecho de esos jenios; los que se dejaban arrastrar por la corriente de lo nuevo sin examinar, ni darse cuenta de la verdad ó falsedad de los escritos, se hicieron ateos y perdieron el sentimiento moral. De ahí nació que los filosofos del siglo pasado, hicieron bienes y males que no admiten duda. Bienes, al atacar las preocupaciones relijiosas y politicas que alimentaban la tirania. Males, al formar incredulos y dar pábulo á los vicios que desquiciaron el juicio de la jeneracion atolondrada. De ahí nació el primer paso á la revolucion del siglo XVIII que abrió las puertas á la civilizacion actual, y de ahí tambien los borrones de sangre y de barbarie que empañaron aquella época magna. De entre aquellos jovenes reformistas educados en las doctrinas de los filosofos, Moyén era un sectario apasionado de los buenos principios que habia deducido de la lectura de Voltaire, Rousseau ó Diderot. Joven de veinte y ocho años, se lanzó á recorrer el mundo. Dotado de un espiritu aventurero habia recorrido gran parte de la Alemania, de la Italia y en particular de Estados-Unidos. Allí principió á atacar la esclavitud de los negros, porque el contraste de la suma libertad con el establecimiento de la esclavitud le llamó la atencion. Escaso de recursos se vino al Perú por las noticias que daban las cronicas de aquella época. Con este motivo hacia un año á que se encontraba trabajando en Lima, con buen lu-

cro, cuando le aconteció la prision y juicio que conocemos.

Moyen, bastante instruido, habia encontrado una hospitalidad exepcional al considerarsele extranjero. Su fisico era hermoso; de pelo rubio, su semblante tranquilo manifestaba en su mirada profunda, algo de ese aire que anuncia la intelijencia. Era delgado de cuerpo y no muy elevado. Los viajes le habian dada posesion de sí mismo; asi era que su voz suave encontraba preferencias en los circulos donde visitaba.

Con motivo de la prision y del tormento que se le habia aplicado, Moyen representaba un cadaver. El padre dominico habia salido hasta cierto punto interesado por este joven y creia que llegaría á salvarle, convirtiendole con la discusion. Asi fué que al dia siguiente, es decir, el jueves volvió á presentarse para seguir sus trabajos.

—Como habeis pasado la noche señor? le preguntó, luego que se hubo sentado.

—Asi, asi, mi padre. Mis noches las paso en el lugar donde me veis, tendido sobre este cuero y arropado con esta frasada. El peso de las horas me rinde y aveces suelo dormir algun tanto.

—Y nada se os dá de noche?

—Absolutamente nada. En el dia se me pasa á eso de las diez un jarro de agua, un pan y un plato de alimento; á eso de las dos de la tarde vuelve á repetirse la racion, mas despues nada. No tengo ni una vela, ni un poco de fuego para calentarme. El carcelero entra,

á las horas indicadas y sin hablar una palabra, ni contestar á lo que se le pregunta, se vuelve á salir.

—Pobre hombre! dijo el padre entre sí, pobre!

—Soy bien desgraciado, no es verdad mi padre? continuó Moyen, con tristeza.

—La culpa está en vuestros pecados. Ofreced á Dios lo que sufris y alcanzareis mucho, para vuestra conversion.

—Ah! la culpa está en el abuso que se hace del debil, no en mis opiniones; porque de ellas solo soy responsable en el cielo. Dios sabrá darme fuerzas para sostenerme en lo que mi conciencia me ordena.

—Y que? lo que sufris no os ha hecho ver la mano de la Providencia?

—Os reis de mí? en todo esto no veo mas que la mano de los nuevos judios que se han apoderado del templo del Señor, par calumniar su relijion.

—No blasfemeis tanto, hombre descarriado. Sabed que estais sufriendo á nombre de la fé y bajo la autoridad del "Santo Oficio," encargado de conservar tan precioso dón. La fé autoriza para tomar cuentas al hombre de su pensamiento y al castigarle en la tierra, deja al cielo el castigo mayor para que se lo imponga, porque aquí solo se dan ejemplos ó escarmientos que laven el escandalo.

—Siempre la fé! exclamó Moyen, siempre me oponeis esa palabra á toda justicia que invoco, á todo clamor que da la victima.

La fé la oponéis para justificar cuanto pasáis, hasta el asesinato que se comete esquilmando á los hombres en el tormento. Declaraos mas bien ministros del crimen y dejad de profanar la fé.

El padre iba tomando fuego y la calma de su razon se perdia al oír lo que en su vida jamas habia oído.

—Estais loco, le dijo, porque hablais en un estilo mas que irracional, heretico. No sabeis que la fé es la virtud fundamental de las creencias? que ella autoriza todo paso para estenderla? Sabed que es permitido hacer lo que se quiera con tal que se logre salvar un alma. Recordad las invasiones para conquistar la tierra Santa; las ejecuciones de 20,000 hombres quemados en seis meses en España; el talamiento de los campos por estender la fé. Ella nos da valor para penetrar entre los barbaros y morir sacrificados y ella tambien nos da fuerzas para sepultar los tropiezos que se oponen á su propagacion. Vos desconocéis este poder corroborado por la historia y las autorizaciones pontificias. Abrid los ojos á la verdad.

—Por lo que veo, solo deduzco mi padre, que habeis reasumido los poderes de Dios al disponer del espiritu y del cuerpo; pero mas creo que el pensamiento que os domina es hacer del hombre un ente material y nada mas, porque vuestros razonamientos son el martirio; vuestros argumentos el dolor. Yo pienso de un modo y vosotros que pensais de

otro, creis convertirme á vuestras opiniones sin hablarme al alma y solo al cuerpo.

—El dolor vuelve la razon al que se ha extraviado. Cuando se quiere dudar ó atacar la fé, ¿cómo quereis que se os combata? La fé es la ciencia de lo que no se vé, ni se comprende; asi es que seria inutil hablaros al espiritu cuando ella debe poseerse sin la razon.

Moyen, como todo espíritu jòven, sintió perder su calma habitual, y sin contenerse exclamó:

—Eso es barbaro! sois unos destructores de la mas bella creacion de Dios al querer sustituir la razon por el tormento; al procurar asesinar el espiritu para cimentar una secta de sentidos y no de grandiosidad, que solo el alma divisa al traves de los mundos en la infinidad de los espacios.

Moyen habia iluminado sus ojos con una centella de ardor al proferir tales palabras. El padre arrugó el entrecejo y con tono amenazante y en aptitud oratoria le dijo:

—Sois un hijo del infierno! un excomulgado de la Iglesia, un fariseo de la relijion, un infame!

Moyen saltó entonces con su cadena, se puso de pié y quiso irse sobre el padre, pero la cadena le detuvo.

—Infame yo! exclamò Moyen apretando los puños y rechinando los dientes; infame yo.....yo, que estoy preso por vuestras infamias, falsos sacerdotes del Cristo!

El padre se quedó estupefacto al ver la actitud amenazante de Moyen: tuvo impulsos

de castigarle allí mismo, pero su autoridad le vino á recordar que degradaba su ministerio continuando en aquella lucha.

—No soy yo quien debo castigar esas injurias, le dijo, pronto los ejecutores de esta santa casa os responderán por mi. Aun no es tiempo.....si quereis continuar, continuaremos pero sin escandalos.

Moyen se dejó caer en el cuero que le servia de cama y ahogado en la impotencia de sus pasiones, se sumerjió en una profunda tristeza.

—Señor Moyen, le interrumpió el padre, hoy no debemos tratar de una cuestion tan delicada; olvidad lo pasado y entremos al segundo punto de la acusacion.

Moyen levantó su rostro con colera; miró al padre con arrogancia y luego le contestó:

Me habeis tratado de infame, vos no podeis atravesar una sola palabra mas conmigo, porque toleraré el que se me queme, mas nunca el que se me injurie. Tened la bondad de dejarme solo.

—Señor Moyen, olvidad todo; no hagais caso de lo que os dije, fué en un momento de acaloramiento. Continuemos.

—Os he dicho que no.

—Mirad que es poco el tiempo que os queda para salvaros; sed humilde:

—Seré humilde, pero no indigno. Dejadme solo, dejadme antes que cometa un.....

El padre se paró entonces y se puso cer-

ca del umbral de la puerta y desde allí volvió á dirigirle la palabra.

—Señor Moyén, Dios me ha mandado para salvaros.....

Moyén no pudo contenerse entonces de colera y tomando en sus manos el jarro en que le traían agua, interrumpió al padre lanzándoselo por la cabeza. El padre voló entonces llamando al carcelero. Este acudió al momento preguntando:

—Qué sucede?

—Ese hombre ha atentado contra mi vida.

—Os ha echado agua? pues venis mojado, señor.

—Me ha tirado con el jarro por la cabeza. Aseguradlo mas y avisad que yo desisto de volver donde él.

El padre salió todo avergonzado para su convento, y el carcelero, por orden del administrador de allí, puso esposas en las manos á Moyén.

Luego que hubo salido el padre, se mandó llamar á un jesuita que viniese á continuar la conversion de Moyén. El abate Gonzales despachò en el acto al "hermano Rodriguez" que gozaba de alta reputacion. Era un clérigo de estatura baja y un tanto grueso. Su voz dulce y melodiosa al hablar, hacia un buen efecto en los que le oían. Luego que hubo recibido la orden, se encaminó al convento de Santo Domingo y allí se instruyó del estado de la conversion y de cuanto habia pasado. En seguida continuò á la carcel de la Inquisicion.

CAPITULO XVIII.

El hermano Rodriguez luego que llegó á la carcel de la Inquisicion, se dirigió al calabozo de Moyén. Moyén estaba en el propio lugar donde le dejamos, tendido en el cuero que le separaba de los ladrillos del suelo. Luego que sintió correr el cerrojo de la puerta se incorporó para esperar un nuevo vejamen ó un nuevo castigo. El carcelero se quedó afuera, esperando ordenes del sacerdote que entraba; el hermano Rodriguez entró entonces con un crucifijo en las manos y dirigió la palabra á Moyén con la dulzura de voz que le caracterizaba.

—Espero, señor Moyén, que tendreis la bondad de aceptar los consejos que me he tomado la libertad de venir á daros.

Moyén le miró con interes y la suavidad

de las palabras que le dirijia, desarmaron su colera;

—Estoy dispuesto siempre, señor abate, le contestó, á recibir consejos de toda persona.

El hermano Rodriguez colocó sobre la mesa el crucifijo que traía y dió orden al carcelero que le dejase solo. Moyén volvió á tomar la postura mas política que sus prisiones le permitian, sentandose con las piernas cruzadas y recostando sus espaldas en la pared. El abate ocupó una de las sillas que el dia anterior habian traído.

—El reverendo padre con quien habeis discutido, le dijo Rodriguez, me ha informado del estado de vuestra conversion. Su celo religioso le llevó fuera de la cuestion y tuvo que retirarse, segun me dijo, porque las cosas habian llegado á un punto extremo en que la a- venencia era imposible. Yo he sido electo para continuar en tan honroso cargo y no dudo de que con prudencia y sangre fria llegaremos á un resultado feliz.

El hermano Rodriguez dirijió estas palabras á Moyén con afabilidad, sin mirarle de lleno. Moyén se alegró, porque creyó mejorar de hombre para la discusion.

—Celebro le contestó, que hayais sabido lo que pasó ahora poco. Yo perdí mi calma y quizá cometí una falta; pero se me injuriò. . . .

—Olvidad eso, olvidadlo. Tratemos del segundo punto que se os acusa y de este modo aprovecharemos los momentos preciosos que

el Señor os concede para la salvacion de vuestra alma.

—Con gusto, señor abate.

—Entiendo que habeis acusado de inmoral é irreligioso la esclavatura de los negros?

—Si señor.

—Y en que os fundais?

—En que la esclavitud nace del ocio y avaricia del hombre; en que establece el derecho del mas fuerte por el derecho de la fuerza; en que destruye la igualdad del ser, y sobre todo, en que el hombre se desnaturaliza y vive del hombre, sin derechos que le asignen la propiedad de una parte de la humanidad, arrobándose el poder de crear el mal para destruir una creacion de Dios.

—Si mirais las cosas bajo ese aspecto, contestó el abate, nada hallareis bueno; tendreis que atacarlo todo, que destruir las riquezas y el orden de los paises que reconocen la esclavatura. Mirad las cosas bajo el aspecto que se deben mirar, bajo la realidad. La esclavatura no nace de la avaricia sino de un derecho. En el Africa sucede que los jefes y caudillos de negros tienen guerras entre sí. Se encuentran en un estado salvaje, como lo sabeis. En esas guerras uno de los combatientes vence y otro es vencido. El vencedor toma prisioneros al ejercito enemigo y como entre los barbaros, el que triunfa tiene derecho de vida y muerte sobre el vencido, regularmente para sacar provecho de sus victorias, les conceden la vida y haciendoles este don indisputable los castigan vendiendo-

tos á los que llegan á Guinea para esportarlos, haciendo este trafico. El traficante los trae á la America ó á los lugares donde los compran; y allí, el que dá algun dinero por ellos, los rescata del primer comprador que los rescató de la muerte. Como veis mi amigo, continuó el jesuita, el orijen de la esclavatura que tenemos tiene un principio de humanidad y lejos de ser el resultado de un abuso, es la consecuencia de un bien, hecho al esclavo. Por otra parte, el esclavo una vez que entra en poder del amo que le rescata, tiene alimentos, trabajo y es educado en la religion que desconoce en el Africa. No convenis con migo en estos hechos?

—No señor abate, contestó Moyen, no; porque el derecho en virtud del cual se les hace esclavos, no es derecho.

—Y que cosa es?

—Un acto de barbarie y nada mas; por que nadie ha concedido el derecho de vida y muerte á ningun hombre. Dios nos creó y él que creó solo puede quitarnos la propiedad que nos dió, la vida.

—Convengo en ello, repuso el jesuita; pero no dudareis que cuando se le coloca á uno entre dos males, el menor es aceptable.

—Aceptable por la necesidad del momento, pero tambien es indudable, que la necesidad no dá poder justo.

—Luego prefeririais que matasen al prisionero antes de hacerlo esclavo?

—Nada de eso.

—Pues la cuestion es sencillisima: los

barbaros reconocen el derecho, ó lo que vos querais que sea, de matar ó vender al prisionero; sino se le mata, se le hace esclavo y al contrario. Que hariais vos?

—Para mí las dos cosas son malas y por consiguiente ninguna defenderia.

—Pero confesadme una cosa, hace bien ó mal el que redime al prisionero de que hablamos?

—Mal.

—Pues entonces haria bien dejandolo que le matasen?

—Tampoco, peor.

—Esponedme la razon de esto, pues es indisoluble el silojismo que os he hecho.

—Como vos mismo habeis dicho de que el prisionero es vendido por no ser muerto, en virtud del poder que la fuerza dá al vencedor, resulta que el primer paso que se dá para esclavizar al negro, es un atentado y algo mas, una practica que revela la inhumanidad de esas razas. La fuerza no dá derecho, porque el derecho es la justicia y la fuerza es tan solo el dominio de la sin razon. En esto estamos convencidos, no es verdad?

—Si mi amigo.

—Pues bien, el vencedor al tomar prisionero al negro, no adquiere por consiguiente el derecho de vida y muerte ni mucho menos el de la libertad absoluta sobre el vencido. Que es lo que adquiere entonces? me preguntareis; el de retencion ó castigo sin pasar mas allá de lo que pudiera dejarsele para dañarnos. Por consiguiente, la facultad ó poder del

vencedor no puede estar desé privar al hombre de lo que posee sin daño de nadie y mucho menos cuando lo que posee, le ha sido acordado por el Creador de un modo igual á todos. Asi, señor abate, no habiendo derecho para vender ni matar al prisionero, todo acto que se ejecute contrario á ese derecho es un crimen, un abuso. Asi tambien, el traficante que compra á los reyes negros no hace mas que ser un complice de ellos, por cuanto les ayuda ó impulsa á hacer uso de un poder atentatorio á los principios de justicia. El traficante no compra por humanidad, compra por ganar. Ese sentimiento que le atribuis no existe y la razon está clara, por cuanto los vuelve á vender.

—Eso es muy ideal, mi amigo, repuso el jesuita; os lo habia dicho ya, que asi nada contrariais bueno. Atended al hecho solo de que el esclavo conserva la vida y esto os vencerá.

—Pero que es la vida sin libertad? señor abate, qué vale comer despues de haber regado el suelo con las fatigas, con el sudor y la sangre derramada por el latigo del amo? qué vale vivir sin otro horizonte que el dolor del castigo; sin otro porvenir que el de ver amanecer el dia y llegar la noche sin poder dar un paso por voluntad propia; de que sirve la existencia sin esperanzas, sin esa aspiracion á ser mas, sin nombre, sin familia; amontonado en un corral para despertar al venir la aurora y marchar al reemplazo de las bestias de carga? Ese es un espectaculo diario de bar-

barie que clama al cielo, que invoca la justicia del mundo. El hecho no es el derecho, y si porque de un abuso se obtiene un pequeño bien para el esclavo, nó por eso el hecho de la esclavatura deja de ser inmoral é irreligioso.

El abate se sonriò, no quiso tomar de serio la cuestion y con tono agradable repuso con una nueva pregunta;

—Pues que querriais hacer, mi amigo, con los esclavos que tenemos? Os supongo autoridad por un momento.

—Darles la libertad en el acto, contestó Moyén.

—Y como?

—Mandando que todo esclavo quedase libre.

—Y los propietarios que harian?

—Obedecer.

—¿Luego perderian el valor que los esclavos costaron?

—Si.

—Pues como decis entonces que obrais en justicia?

—Y en qué la contradigo?

—Pues no es nada! quitar á los amos la propiedad que sobre ellos tenian, propiedad que es sagrada y tan justa como todo derecho. Reconoceis el derecho de propiedad?

—Como no lo he de reconocer, cuando en él me apoyo para opinar del modo que me habeis oido?

—Cual es vuestra lòjica?

—Decidme, buen abate, es ó no propiedad del hombre, la libertad?

—No lo dudo.

—Y no podeis menos de confesarlo, porque es uno de los atributos del hombre, como el poder ó facultad que tiene de pensar, de sentir. Pues bien, si es una propiedad la libertad, es claro que no se le puede quitar sin cometer un ataque á lo que le pertenece, y si no se le puede quitar, en virtud de que derecho se le mantiene en la esclavitud?

—Os parece poco el derecho de compra?

—Recordad, mi abate, aquellas palabras de un sabio, que no puede haber derecho contra derecho; asi, el derecho de la compra no puede ser derecho porque destruiria otro derecho, el de la libertad.

—Yo seré mas positivo y os contestaré preguntandoos, es ó no derecho el que adquiere el amo al comprar un negro?

—No es.

—Porque?

—Porque el derecho solo puede nacer de un principio de justicia, y la esclavitud nace de un principio de barbarie.

—Luego segun vos, los amos no tienen derecho sobre sus esclavos? luego deben perder lo que por ellos han dado?

—Deben perderlo, y os lo diré por qué. El Rey que vende al prisionero; vende lo que no puede, comete una usurpacion del hombre, privandole de su libertad. Por consiguiente, viola un derecho, comete un robo. Qué es lo que compra el traficante de esclavos?

vos? compra el robo del Rey; y el comprador del traficante no hace mas que volver á comprar lo que en su orijen no es otra cosa que un robo. Y siendo positivo que el amo al dar su dinero lo ha hecho por adquirir una cosa mal adquirida, ¿quien debe reportar el perjuicio? ¿el negro que se ve vendido por la fuerza ó el amo que se aprovecha de esa fuerza?

—Os volveré á repetir, que sois muy ideal en vuestros pensamientos. Querria por un momento veros practicando lo que me decís. Os atreveriais á ello?

—Si, señor.

—Y qué hariais con una masa de hombres incapaces que se os presentasen á pedir trabajo? qué responderiais á los que despojados de sus capitales os pidiesen un resarcimiento á sus perjuicios? qué hariais, por fin, cuando el pais no produjese por la carencia de brazos, el abandono de la industria, la falta de productos? Entonces no opinariais como ahora, porque los hechos os horrorizarian.

—Suponiendo que la libertad de los esclavos produjese los resultados que me indicáis, lo cual es erroneo, yo no me detendria por eso. Nada me importaria la ruina de los capitalistas, ni la falta de producciones; yo contestaria á esos hechos: "Vale mas la salvacion de un principio que la destruccion de un pais." Pero á que ir tan adelante? la libertad de la esclavatura haria perder á los capitalistas; pero la industria ganaria porque el negro tendria que trabajar para comer y la

diferencia de produccion seria triple, por cuanto el trabajo del hombre libre es mayor que el del esclavo.

El abate se sonrió al oír este modo de razonar y lejos de juzgar á Moyén adversamente, le creyó falto de razon.

—Me ha gustado, señor, le contestó, la última razon filosofica que me habeis dado, de que nada os importaria la destruccion de un pais por salvar un principio. Luego la conveniencia pública que es la primera ley de un estado, es una mentira?

—Cuando la conveniencia nace de causas antisociales, la ley del Estado no es la conveniencia material, sino la conveniencia que nace de la justicia.

—En eso es imposible convenir, porque delante del orden y propiedad pública, todo debe acallar. Esto lo reconoce el mundo entero.

—Que habriais hecho, señor abate, si se os hubiese presentado un pais sin religion, que viviese feliz adorando dioses falsos? Le habriais predicado el evangelio?

—Por supuesto que sí.

—Y por que no respetais en tal caso la conveniencia pública?

—Porque de ese modo yo no operaria sino en el espiritu y lejos de perjudicarles les haria el bien de enseñarles la verdad.

—Pues el caso es el mismo, y para que no dudeis, recordad que Jesucristo trastornó el mundo entero por hacer triunfar un principio. Respetó acaso la conveniencia material.

—Y á que vais tan lejos? Jesucristo predicó la relijion del verdadero Dios y ante mision tan grande, nada importaba el reposo del mundo por que estaba descansando en el vicio y en el error.

—Jesucristo, señor abate, sacrificó la sociedad por salvarla, y la salvó, haciendo triunfar la justicia. Luego, que extraño es que yo opine del modo que he manifestado por extinguir un mal, una institucion emanada de los tiempos tenebrosos? No es un principio la libertad? y por qué arredrarse ante el triunfo de él? La verdad es anterior al mundo, y nada importa que el mundo perezca por conservarla.

El abate, como hemos dicho, se senreia, pero se quiso formalizar al verse atacado en sus principios con la verded; mas ya era tarde, porque Moyen habia establecido la cuestion bajo un punto de vista singular; asi fué que por no chocar, prefirió contemporizar con el reo para sacar ventajas de su persistencia.

—Todo está bueno, mi amigo, repuso el jesuita; yo soy de vuestra opinion en gran parte, pero creo que es imposible hacer lo que vos quereis de un modo tan rapido y chocando tan abiertamente con las preocupaciones. Mi interés es salvaros de lo que os espera; no seria mejor que renunciaseis á vuestras ideas aparentemente y andar poco á poco á fin de conseguir lo que quereis? Yo os ayudaria en tan grande obra.

Moyen se abismó al oir estos consejos; tuvo la gloria de verse triunfante pero no ha-

llaba qué hacer al escuchar una propuesta tan singular.

Al principio, Moyen estuvo por aceptarla; creyó en la buena fé de las intenciones del jesuita; pero la resolucion le embargó por algunos momentos y se puso á meditar. El veneno estaba muy encubierto. El jesuita miraba de reojo al reo y se complacia en verle indeciso.

—Esta presa es mia, se dijo para sí. Está dudando ya, se ha andado mucho.

Moyen pensaba en lo que envolvian las palabras *renunciar oparientemente*; mil ideas atravesaban por su cabeza. Seria conveniente aceptar tal partido? no se vulnerarian los principios que defendia? Esta última consideracion le detuvo, se le presentó la doctrina que le aconsejaba el jesuita, indecorosa y faláz; el pensamiento se cargó entonces con las imajenes de las consecuencias funestas para la dignidad:

—Si la verdad es verdad, se dijo á sí mismo, por qué ocultarla?

Esta idea le condujo á conocer lo que encerraba la propuesta del abate; la imajinacion le asaltó, el juicio se fijó en lo grandioso de la mision del hombre y luchando su espiritu entre la falsia del medio y la malicia que encerraba, Moyen no pudo contener la espresion de su corazon.

El medio que me proponeis, señor abate, es inicuo. Prefiero morir antes de aceptar una villania!

El jesuita se sorprendió al oír este resul-

tado, pero encubrió la impresion que le hacia y lejos de llevar las cosas por un camino duro, volvió á emplear su dulzura con un aire sencillo é inocente.

—Me sorprendeis mi amigo, con tales contestaciones. En qué he podido ofenderos? cual la villania, el medio inicuo que os he propuesto? Id con calma y vereis de distinto modo.

—Señor abate, repuso Moyén con calor, al proponerme una renuncia aparente de mis ideas, me habeis querido perder para el mundo; porque una renuncia aparente es una de feccion, una mentira. Si mis ideas son buenas, á qué decir que son malas en público? no hay un engaño en esto? no hay una falta de conciencia?

—Careceis de mundo, mi amigo, el mundo os falta al hablar de ese modo. Qué es lo que quereis? el triunfo de un principio me habeis dicho; pues bien, prefeririais perderos y perder el resultado que anhelais siguiendo un método que repulsa la sociedad, ó emplear lo que la sociedad quiere para conseguir un mismo resultado? Siguiendo ó persistiendo en las ideas de que se os acusa, mañana ireis á morir en una hoguera y la sociedad os maldecirá. Con vos, perecerán vuestras ideas y todo se habrá perdido; al paso que engañando á ese público para hacerle el bien (lo cual es permitido), os salvareis vos y vencereis al fin.

—No apruebo ese sistema; porque el solo hecho de renunciar á mis ideas, convence al pú-

blico de que son malas y con esto se habrá perdido la verdadera idea de mis convicciones; mientras que yendo á morir á una hoguera, la sociedad que me maldiga verá en mí á una víctima sacrificada por un principio. Ese bautismo de sangre despertará algunas dudas sobre la verdad de lo que yo he creído y estoy seguro que hará mas bien que el que pudiera hacer renegando. Y sobre todo, señor abate, yo no podría traicionar á mis convicciones por nada de lo que hay en este mundo, aun cuando tuviese la conciencia de que hacia bien al público.

—Con hombres tan pertinaces, agregó el abate, todo raciocinio es inútil.

—Las matanzas de los primeros cristianos fué una pertinacia tambien.

—Y cuantos bienes no habrian hecho, repuso el abate, si hubiesen sido mas astutos para propagar la relijion!

—La salvacion del mundo, habria sucumbido, señor abate; porque gracias á esas pruebas inmortales que el paganismo se convirtió y el cristianismo se estendió por el mundo. Gracias á la crucifixion del Cristo, que el orbe creyó en su doctrina. Gracias á esas pruebas de abnegacion que la luz brilló para todos.

—Mi amigo, todo es muy hermoso en teoria, pero en la practica es todo lo contrario. Cuando se quiere atacar un mal ó se quiere hacer una reforma, es preciso consultar el estado de la opinion pública, contemporizar con ella hasta cierto punto; no chocar directamente porque los espíritus se alarman, se predispo-

nen y lejos de aceptar el bien ó principios que se le proponen, los desecha con odio. Mas, seguid un camino distinto, plegaos á las costumbres dominantes y á la par que les ganeis la estimacion id poco á poco infiltrandoles lo que quereis y entonces de un modo insensible conseguireis en dos años lo que querriais conseguir en un dia. Hay en esto mal proceder? Decid que la prudencia obrará entonces y no la villania.

—Yo pienso de distinto modo, señor, por que soy franco y tengo la conviccion de mis opiniones. Con el mal, con el error jamás debe contemporizarse. La sociedad puede resentirse de un ataque violento, pero gana por que se acostumbra á los procederes claros que ahorran tiempo, no oscurecen la verdad y la vida de mentiras y falsias llega á desaparecer. Ese sistema de engaños es perniciosisimo, por cuanto descansa en el engaño. El que hace uso de tal sistema, lo hace nada mas, porque le falta el valor para arrostrar la grito pública. En todo ello no se descubre sino un fondo de debilidad y egoismo. Que diriais, señor, si encontrandoos en guerra con una nacion, el jefe enemigo al veros fuerte os dijese: «estoy rendido» y vos marchaseis en esa creencia á tomarle y al tiempo de llegar donde él recibieseis el asalto, se os hiriese en el corazon? No diriais, es una perfidia? Por cierto que si, una traicion. Lo mismo, lo mismo podria decir el público de mí si aparentemente me rindiese para herirle por la espalda. Oh! yo no acepto jamás tal proceder. Si hoy engañais para

hacer el bien, quien me asegura que mañana no engañareis para hacer el mal? No es una escuela de reprobacion enseñar á la sociedad que simenten sus operaciones en bases tan odiosas? Ahora mismo, quién me dirá que vos no me engañais? Llegareis á vencer en un principio, pero habreis sustituido al error destruido un error mayor, un mal peor, la habitud al engaño. Proceded francamente, perdereis al principio, pero al fin si triunfais, triunfareis completamente porque el error desaparece sin dejar otros errores. Hé aquí, porque repruebo con todas mis fuerzas lo que me proponeis.

El abate comprendió que era inutil proseguir adelante en este metodo de conversion. Moyen habia herido en el corazon la doctrina del jesuita; era pues estemporaneo continuar. La hora estaba avanzada y la conferencia de aquel dia iba á tocar á su fin. El jesuita no quiso desesperar de Moyen y en vez de cortar con él, procuró dejarlo adicto á su persona. La conversion de Moyen era un asunto que daria crédito y gloria á la órden que lo consiguiese; por eso el empeño de Rodriguez en granjearse su aprecio.

—Creo mi amigo, le dijo este parandose de su asiento en actitud de irse, que hoy es demasiado tarde para seguir adelante. Nos queda un dia aun y no desconfio en que vuestro talento se adherirá al buen camino. Ocupadme en lo que creais útil. Mañana vendré y con lo que hayais pensado sobre

lo que ahora hemos conversado, creo que podremos avenirnos. Se os ofrece algo?

—Gracias, mi abate, gracias; repuso Moyén con aire sombrío. Necesito todo porque todo me falta. Haced por lo menos que se me quiten las esposas.

—Haré lo posible mi amigo, pero estoy seguro que nada conseguiré, porque los encargados de esta cárcel son muy crueles. Si por mí fuese, yo os sacaría en libertad.

Moyén manifestó su gratitud agachando la cabeza y el abate Rodríguez salió del calabozo con la esperanza de obtener algunas ventajas el día siguiente.

CAPITULO XIX.

Moyen quedó en el estado de resignacion que acostumbraba. Cargado de prisiones, la fé en sus ideas le hacia encontrar un consuelo en el martirio que sufría. Luego que el abate salió, volvió á tenderse en el cuero que hacia de cama. Era ya tarde, el sol principiaba á ocultarse y Moyen buscaba en el sueño una abreviacion á las largas horas de oscuridad y silencio en que vivía. Nada esperaba, á no ser la llegada del dia siguiente en que el abate debía venir á continuar la conversion. El reposo principiaba á encontrarlo en el adormecimiento que precede al sueño, cuando sintió correr el cerrojo á la puerta del calabozo. Qué será esto? se preguntó á sí mismo; y levantando la cabeza fijó su vista en la puerta que se abría. El

carcelero se presentó entonces trayendo una luz.

—Señor Moyén, le dijo, vengo á quitaros las esposas.

Moyén se sentó entonces con gran trabajo y con algun asombró y alegría presentó las manos al carcelero.

—Aqui están, le contestó, estendiendole los brazos.

El carcelero se acercó y con un martillo y un fierro, principió á aflojar la chaveta que remachaba las esposas.

—Mucho os habrán incomodado, señor; le preguntó el carcelero, á medida que golpeaba el fierro.

Moyén se sorprendió al ver que el carcelero le dirijia la palabra.

—Bastante, le contestó.

—Habeis conseguido lo que nadie ha conseguido. Sois bien afortunado.

—Porqué me decis eso?

—Porque se os ha mandado quitar las esposas, daros buen alimento y cama para que durmais.

—Y tambien, agregó Moyén, que converseis con migo?

—Si señor, todo lo debeis al señor abate Rodriguez.

El carcelero continuaba sacando la chaveta.

—Es mucho favor este, repuso Moyén. Celebro que un sacerdote se haya condolido de mí.

—Es muy bueno ese señor.

—Si, muy bueno. Y por qué no me contestabais nunca á lo que os preguntaba?

—Por qué? porque habria quedado excomulgado en el acto y habria venido á ocupar un lugar junto á vos.

—Quién os lo ha dicho?

—Qué no sabeis que él que habla con un hereje sin licencia, queda excomulgado?

La chaveta calló á un fuerte martillazo y el carcelero tomó en sus manos las esposas. Moyén respiró con gusto.

—Me parece que estoy libre, dijo, al ver sus manos desembarazadas.

Tal es el gusto del que oprimido siente el menor alivio en sus prisiones!

El carcelero se paró entonces y preguntó á Moyén:

—Qué quereis comer?

—Lo que querais darme, le contestó, porque tengo hambre.

—Pues bien, voy á traeros pronto una cosa lijera que os ha mandado el abate, de las monjas.

El carcelero salió dejando la vela sobre la mesa. Moyén no atinaba á esplicarse este cambio.

—Quizas mi último dia esté proximo, dijo, y por eso se me quiere alimentar!

Al cabo de algunos minutos, el carcelero se presentó trayendo una fuente de plata ocupada por un asado. La colocó al lado de Moyén. Volvió á salir y trajo una media botella de vino, un cubierto y en seguida la cama ofrecida.

—Estais contento ahora? preguntó el carcelero al reo.

—Estoy muy agradecido. No quereis tomar algo de lo que me habeis traído?

Gracias señor, gracias.

Moyen principió desde luego á comer. El hambre por una parte y el tiempo á que no probaba un pedazo de alimento como ese, le hicieron olvidar su situacion. El carcelero se quedó de pié esperando á que Moyen concluyese; le miraba con detencion y se entretenia en ver el gusto que el reo sentía.

—Está bueno el asado?

—Muy bueno.

Lo creo señor, porque nada hay malo cuando hay hambre.

—Teneis razon.

Y Moyen seguia comiendo.

—Si ahora años hubiese tenido un pedazo de carne como ese, interrumpió el carcelero, cuan distinta seria mi suerte!

Estas últimas palabras las dijo con tanta tristeza, que reveló no hallarse contento con el empleo que tenia. Moyen se fijó en ellas, y como un hombre que no se fija en lo que oye, preguntó al carcelero.

—Qué no estais bien en el puesto que ocupais?

—Quién puede estarlo señor, sino obligado por alguna necesidad.

—Pues yo creia que serviais por gusto.

—No señor, no puede servirse por gusto un destino como este.

—Y porqué estais en él entonces?

Moyen sirvió un poco de vino en el jarro que tenia á su lado y bebió con alegría.

—Estoy por un castigo, no por mí gusto.

—Me estraña lo que me decís.

Creis que un hombre puede estar á gusto dando alimento y guardando á los que han de morir en sus calabozos ó en el tormento?

—Yo creia que este destino era voluntario.

—Estais equivocado señor. Quizás vos lo servireis mañana....

—Yo! dijo Moyen con espanto. Yo?

—No os asusteis. Vos señor.

—En qué os fundais?

—En que si sois condenado, se os puede conmutar la pena en carcelero, verdugo ú otro destino parecido.

—Aun cuando me destrozasen, yo no consentiria.

—Lo mismo decia yo antes de ser carcelero, mas la necesidad me obligó.

—La necesidad jamas obliga á infamarse.

—Eso es bueno para dicho, repuso el carcelero con una sonrisa de esperiencia, mas no para ejecutado. Cuando se os principie á aplicar un hierro hecho azcua, entonces vendreis conmigo, como yo convine.

—Qué habeis estado preso aquí?

—Si señor, por eso os hablo de este modo.

—Porqué?

—Porque el hambre me hizo gritar por las calles y proferir palabras inmorales y sediciosas.

—Podeis contarme lo que os pasó?

—Si señor, pero cuento con vuestro sijilo por si llegaseis á ser indultado....

—No tengais cuidado.

El carcelero se asomó á la puerta y luego volvió á sentarse en una de las sillas de baqueta. Moyén siguió comiendo despacio y bebiendo de cuando en cuando, algunos tragos del vino que tenia al lado.

—Pues señor, dijo el carcelero que era un hombre cano y algun tanto avejentado, como habreis conocido por mi voz y semblante yo soy italiano.

—Decís bien, se os conoce.

—Yo vivia en Roma ahora cuatro años y trabajaba de pintor. Sacaba lo necesario para comer, pero no contentandome con tan pequeña entrada, resolví venirme á la América; porque esto de ser rico es mucho alhago.

—Este es el pecado que yo estoy pagando, en gran parte, interrumpió Moyén.

—Sois codicioso?

—No, pero quise tener fortuna para volverme á Europa.

—Pues bien, sucedió que arribé al Brasil y allí principié á trabajar. El negocio no daba bastante y con este motivo me vine á esta ciudad. Al principio lucré algun dinero y tenia esperanzas de hacer fortuna. En este estado permanecí un año hasta que me ví acometido de fiebres continuas que me debilitaron en sumo grado, hasta el extremo de no poder trabajar. Durante algun tiempo me alimenté con los ahorros, pero se concluyeron y tuve que vender cuanto tenia. Una vez que

me encontré con el alma y el cuerpo solo, la necesidad me hizo salir á pedir limosna por las calles. Habia dias en que recojia lo suficiente, pero otros en que me recojia sin alimentarme. Mi situacion era horrible, la paciencia me faltaba porque luchaba sin cesar la necesidad con la verguenza. Llegó una semana señor, en que me pasé dos dias sin probar alimento. El hambre que sentia me sacó de juicio. El estado á que habia llegado me era insoportable. Pensé largo tiempo sobre el medio de mantenerme y no encontré recursos en mi imaginacion; mas al fin supe que los presos eran alimentados por el Estado y esta noticia vino á abrirme un horizonte de esperanza. Pero cómo estar preso? era necesario cometer un delito:—esta idea me espantó. Cometer un delito para comer. . . . Pensé en ello y resolví morirme antes de dar tal paso.

—Apruebo vuestra resolucion, interrumpió Moyén. Eso es noble y digno.

—Realmente señor, noble y digno, cuando el estomago tiene algun alimento, mas esas ideas se pierden cuando el hambre despliega su furor.

—No, siempre.

—Asi lo creía y en esa idea permanecí hasta que sentí desfallecer mis fuerzas, nublarseme la vista, sentir decaer mi cuerpo. El hambre me asaltó con vehemencia, y mi juicio se trastornó. En nada pensé entonces, salí á la calle y me paré en el medio de la plaza gritando:—Tengo hambre! tengo ham-

bre! Una multitud me rodeó, mas nadie me estendió su mano para socorrerme. Está loco decian, y algunos se reian de mi desesperacion. Yo continuaba gritando hasta que perdí la esperanza de ser socorrido; entonces principié á declamar contra la autoridad, contra el Papa. La concurrencia se aumentaba y ciego de debilidad caí en tierra diciendo:—malditos sean los hombres que no se compadecen del pobre! Yo no ví mas porque perdí el sentido. Mas á la oracion volví en mí y me encontré en esta carcel encerrado en un calabozo. Recordé y ví á milado un pan y un plato de comida. Gracias á Dios! dije entonces, tengo que comer!....

—Y esa es la causa porque se os encarceló? preguntó Moyen con tristeza.

—Esa señor.

—El carcelero dejó correr entonces una lagrima de dolor por sus mejillas.

—Y como vinisteis á ser carcelero?

—Porque el tribunal me sentenció por las palabras que habia proferido, á perder la mano derecha en el fuego ó á servir este destino.

—Y porque no admitisteis lo primero?

—Porque no pude soportar al dolor, cuando principió la operacion.

—Que barbaros! exclamó Moyen.

—Y cuanto me temo que hagan lo mismo con vos!

—Moriré antes.

—Cuando sintais sobre vuestro pies las ataduras á un madero y que sin poder moveros, principiéis á sentir carbonizaros poco á poco

bajo una llama lenta, no direis entonces que preferis morir.

Moyen se estremeció al oír esta clase de tormento que se le esperaba y dejó caer la cabeza sobre la barba en demostracion de un dolor intimo. El carcelero se paró entonces y recojiendo el servicio que habia traído, le dijo á Moyen;

—No os entristescáis por ahora; yo os avisaré con tiempo cuando se os condene.

—Gracias mi amigo. Cuando volvereis á verme?

—Cuando sea necesario. Hasta mañana.

El carcelo salió y dejó á Moyen con la vista fija en la puerta que se cerraba.

—Parece ser este un hombre de bien, dijo, y se acostó sobre la nueva cama que le habian traído.

CAPITULO XX.

Moyen, á pesar de lo regalado que habia sido la noche anterior, no pudo dormir como debia esperarse. La variacion de estado le habia puesto en una situacion febril; sin embargo, sus huesos descansaron en el blando colchon y sus fuerzas se rehabilitaron algun tanto con el alimento que se le habia servido. La noche le fué llevadera. Esperaba con impaciencia la venida del abate para ventilar la cuestion árdua de la soberania de la razon; la cuestion que hoy ajita aun el edificio social en sus bases políticas y relijiosas. No hay duda, el triunfo de la razon, de su independencia es á los ojos de la filosofia la piedra angular sobre que se está construyendo el edificio de la libertad universal. El abate y el reo iban á ventilarla, á apurar la fuerza de sus

creencias y de sus opiniones. Moyen tenia razon en esperar al abate, porque su conciencia iba á reposar en la confesion de sus principios.

El abate se presentó al dia siguiente á eso de las nueve del dia, en el calabozo de Moyen. La fisonomia de este se alegró al verle. En el acto se sentó en la cama y contestó con afabilidad al saludo de Rodriguez.

—Habeis pasado buena noche? mi amigo, le dijo el jesuita, á tiempo que sondeaba con la vista el semblante de Moyen.

—Gracias á vuestros favores, señor abate.

—Algo costó conseguir lo que habeis visto; pero al fin se logró aliviarnos algun tanto.

—Estoy reconocido, señor abate, á vuestro servicio.

El abate se sentó en seguida y con la calma del hombre que tiene la conviccion de vencer á su adversario, se dispuso á entrar en materia.

—Hoy es el último dia, le dijo, que tenéis para discutir. Esta noche comparecereis al Tribunal á defenderos; pero espero que saldéis bien, porque tengo la esperanza de que convendremos en la cuestion en que discordais con nuestra creencia religiosa.

—Tendré el gusto de oiros, señor abate.

—Segun me informó el padre dominico, la cuestion última estaba reducida á que vos no admitiais otra autoridad en vuestras creencias que la de la razon y que entre la razon y la fé, vos dabais preferencia á la primera. Es así?

—Si señor.

—Pues bien, deseo saber el fundamento que para ello alegais.

—Voy á ello, repuso Moyen, acomodandose en la cama.

Luego que se hubo sentado con la comodidad posible, continuó;

—La autoridad que reconozco para mis creencias, para mis convicciones es el fallo que dá mi razon. Os diré porqué. La razon para mí es la intelijencia, el juicio de ella. La intelijencia y la libertad son dos facultades emanadas de la Providencia y concedidas al hombre para que las ejerza. Pienso de este ó del otro modo, no en virtud de lo que otro piensa sino por efecto de mi propia luz, de esa aclaracion que recibo en mi espiritu, por lo que mis facultades perciben ó por las impresiones íntimas que se elaboran en el alma. Las facultades con que Dios dotó al ser creado, no las hizo dependientes de poder alguno en la tierra. La igualdad corrobora esta verdad. No habiendo instituido poder alguno que nos domine á este respecto, y habiendo dotado á cada uno de la facultad de hacer lo que su intelijencia le aconseje, como tambien el hacerle solidario de sus actos, creo señor, que todo no puede admitir otra autoridad que la autoridad de la razon. Si hay otro poder superior, lo desconozco.

—Vuestros principios son exactos, mi amigo, repuso el abate; aunque no de un modo absoluto. Podeis ejercer la razon en todos los

actos de la vida, mas no en aquellos que Dios ha reservado para sí. Esto lo vereis mas claramente en la relijion. El derecho como lo sabreis, es lo que Dios ha revelado y el hecho lo que ha demostrado. Asi es que vos teneis facultad de indagar, escudriñar respecto de lo último; mas no respecto de lo primero, porque él, porque de él no nos es posible indagar. Se os presentan cosas increíbles y aun cuando procureis saberlas, nada adelantariais; entonces la autoridad de ese derecho os manda creer aquello que dudais; os manda no pasar mas allá. De este modo vereis que hay un poder superior al de la razon, el poder de lo revelado que es lo que nosotros llamamos fé. No os parece mas natural esto?

—Permitidme una distincion. Una cosa es lo que no se puede comprender y otra cosa es lo contrario, lo opuesto á la razon, como lo absurdo. Puedo aceptar cosas incomprendibles como por ejemplo la accion del fuego, la accion de los astros en las producciones de la tierra, el fenómeno de las mareas, pero no veo que en nada sean anti-rationales y las puedo aceptar como hechos cuya esplicacion sabré quizá algun dia, pero no puedo aceptar ni aceptaré jamás, sin ofender á la conciencia, á la dignidad del hombre y á la dignidad que Dios exige de todo hombre, que yo acepte sin razon cosas absurdas ó injustas porque de este modo suponeis dos pensamientos en Dios, una contradiccion; la facultad de juzgar y la destruccion de esa facultad.

—No confundais las cosas. Os he dicho

que la facultad de juzgar, de razonar la teneis siempre, pero limitada. Esa limitacion no es contradiccion.

—Es contradiccion, señor, por cuanto si se me concedió la facultad de razonar, no fué para que ese razonamiento tuviese que luchar con un contrasentido. Qué es la fé? creer lo que no se comprende aun cuando pugne con la razon; luego si debo creer lo que rechaza mi razon, creo una cosa que la facultad del alma no puede creer; luego mi razon razona sin razonar, juzga de un modo distinto al juicio que me dá. Así, si la fé me dice, “cree que el papa es infalible y mi razon me dice, no creas tal cosa,” á que debo atenerme?

—A la fé.

—Luego se me obliga á creer lo que no puedo creer, se me manda destruir el resultado de mi intelijencia. Y qué haré en tal caso? es natural que siga el juicio de mi razon, porque asi fuí constituido. Obrar de distinto modo seria pretender reformar la creacion.

—Esa contradiccion que creis encontrar y que en apariencia es tal, desaparece enteramente considerando las cosas con método. En esto de la razon hay que hacer una distincion ó separacion, es decir, considerarla segun sus facultades y lo que es en sí. Mirada bajo este último punto, la razon es una facultad dada por Dios para dirigir nuestros actos. Mirada bajo el primero, esa facultad existe pero no como vos creeis, con el poder, con el derecho de juzgarlo todo. Juzgareis lo que Dios ha puesto á vuestro alcance y en

esto sereis omnimodo; pero no en aquello que no ha demostrado, porque en ello abusaríais de esa facultad. Al propio tiempo que se nos dió la facultad de razonar, se nos impuso tambien el deber de no emanciparnos totalmente del Creador; por eso es que estamos sometidos á él, haciendole el sacrificio de no indagar y creer lo que él nos ordena. Esa dependencia, es el lazo que nos une al Hacedor Divino; por él reconocemos nuestra pequeñez y de ahí nace la humanidad que nos eleva al cielo. Y en esto no encontrareis dificultad, porque vuestra razon hace un sacrificio que comprende; para ello tenéis facultad de juzgar, sí los preceptos que os mandan tener fé son ó no emanados del mismo que os dió la existencia. Vuestro pensamiento examina si es verdad que Dios impuso el derecho revelado; si lo impuso, vuestra razon debe detenerse en saber puramente que lo impuso, mas no en indagar la razon de ese derecho; porque en tal caso iríais á indagar lo que os he prohibido, la razon de Dios. Asi es que, no puede haber contradiccion en la limitacion de una facultad; habrá si se quiere un misterio en esa limitacion, pero nada mas. De aquí se deduce con claridad que la razon del hombre está bajo la razon de Dios y que el derecho revelado que es lo que constituye la fé, es una autoridad superior á la autoridad débil de la razon.

—Esa limitacion, señor abate, repuso Mo-
yen, que estableceis de la razon, no existe

para mí. Si la reconociese reconocería una blasfemia, porque es el absurdo mas manifiesto pretender que el hombre sea y no sea, exista y no exista á un mismo tiempo. Lo que constituye al hombre como un ser es la libertad. La libertad es el poder de hacer ó no hacer lo que la justicia manda; para conocer esta justicia que haré? ver la ley. Esa comprension de la ley solo puedo adquirirla por la luz, por la manifestacion que de ella hace mi razon. Si se me dice, no pienses por tí, es claro que se me esclaviza y esclavizandome dependo de otro, deajo de ser un ser porque otro ser es el que piensa en mí; de aquí resulta, que el limitar la razon, es esclavizarla, hacer que uno no sea lo que es, libre. No siendo libre, qué es? cosa, es decir, un ente que se mueve y ejecuta por el impulso de un poder extraño. Y en esto vereis que ya desaparece la personalidad, y por consecuencia la creacion de Dios, la responsabilidad de los actos. Mas vos me decís, eso está bien, pero recordad la limitacion que se os ha impuesto. Limitacion para pensar? limitacion para razonar? cuando, de qué modo? Yo no sé sino que tengo una razon, una razon dada por Dios; si esta razon que me fué dada para juzgar, para ver la verdad y ajustar á ella mi proceder, esta limitada al propio tiempo para no juzgar, para no ver la verdad, es claro que me concedió dos facultades, la de ver y la de no ver lo que veo. Es esto razonable, Sr. abate? Por otra parte, con qué razon Dios limita mi razon? es para

que seamos humildes y reconozcamos nuestra pequeñez? . . . Esa no es razon que esplica la limitacion. El orgullo humano bien podria revelarse creyendose lo que no es; podria subir las escalas de una grandeza que no le es permitido; pero eso no seria un resultado de la razon sino de un estravio, de un error. La humildad nace precisamente del juicio que uno se forma de la inmensidad del Creador. Ahí estan esos soles que nos bañan con su luz; esos cielos que nos extasian con su grandeza; ¿qué mayor prueba de lo que uno es y de lo que Dios es? Si quereis limitar la razon á nombre de Dios, blasfemais porque de ello no resulta otra cosa que atribuir al Eterno, el pensamiento de que el hombre viva á oscuras, de que no le penetre, no le adore como debiera. Porque, á que ocultarnos, á que impedirnos que veamos lo que ha hecho? la razon de lo que ha creado? Temería Dios que lo penetrasemos? es acaso algun contra sentido, alguna falta la que encierra en la razon de lo que ha hecho? Eso es imposible; luego, en donde está la razon de ocultarnos lo mas grandioso de la creacion? Decidme señor, cual es la razon de ocultarnos, de impedirsenos que razonemos en la razon del Eterno?

—Hé ahi, le dijo el abate, lo que es preciso creer por la fé, porque es imposible averiguar esa razon que buscais. «Felices los que creyeron y no vieron» ha dicho Jesucristo. Esta es la autoridad que nos ordena no pasar mas allá.

—Dejemos los textos, señor abate, por que si sometemos nuestra razon á la autoridad escrita, nada avanzaremos. A ese texto podria decirnos tambien lo que Jesucristo, relevando la luz con que todo hombre viene á este mundo, decia á la faz de los judios espantados: «todos sois dioses, todos sois capaces de hacer iguales cosas y aun mayores que las que hace el Hijo de Dios, el Vervo hecho carne,» [San Juan].

—Pero eso no niega la sumision á la autoridad del derecho revelado, que os he supuesto.

—Como no, porque al decir tales cosas, proclamó de una manera indisputable que la razon ó la luz de todo hombre es la participacion de la luz ó de la razon del Creador. De ese modo afirmó la independendencia de todo hombre.

—Es verdad que ahí se sanciona la independendencia de todo hombre, pero la limitacion de esa independendencia está en las palabras que os he citado.

—Y como sabeis que esas palabras son limitacion de la independendencia?

—Porque el sentido comun lo demuestra.

—Luego ese sentido comun, ese fallo que yo llamo razon, es el que os hace afirmar tal cosa. Luego vos mismo anteponeis la razon al texto, porque sin ella no podriais explicaros. Y si en virtud de vuestra intelijencia deducis una limitacion de tan sencillas pala-

bras, que me diriais si yo dedujese otra consecuencia?

—Os diria que lo haciais sin verdad.

—Porque?

—Porque asi lo han resuelto los Concilios y la costumbre.

—Y quien dió facultad á esos Concilios para determinar tal cosa?

—El poder de infalibilidad ^{de} dado por Dios.

—Oh! eso es falso; la infalibilidad y la limitacion de la razon la habeis deducido vosotros de los textos del Evangelio y esa deducion la habeis hecho porque asi habeis pensado, porque asi habeis razonado.

Si habeis razonado, no ha sido por cierto en virtud de un privilegio sino, en virtud de la libertad que teneis de razonar. Antes de resolver esas interpretaciones, razonasteis y antes de dar vuestro fallo, erais falibles y teniais facultad de pensar sin limitacion, porque tentabais nada menos que de explicar la razon que Dios tuvo para sentar tales principios. Siempre pues la razon por delante; y si la razon precede á todo juicio, y antes de ese juicio admitis el fallo de uno, de cuando acá se viene á negar la independendencia del hombre? Me direis que solo aquellos hombres tuvieron esa facultad? Estableceis de hecho el privilegio de que otros piensen por nosotros y esto es anti-cristiano y anti-evangelico. Pues bien, yo con la misma facultad de los comentadores del Evangelio, juzgo que el juicio de ellos fué errado; que las palabras, «Felices los que creye-

ron sin ver” no son la institucion de la fé ciega, sino el consejo de virtud para los que sin alcanzar á darse cuenta de los hechos, creen por la justicia que arrojan; juzgo ademas, que las palabras, «lo que atareis en la tierra atado será en el cielo,» no espresan ni conceden la infalibilidad absoluta de los Pontifices, sino la infalibilidad subentendida, de atar lo que justamente fuese atado; y aun mas, de que ese poder le fué dado á todo hombre y no á San Pedro solo, porque el mismo Jesucristo ha dicho tambien, «*todos sois dioses [entendiéndose al obrar en justicia]; capaces de hacer iguales cosas y aun mayores que las que el Hijo ha hecho.*»

—Si desconoceis la autoridad del derecho revelado, si poneis en duda el poder con que los santos padres han explicado las escrituras sagradas, es porque no sois cristiano; y contra sectarios del ateismo ó deismo no puede arguirse sin antes convenir en las bases de la religion. Vos desconoceis la fé y pretendéis destruir el derecho de la iglesia por vuestro juicio. No respetais las autoridades de 18 siglos; nada respetais. Quereis penetrar en lo que nos es prohibido penetrar; yo no puedo desde luego discutir con vos.

—Me creéis ateo? me juzgais deista por mis opiniones? á mí señor, que adoro á Dios, á mí que gracias á él! no tengo manchas que me hagan bajar la frente! Yo que admiro y respeto, que me humillo y me postro ante el Dios de la inmensidad; que cumplo con sus mandatos amandole y amando á la humani-

dad: oh! señor abate, exclamó Moyén lleno de unción y de ardor; yo no soy lo que vos creéis; soy cristiano, un sectario que defiende al Cristo de las calumnias que se le hacen haciéndole responsable de las iniquidades de los hombres; no soy mas.

—Sois cristiano y no os sometéis á la Iglesia? cuál es entonces vuestro culto, el culto que tributais á Dios?

—Para mí, Dios está en todas partes y en todas partes le adoro. Cuando me paseaba por el mundo yo le adoraba en el templo de la naturaleza. Cada objeto de la creación, cada arbusto, cada montaña; toda esa inmensidad que tenemos á nuestra vista eran para mí otros tantos arranques de arrobacion hácia la Providencia. Mi pensamiento no ha encontrado límites al culto que debemos tributarle. Hoy, que yazco privado de la luz y del espectáculo de la creación, adoro á Dios en el santuario de mi corazón; este es el último templo que se me ha dejado para dar culto al Dios de bondad y no de venganzas! . . . señor abate.

—Y cómo habiais de convenceros, cuando bajo todas sus faces no sois mas que un hereje?

—Pero convencerme de qué?

—De la santidad, de la divinidad de nuestra relijion.

—Yo no niego eso en la relijion de la justicia, en la relijion de Cristo.

—Pues si no lo negais, porque pretendéis dudar de la superioridad de la fé?

—De qué modo me habeis probado esa superioridad?

—No os he demostrado lo que es el derecho revelado?

—No señor abate, porque me habeis dicho que la fé me manda creer sin convencerme.

—Y pretendéis poner en duda eso?

—No solo lo dudo, sino que lo niego.

—Pues á esa negacion es imposible contestar razonando, porque nuestro pensamiento se extravía.

—Y sin embargo, señor abate, vos me decis que no se puede razonar y razonais al propio tiempo.

—Razono, para convenceros y nada mas y ese razonamiento se apoya en lo que ha resuelto la Iglesia.

—Pues que haceis al hablar si no razonar? Para destruir la razon, razonais, no es esta la mejor prueba de la autoridad que os he dicho? Para imponerme la fé, haceis uso de la razon y sin embargo de que ella la precede á la primera, aun para vuestros fines, vos queis atacarla. Para atacar la razon teneis que razonar y si alguna vez llegaseis á apagarla, el mundo seria un cadáver, porque le quitarais la palabra, la libertad que es la personalidad de cada ser.

El abate se vió reducido á contemplar con lástima á Moyén. Este le habia llevado la cuestion á un punto tal, que el jesuita prefirió callar, porque se vió sorprendido con la nueva lojica del reo. Los estudios que habia hecho, no le habian prevenido contra tales ar-

gumentos; así fué que se resolvió á pintar á Moyén, el resultado que se le esperaba si persistia en sus doctrinas. Dejó la via del razonamiento en que se habia metido y procuró conmoverle hablandole á los sentidos. Hubo un rato de silencio despues del cual el abate volvió á dirigir la palabra á Moyén;

—Por lo que veo, mi amigo, le dijo el jesuita, es inútil continuar disertando como lo hemos hecho, porque no saldremos de un círculo en que el pensamiento vaga. Mirad la cuestion bajo otro aspecto. Qué sacaríais con declarar la emancipacion del pensamiento? los resultados vienen á probar los beneficios que hay en limitarlo. Declarad la razon independiente y de hecho caerá el órden social, porque la autoridad perderia su fuerza, no habria un poder que limitase ó contuviese las exigencias anárquicas de cada uno. Pero contened esas exigencias y entonces el órden continuará, habrá obediencia y en la obediencia encontrareis la prosperidad pública. Esto es lójico.

—Lójico realmente, contestó Moyén, pero lójico para perpetuar el órden existente que reposa en el error y el mal.

—Que no estais contento con el desarrollo de las riquezas, la paz que reina?

—Prefiero la anarquía.

—Eso es monstruoso, señor Moyén.

—Nada de eso. El mundo, señor abate, nos presenta un espectáculo elocuente de la necesidad que hay, para desear un cambio en el órden actual. En las sociedades se ve á la

jeneralidad de los que la componen, sufrir sin esperanza un yugo pesado que la degrada. Separemos nuestra vista si quereis, de esa porcion que llamamos esclavos y cuya vida es la vida de la bestia; separemos la vista tambien de esa porcion que vive del trabajo cotidiano y que despues de dar su vida por tener un pan, jamas llega á saber que es el hombre ni á columbrar los rayos de la eternidad; separemosla aun de la indijencia y del dolor que alimenta á esas masas que pueblan el universo; separemosla de ese mundo especial y detengamosla por un momento en lo que es esa paz, ese bien estar á que aludis; que encontráis? El hombre viviendo del hombre; clases y privilejios que devoran el sudor del pobre, insultando á los cielos con sus actos y con los derechos usurpados. Encontraréis á una porcion de seres que á medida que viven del fausto robado, no conservan en sus almas mas que la última potencia de la corrupcion. Autoridades absolutas, que pretenden derivar sus títulos de Dios para ejercer la venganza, y encharcar la tierra con pantanos de sangre humana. Encontrareis aun mas, un fango de vicios y de mentiras, un lodazal de infamias y de depravacion en donde la sociedad se revuelca con ansiedad buscando el placer, buscando un goce que cree oculto en los escombros de la prostitucion. La religion calumniada, el derecho violado y perdido en ese oceano de crímenes; la virtud maldecida.....

--Basta, basta, señor, interrumpió el abate;

basta; esas son fantasias, idealidades. El mal es de este mundo y jamas le destruireis, por que aqui espiamos, nos purificamos. Si no hubiese mal, miserias, el mundo no seria mundo, seria gloria. Allá en los arcanos de Dios, solo podreis encontrar la solucion de lo que buscais; aqui nada se puede innovar por que el orden constitutivo de las sociedades es ese.

—Yo no haré ese agravio á Dios jamas; porque sus preceptos son para salvar á las sociedades de ese estado, no para mantenerlas en él. Si viese que el resultado del evangelio era el estado actual, entonces convendria con vos; pero veo que en ninguna parte se observa y esto me corrobora en mis ideas.

—Y de qué modo hariais practicar el evangelio? no veis que nuestra mision es esa?

—Esa es vuestra mision y la de todo hombre y sin embargo de que le predicais diez y ocho siglos, veo que la corrupcion progresa.

—Progresa, porque el pecado ataca nuestras obras.

—Decid mas bien, porque los medios que empleais son malos.

—En qué os fundais?

—En que no hablais á la razon de los que os oyen. En que lejos de predicarles el amor, les enseñais el odio.

—Desgraciada de la humanidad si no tuviese el freno de la fé y de los castigos eternos!

—Pues mas desgraciada no puede ser.

Si empleaseis la razon, el globo se convertiria, porque la verdad apareceria en todos; pero ella os quitaria tambien la autoridad absoluta que ejercéis y es por eso que jamas la empleareis, aun cuando veais sumerjirse el universo.

El abate se resintió de estas últimas palabras de Moyen y desesperando de la conversion, se paró tomando su sombrero y diciéndole al despedirse.

—Prefiero cortar esta cuestion, porque nuestras pasiones se exaltarían si continuásemos adelante. He cumplido con mi deber. No he podido convertirlos. Llevo este duro desengaño. Hoy se os condenará irremediabilmente con arreglo al derecho. Se os enviará á morir en una hoguera; vuestros miembros sufrirán á pausas el efecto de las llamas: un cuarto de hora de tormento bastará para haceros desaparecer del mundo y lanzaros á las hogueras de un infierno eterno. Esto lo veo y lo siento; pero qué hacer, la fé obliga á esta ejecucion. ¡Adios hombre desgraciado! fueron las ultimas palabras del jesuita al salir del calabozo.

Moyen se estremeció al considerar lo que se le esperaba y lejos de desfallecer respondió al abate que salia.

—Moriré por la verdad!

CAPITULO XXI.

El último dia de las conferencias estaba destinado en la noche para el juzgamiento de dos reos: uno privado y otro público. El Tribunal que se componia de siete miembros habia sido citado á las ocho y media para sentenciar á Moyén en sesion plena, es decir, con asistencia de las comunidades relijiosas y cabezas principales de las otras dignidades civiles. Del juicio de Zalasar nadie tenia noticia, salvo el abate Gonzales y Eduardo. Con este motivo á las siete y cuarto de aquella noche la sala del Tribunal estaba alumbrada por cuatro bujias que escondian sus luces tras de pantallas negras con dibujos lacres. En aquella sala no se divisaba mas que dos bultos que desaparecian bajo el docel, por las débiles tinieblas que allí habita.

ban. Estaban cubiertos con una especie de dominó negro, teniendo por cubiertura en la cabeza un largo gorro del mismo color. En el pecho de aquella vestidura se manifestaba una calavera lacre y al frontis del gorro se repetía igual adorno. El traje cubría todo el cuerpo, inclusive la cara, dejando dos averturas pequeñas en los ojos que podían ver sin ser apercibido el movimiento de las pupilas. Este era el traje de los miembros del Tribunal para dar sus fallos. Esos dos bultos negros que se notaban bajo el docel, no hablaban una palabra; por el sonido de la respiración solo podía conocerse que eran dos seres vivientes. Un silencio sepulcral reinaba en aquel lugar. Las bujías parecían aumentar aquel cuadro de muerte.

En esto se sintieron tres golpes en la puerta. Los dos bultos negros se movieron y sin contestar una palabra, él que ocupaba la silla de preferencia hizo sonar por tres veces la mesa con un martillo de marfil. Era la respuesta que se daba á los que llamaban de afuera. Luego que sonaron los tres martillazos la puerta del frente fué abierta y en el acto entraron dos hombres que conducían á dos mujeres de la mano. Estas dos mujeres desfallecían en sus pasos, sus ojos venían cubiertos por una venda. El que ocupaba la silla que hemos indicado, hizo una seña á los conductores y ellos continuaron adelante hasta sentar á las mujeres que traían, en los asientos que estaban sobre la plataforma. Lue-

go que fueron colocadas, el abate Gonzalez que era el que hacia de jefe en aquel juicio, volvió á hacer otra seña á los conductores y éstos se retiraron cerrando la puerta por donde habian entrado.

—¿En donde estamos? preguntó una de aquellas reas.

—Mamita, no te separes de mí, dijo la voz de la otra. Estoy llena de miedo.

—No os asustéis, señoritas, dijo el abate, parandose para quitar la venda de los ojos de las jóvenes.

—Ay! exclamaron las dos, al oír la voz de un hombre.

El abate se acercó y quitandole las vendas se retiró á su asiento. Las dos mujeres se horrorizaron al verse en aquel lugar y por un impulso simultáneo se arrojó la una en los brazos de la otra, ocultando su cara la madre en el pecho de la hija y ésta en el de la madre.

Eduardo miraba por entre la careta esta escena y conmovido al ver á Margarita y á su madre quiso hablarles; pero el abate le impuso silencio con un signo. Eduardo no podia hablar porque su voz era conocida, así, el papel que estaba obligado á representar era el de un mudo. El abate lo iba á hacer todo.

—No temais nada, señoritas, les dijo el abate. En una hora mas volvereis á vuestras casas. Se os ha traído por suma necesidad para hacer efectiva la responsabilidad de un hombre que parece haber abusado del ho-

nor y reputacion de UU., calumniandolas. Vamos á aclarar un hecho y nada mas.

Las dos mujeres, levantaron entonces sus cabezas y esperaron con impaciencia salir de aquel misterio.

—Antes de pasar adelante, continuó este, es necesario cumplir con una formula del tribunal. Prestad el juramento de estilo.

El abate y Eduardo se pararon, tomando el primero en sus manos un crucifijo que habia sobre la mesa y luego les leyó la formula que hemos espuesto en otro capitulo, reducida á no revelar nada de lo que pasase ó viesesen. La madre y la hija se hincaron y juraron como se les mandaba. En seguida volvieron á sentarse en la misma situacion que antes.

—El tribunal, dijo entonces el abate, se ha visto en la necesidad de saber la realidad de lo que hay entre la señorita Margara y el señor de Zalaras. Este joven está preso por varias causas y entre una de ellas se le imputa la de tener relaciones con la futura esposa del Inquisidor Mayor. El señor Inquisidor no ha querido entender en este juicio y nosotros que tenemos la obligacion de velar por la tranquilidad y moral pública, hemos creído necesario dar este paso para cerciorarnos de lo que hay de verdad. Conoceis al señor de Zalaras?

—Si le conocemos, repuso la madre.

—Permitid señora, le advirtió el abate, que vuestra hija sea la que conteste

Margarita se sintió trastornada y apenas pudo responder.

—Si señor.

El abate dió entonces dos golpes con el martillo y continuó.

—Le habeis amado? le habeis prometido ser de él? le amais aun?

—Nunca le he amado, señor repuso Margarita, siempre me ha causado fastidio por sus desmanes.

—Es cierto que vos autorizasteis al Sr. Inquisidor para que castigase el Sr. de Zalasar por el ultimo billete que os escribió?

—Cierto, señor?

—Y por qué autorizasteis al señor Eduardo?

—Porque va á ser mi esposo y no tengo parientes que me venguen.

—Está bien, dijo el abate, y volvió á tocar por tres veces la mesa con el martillo, poniendoles las vendas á las dos mujeres.

A esta señal del martillo, la puerta secreta fué abierta sin ser sentida é introducido por ella el jóven Zalasar. El carcelero lo sentó al frente de Margarita y se retiró cerrando la secreta entrada. El abate se paró entonces y quitando la venda á los tres reos, volvió á colocarse en su puesto. Eduardo permanecia inmóvil esperando el estallido de este misterio. Zalasar habia oido las respuestas de Margarita, porque al signo de los dos martillazos primeros se le puso cerca de la puerta secreta; asi fué que al ver á la joven se sintió rabioso. Margarita dejó caer su cabeza so-

bre el pecho, llena de temor al paso que de vergüenza. La madre no pudo contenerse al ver á Zalasar y sin reparar en la situación en que estaba, le apostrofó diciendo:

—Vos, señor, habeis procurado deshonorar á mi hija y me es grato ver que la justicia proteje al inocente. Con qué facultad le dirijisteis aquel billete?

Margarita miró de reojo á Zalasar para contenerle, pero el jóven no pudo ocultar su rabia á vista de la perfidia de la jóven y sin guardar escrúpulos contestó:

—Le escribí, porque me habia jurado ser mia; porque otras veces lo habia hecho y por que Margarita me ha pertenecido.

—Eso es infame! exclamó la madre, infamé!

Margarita vió llegar la hora de su perdición y para salvarse se lanzó tambien á desmentir á Zalasar.

—Es falso todo, le dijo; y bajó la cara avergonzada.

El abate comprendió que era necesario no perder tiempo y á fin de llegar á un resultado claro, dijo:

—Vamos con calma. Cuáles son las pruebas, señor de Zalasar, que teneis para asegurar lo que decis?

—Me exijis las pruebas, señor?

—Si señor.

—Delante de la madre?

—Si señor.

Zalasar se dirijió entonces á Margarita y le interrogó.

—Porque no confesais mas bien nuestras relaciones y me ahorrais

—Sois un deslenguado, le contestó esta: calumniadme!

Margarita miró con ojos de fuego al reo y esa mirada que trasformaba el semblante de ella en una vision diabólica, pareció contener á Zalasar. Eduardo miraba sin perder un movimiento de lo que pasaba y á vista de lo que veia, la inquietud le hacia desear un resultado.

—Margarita, me habeis engañado diciendome que me amabais; habia resuelto morir antes que descubriros; pero vos teneis la culpa de vuestra perdicion; voy á decirlo todo.

—Decidlo pronto, le dijo la madre, decidlo para que se conozca la inocencia de Margarita.

Zalasar continuó entonces á despecho de las señas que la joven le hacia.

—Hace tres meses á que esa joven me entregó su corazon. Los detalles de lo que pasó cuando esto sucedió, los referí al señor Inquisidor Mayor. Volveré á repetirlos.

Zalasar hizo la historia entonces de aquel tiempo y siguió adelante;

—Últimamente, yo habia quedado de ir á casa de ella, con el señor Eduardo, pero me exigió en la plaza del Acho, que no lo hiciese; porque me dijo era falso que amaba al señor Inquisidor.

—Todo ese es un cuento, interrumpió la madre, un cuento; porque mi hija no se separa de mi, ni nunca recibe á solas.

—Nunca? y cómo lo sabeis? qué hacéis á las oraciones?

—A esa hora duermo la siesta y mi hija tambien.

—Pues á esa hora es cuando vuestra hija recibe.

—Esto es demasiado! exclamó la madre. Cómo se abusa de la debilidad femenina! Es falso señor.

—Pues probadlo, señor Zalasar, le interrumpió el abate.

Margarita entonces levantó su rostro bañado en lagrimas.

—Dejad que crean lo que quieran, mamita; yo cargaré cen todo. Qué me importa si eso no es asi?

—Esto no puede concluirse asi, señorita, observò el abate. Es preciso saber la verdad. Teneis pruebas, señor de Zalasar?

Las tengo, señor, pero estan en mi casa.

El abate levantó entonces un libro y le dijo á Zalasar: tal vez buscareis estos papeles.

Zalasar se levantó y sorprendido reconoció que allí estaba la correspondencia de Margarita.

—Si señor; pero como está aqui?

—No podeis averiguar eso. Servios de ella si quereis y sino renunciad.

—Zalasar se quedó pensativo. Las dos mujeres se empinaron á ver que eran aquellos papeles, pero el abate los cubrió con el libro. Zalasar entonces los tomó y dijo,

—He ahi las pruebas!

—Cuales son? preguntó la madre.

—Estas cartas, señorita, repuso el abate.

La madre se paró entonces con su hija y se precipitó sobre la mesa; vieron las cartas y se quedaron heladas.

—Son vuestras esas cartas? preguntó el abate.

—No lo son, contestó la joven y se retiró confundida á su asiento. La madre quedó muda al ver la verdad.

—Que decis á ello? señor de Zalasar, repuso el abate.

—Haced que escriba la señorita, para ver si es ó no su letra.

Margarita agachó la cabeza y contestó con el semblante del culpable,

—No sé escribir.

—Es verdad señora? se le preguntó á la madre.

—Yo no sé nada, que conteste ella.

A esto sucedió un momento de silencio. Se habia llegado á un punto en que las pruebas escritas no se sabia si eran pruebas. Zalasar estaba aturdido; Eduardo abismado. El abate se sonreia bajo la careta y á fin de acabar aquella conferencia, se resolvió á hacer uso de otras armas peores que tenia reservadas.

No me oculteis nada señorita, dijo el abate, porque todo lo sé.

—He dicho la verdad, contestó Margarita.

—Pues bien, variemos de punto y contéstame á las informacionss que ha recibido el «Santo Oficio.» Que edad teneis señorita?

—Tengo 16 años.

—Teneis 18, repuso el abate.

Margarita sintió esta confesion mas que lo que antes se le habia dicho y herida en su amor propio saltó fuera de sí;

—Diez y seis solo.

—No quereis confesar esta verdad? bien, vamos adelante. Que os sucedió el 15 de Febrero de 1744 á las siete de la noche?

—Nada.

—Nada? No estuvisteis en aquel dia y á esas horas con D. Pedro Urcullo?

Margarita se sorprendió toda. ¿Quien es este hombre que sabe?

—No me nombreis á ese! exclamó Margarita.

—Fué vuestro primer?

—Silencio por Dios, volvió á gritar, silencio. Quien sois vos?

—Yo soy un instrumento de Dios para castigar los crímenes. Confesad si son ciertas las cartas que aqui estan y silenciaré lo demás.

—Esas cartas no son mias! pero guardad silencio. Margarita ocultaba su cara entre sus manos y pedia silencio de su vida pasada. La voz del abate le estremecia, porque sabia sus faltas secretas.

—Silencio señor!

—Hablad la verdad, entonces.

—La he dicho ya.

—Pues si persistis os recordaré al señor Castro, lo que pasó con él el 4 de Junio del mismo año.

Margarita se retorció los puños, sintió caer sobre sí otra acusacion.

—Yo no puedo soportar mas, dijo entre dientes, dejando caer sobre el respaldo de la silla su semblante revestido de una palidez mortal. Me muero! . . . y al pronunciar estas palabras quedó en un letargo desmayada.

—Sois muy crueles! exclamó la madre; sois muy crueles. Ved á mi hija inocente. . . .

La madre se echó sobre su hija para socorrerla; Eduardo quiso volar á su proteccion, pero el abate le contuvo.

—Dadle un poco de agua y se le pasará, dijo el abate; y acercandose al oido de Eduardo continuò en secreto;

—Esto está concluido; nada mas se puede avansar. Os habeis convencido de lo que la acusaba Zalasar?

—Ella lo ha negado y nada creo.

—Pues os daré otra prueba mayor, mañana. Haced despejad la sala.

En el acto se le vendaron los ojos á los reos y llamando con el martillo, se presentaron tres empleados del tribunal—que recibieron la siguiente orden.—

—A las señoritas que vayan libres á su casa y al señor que vuelva al calabozo.

La orden fué ejecutada y el salon quedó despejado en pocos momentos. Eran ya las ocho y cuarto de la noche y el juicio de Moyén debia principiar.

CAPITULO XXII.

Un cuarto de hora despues de la salida de Margarita, la sala del Tribunal presentaba un espectáculo enteramente distinto. Las siete sillas que habia sobre la plataforma, estaban ocupadas por los siete jueces del «Santo Oficio,» vestidos en la propia forma que hemos indicado hablando de Eduardo en el capitulo anterior. Los bancos de la planicie de la sala, se encontraban ocupados por las órdenes religiosas y autoridades civiles que habian sido convocadas para el juicio público. Entre estas personas se notaba, en un extremo de la sala, á un hombre que parecia preocupado de alguna idea; era Rodulfo, que como autoridad judicial concurría á presenciar el juicio de Moyen.—En cada esquina de aquella sala, habia una gran lámpara de plata y otra

en el medio, que derramaba una luz alternativa. Sobre la plataforma se distinguían los bultos negros de los jueces, por la luz de las cuatro bujías que conocemos. El centro de la sala, estaba vacío, pero se notaba un banco que parecía aguardar á algún individuo; era aquel el banco de los reos.—Nadie hablaba, todos esperaban algo. En esto se dejó oír el sonido de una cadena que marcaba los pasos de un hombre. Al momento todos fijaron sus miradas en la puerta del frente. Allí apareció un hombre que se apoyaba en los brazos de dos hombres, atado al pescuezo con la punta de la cadena que llevaba en el pié izquierdo.—Era Moyén que comparecía á defenderse. A la presencia de este hombre, Rodulfo se estremeció, sintió correr por sus venas un frío producido por un sentimiento de humanidad. Moyén siguió andando en medio de aquel silencio con la pausa del que se vé cargado de dolores. Su larga cabellera rubia, caía en desorden sobre su frente. Un paño oscuro le privaba el ver por donde marchaba. Venía cubierto con una capa de paño azul. Los conductores se detuvieron al llegar al banco de los acusados y le sentaron. Moyén se sintió solo, pero la resignación que tenía hacia que nada le causase sorpresa ni temor. Moyén se sentó y esperó. Entonces uno de los conductores le quitó el paño oscuro de los ojos y el reo vió con admiración el espectáculo que presentaba el Tribunal. Paseó su vista por las bancas de los concurrentes y con gran calma volvió á fijar sus grandes ojos

en los jueces que habia sobre la plataforma. El silencio era profundo. En esto se levantó de su asiento el ultimo de los jueces y saludando con una venia al Inquisidor Mayor, que estaba bajo el dosel, dijo;

—«Con el permiso de los señores jueces inquisidores apostólicos, iustituidos contra la herética pravedad y apostasía en esta ciudad de los Reyes y provincias del Perú, paso á dar instruccion de la causa criminal de Fé, que ante nos se ha seguido contra el hereje Francisco Moyén acusado de los crímenes que se expresan en las acusaciones hechas por el Sr. Promotor Fiscal.»

En seguida continuó este hombre haciendo una relacion exacta de la causa que tenia á la vista. El Tribunal y el auditorio escuchaban con las cabezas agachadas; Moyén tenia su frente levantada y de cuando en cuando, se sentia el sonido de las cadenas, por algun movimiento de su cuerpo. El acusador que hacia de relator hacia resonar su voz fuerte leyendo con fervor los escritos que rolaban en los autos. Llegó al estado en que se encontraban las pruebas y aqui fijaron todos su atencion con singularidad. El acusador seguia enfervorizado y creia de su deber lanzar imprecaciones que satisfaciesen de algun modo las conciencias ajitadas de los que oían. Moyén revestia entonces su semblante de una sonrisa melancólica, que denotaba compasion por los que veia empeñados en perderle. Despues de un rato de lectura de las pruebas, el acusador exclamó:

—Está convicto y confeso!

Todos miraron al reo con semblantes encendidos de cólera y el reo les contestó con una mirada severa y altiva. Rodulfo solo, lanzó un suspiro silencioso. Aquel hombre sufría. El acusador continuó y una vez que concluyó de leer las pruebas, pasó á pedir la pena correspondiente contra Moyén, la pena de inuerte y de una muerte ejemplar y pública. Pedia la muerte á pausas en una hoguera. La conclusion del discurso del acusador, fué ardiente y terrible; hecha con todo el calor del hombre que se cree encargado de vengar á Dios en la tierra. El auditorio se mostró contento del acusador, porque sintió expresar por sus labios la voz de sus conciencias y de sus creencias. El acusador una vez que hubo concluido, se sentó en su silla. El silencio volvió á aparecer. La vista de todos se encontraba fija en Moyén, esperando que se defendiera. En medio de aquel intervalo, el Inquisidor Mayor interrumpió el silencio con estas palabras:

—Podeis defenderos, señor Moyén, sin atacar la relijion.—Moyén se reanimó en su banco y haciendo sonar sus cadenas al tiempo de pararse, lanzó una mirada tranquila y de verdad por los angulos de la sala; luego se puso de frente á la plataforma y principio con voz serena y grave á hacer, lo que se llamaba defensa en aquellos tiempos.

—Señores jueces inquisidores: sin otro auxilio que el de mi razon, sin otra autoridad que la de mi conciencia y sin otro poder que el de

mi inocencia, levanto mi voz ante las autoridades que me rodean para proclamar la verdad, á despecho de los tormentos y de la muerte que estoy resignado á esperar. Y como no proclamarla! cuando la verdad es el crimen que me arrastra á la inmolation de mi existencia fisica al paso que en el templo invisible de la eternidad, diviso la santificacion de lo que para los hombres es delito y para Dios una virtud?

No soy el hombre de la inmoralidad, de la blasfemia, de la sedicion, como se me acusa; soy en este momento el hombre destinado por la Providencia para vindicarlo con la abnegacion de mi mismo, defendiendo la justicia de la humanidad inmolada por las pasiones, el error y la supersticion.

Si los pueblos hubiesen estado sujetos á las autoridades, Socrates no habria proclamado á un Dios único en medio del paganismo. Platon habria sido una nulidad; Jesu-Cristo habria dejado de ser el hijo de la Divinidad.

El juicio del mundo habria sido siempre la expresion del error. Es por esto, que al pedirseme la defensa de mis principios, yo no voy á emplear otra luz, otra conviccion que la luz arrojada por las verdades que mi razon me demuestra. Y antes de todo, permitaseme ocuparme de una cuestion previa que hasta cierto punto, es la verdadera cuestion.

De qué se me acusa?... de crímenes se ha dicho, de crímenes cometidos por mi. Al oír esta palabra crimen, mi pensamiento se

ha detenido, he vuelto mis ojos hácia mi, he examinado mi conciencia y no he encontrado aceptable una ofensa prodigada como la calumnia.

El Inquisidor Mayor, al oír esta frase, tocó la campanilla y llamó al orden al reo.

—Podeis defenderos, pero no clasificar el juicio del señor acusador.

—Yo no injurio, no hago mas que dar el verdadero nombre á las mil injurias que se me han hecho.

—Obedeced, repuso el Inquisidor, y sino se dará por concluido el juicio.

Moyen hizo un jesto de cólera y de impotencia.

—No es esta la justicia que ha de apreciar mi derecho, contestó. Obedeceré.

El reo pensó en que se perdía si persistía y á fin de poder impregnar de algun modo sus principios, dijo: obedeceré, y en seguida continuó:

—Se me acusa de criminal. Y en dónde está el crimen? Quién se atreve á dar tal nombre á la opinion de un individuo? Para que haya crimen es preciso que haya intencion de dañar, que uno conozca que lo que hace lo hace por espíritu funesto, obrando en contra de sus convicciones. Pues bien! quien ha sondeado mi pensamiento para saber que mis principios son contrarios á mi conciencia? Con qué autoridad se viene á interpretar lo que dentro de mi pasa? El pensamiento es libre y he aqui la base de mi defensa.

Los jueces y el auditorio se conmovieron al escuchar estas palabras. Si miraron unos á otros como quien pregunta si aquello no es una blasfemia. Solo Rodolfo parecia aprobar con su semblante aquella proposicion. Moyen seguia adelante teniendo levantado el brazo derecho y la fisonomia inspirada.

—Dios no ha obligado á creer por la fuerza, continuó, la religion de Dios es la religion de la verdad. «Quien *quiera* sigame» ha dicho el Cristo, y no, *seguidme*. Ha dejado á cada cual la libertad de seguirle ó no seguirle. Y si Dios, de quien vosotros os llamais encargados, deja al arbitrio de la libertad del pensamiento el obrar del modo que uno quiera, ¿con qué derecho? ¿de dónde sacais autoridad, poder mayor para reprimir, encadenar, destruir lo que el mismo Dios no ha hecho? ¡El pensamiento es libre! hé aquí señores jueces el principio de mi inculpabilidad.

—Blasfemaís! exclamaron los jueces, blasfemaís desconociendo la autoridad de los encargados de conservar la fé.

—Blasfemaria, repuso Moyen, si la reconociese.

La concurrencia y todos, excepto Rodolfo, se levantaron de sus asientos lanzando un grito de reprobacion.

—Castigad al reo! es hereje!

Moyen recorrió con su vista á los que le querian tan mal. Esperó que hubiese un poco de silencio y tan pronto como volvieron á

sentarse respondió con su semblante elevado.

—Parece, SS., que temieseis á vosotros mismos, de que vuestra razon os alumbrase, que yo os convenciese de algun error. Porqué me quereis negar que hable? son acaso el apoyo de la autoridad que defendeis esas voces de castigo? quereis convencer al cuerpo ó al espíritu? Si teneis conciencia de que yo me equivoco, á qué pedís tormentos para la materia? si lo contrario, porqué no me decís, hé aqui la razon de vuestro error? La verdad no teme.

El Inquisidor Mayor contestó entónces con gravedad.

—Nuestra autoridad emana del poder infalible de los papas. Vos no venís á discutir, ni á poner en duda lo que está reconocido y sancionado. El derecho de defensa que se os concede no os permite predicar doctrinas que están reprobadas. Con que asi podeis continuar.

Moyen se quedó pensativo, mirando con franqueza al que le dirijia la palabra.

—Bien lo presumia! repuso el reo con ese aire de dolor y de firmeza que se advierte en los grandes jénios; bien lo presumia de que impediriais defenderme, porque mi defensa iba á ser la defensa de la verdad y la verdad para que triunfase tenia que derrocar todo ese fantasma de abusos y de barbarie en que descansa la autoridad de los falsos cristianos, de vosotros ministros de.....

Estas palabras de Moyen fueron interrumpidas por un grito jeneral de reprobacion.

—Ese hombre es el demonio! castigadle! castigadle! El tumulto fué crecido, hasta que la campanilla del Inquisidor llamó al órden. El silencio se restableció y luego dijo:

—Suplico á la ilustrada reunion que está presente, guarde silencio en lo posible; pues aun cuando es muy laudable el fervor relijioso que les acompaña, nuestra institucion prohíbe el que nadie hable á no ser alguno de los SS. jueces.

Y luego se dirijió al reo, que permanecia de pié mirando con un aire compasivo á la concurrencia.

—Vuestras últimas palabras comprueban de un modo evidente lo criminal que sois. Por compasion se os permitió que comparecieis á implorar perdon, pero estais poseido del espíritu maligno y las consideraciones deben cesar; mas en virtud de nuestro amor porque se salven las almas, voy á haceros algunas preguntas que servirán de conclusion á este juicio.

—Me negais el derecho de defensa? preguntó Moyén.

—Vuestra defensa está reducida, contestò el Inquisidor, á pedir perdon de vuestras faltas, y á retractaros de los errores que profesais.

—Esa no es defensa! exclamó el reo lleno de calor y animacion. Mi conciencia no me acusa de faltas que haya cometido. Mis principios no los he expuesto aun, no los he demostrado; de qué pido perdon entonces? de qué errores me arrepiento? Quereis lan-

zarme á la hoguera sin oirme, sin permitir el defenderme? Eso es atentatorio y cruel.

—Pues teneis que conformaros, repuso el Inquisidor, porque entre los católicos no se permite discutir. Lo que nos interesa saber es, si persistís ó no en vuestras opiniones. Si persistís, sois reo de hecho y sino, otra suerte se os espera.

—SS. jueces! eso es horrible, contestó Moyen. En ningun testo divino, en ninguna maxima racional puede haber autorizacion para condenar sin oir. La relijion que os autoriza para ejercer el poder que ejercéis, nada extraño es que os faculte tambien para ser los representantes de la tirania infernal.

Al oir el auditorio esta frase, estalló por un movimiento uniforme. Todas las preocupaciones se revelaron y un grito de anatema salió de aquellos hombres.

—No mas consideracion! exclamaban unos. Es un hereje! decian otros! Matadle, es un impío! repetian á gritos y en confusion.

Moyen les miraba con altivez y escuchaba con calma aquellos dicterios. Dos padres dominicos, llevados de su ardor relijioso, no pararon en proferir palabras sino que se abalanzaron sobre el reo en actitud de despedazarle. En esto, un hombre corre y se pone de por medio, detiene á los frailes y salva á Moyen de aquel ultraje. El auditorio y los jueces se quedan abismados de este hecho; reconocen á Rodolfo defendiendo al reo.

—Qué vais á hacer? les dijo Rodolfo.

—A castigar la herejia, le responden. Ha blasfemado.

—Castigadle si quereis, pero sin abusar del débil. Eso es indigno de la religion.

El Inquisidor Mayor se levantó de su asiento al presenciar esta escena y sin reflexionar, al ver á Rodulfo en aquella aptitud—

—Silencio señores, dijo, silencio! Señor Rodulfo, podeis retiraros á vuestro asiento antes de haceros reo.

Rodulfo estaba conmovido de rábia y al oír aquella amenaza respondió—

—Siempre que se trate de evitar un crimen, yo haré lo posible aun cuando se me crea criminal.

Retiraos, señor! volvió á mandarle el Inquisidor.

Rodulfo se volvió á su asiento con majestad.

Moyen siguió con la vista á aquel hombre y su alma respiró de alegría al penetrar en Rodulfo.

A esta escena siguió un momento de silencio. El Inquisidor lo interrumpió con las siguientes palabras:

—Este juicio está concluido. El reo está convicto y confeso. Vamos á fallar.

Moyen volvió entonces á contestar:

—Me vais á codenar siendo inocente! Voy á morir por la libertad del jénero humano, vinculada en las verdades que sostengo. Este tribunal me niega el derecho de defensa; apelo á Dios de tamaño ultraje, y ante él os hago responsables del crimen que cometéis; al ase-

sinarme no sois mas que unos asesinos. Os perdono. . . .

Moyen tuvo que interrumpir su frase por el nuevo estallido de las preocupaciones. Su voz se perdió en el tumulto de las declamaciones é improperios con que cada cual procuraba serenarse, al lanzarlos á Moyen. El reo no pudo seguir y se sentó con serenidad en su silla. La gritería se fué calmando hasta que la voz del Inquisidor se dejó oír con estrépito—

—Señores, podeis retiraros para sentenciar.

Las comunidades principiaron entonces á salir, haciendo un saludo al desfilas ante el docel donde estaba el Inquisidor Mayor; tras de las comunidades siguieron las corporaciones civiles haciendo igual cortesia, exepcto Rodulfo que pasó derecho. El Inquisidor se fijó en Rodulfo.

La sala quedó sola. Moyen permanecia aun en su asiento con gran serenidad, observando las santiguaciones que los que salian ejecutaban al pasar cerca de él. Una vez que los jueces se encontraron á solas con Moyen, el Inquisidor Mayor volvió á dirigirle la palabra.

—Antes de hacer recaer sobre vos, señor Moyen, le dijo, el rigor del derecho, por conmiseracion y lástima os aconsejo y pido á nombre de Dios, que renunciéis á vuestras ideas y reconozcais la fé catolica.

Moyen no se inmutó al oír este nuevo recurso que se tocaba y contestó con gravedad:

—Mis ideas no son mercancia, son mi

conciencia y mi honor. Quereis que renuncie á él?

—Nadie os exige renunciar al honor; pero sí que sacrifiqueis vuestras creencias á la fé, repuso el Inquisidor.

—Es acaso obligacion el hacer lo que me exijis?

—Es obligacion y por eso se os manda que renunciéis.

—La religion de Mahoma exige, como la vuestra, seguir la fé como vos lo quereis.

—Pero aquella es la religion de un falso profeta y la nuestra no.

—Y que razon dariais si un mahometano os tuviese en la carcel porque no seguiais su fé?

—Le diria que no podia exigir eso de un catolico.

—Pues entonces, porqué exijis de mi lo que reprobais si lo exijiese de vos otro sectario de diversa religion?

—Porque yo os hablo á nombre de Dios.

—Eso no me lo habeis probado, y cual otro sectario de un profeta falso, me mandais creer sin convencerme. Haced esto último, convencedme y entonces tendré á honra el renunciar á mis creencias.

—Volveis á discutir, señor Moyen, y esto os es prohibido. Os retractais ó no?

—No.

—Repetid vuestra resolucion.

—No.

—No culpeis de vuestra muerte á los eje-

cutores de la ley. Nuestra misericordia no puede libertaros.

Moyen se paró de su asiento entonces y con aire resuelto y grandioso dijo al Tribunal:

—Vais á fallar y á condenarme á muerte; vais á cometer un crimen. Sé que ese crimen lo apoyareis en autoridades, pero jamas en la ley divina, porque por ella voy á ser sacrificado. Hoy vuestro fallo será aplaudido, pero mañana el mundo maldecirá vuestro poder y vuestros nombres. La sangre derramada por el abuso será rescatada con la sangre de los que han ejercido una autoridad de esterminio para la humanidad. El absolutismo os llevará á despertar á los pueblos del letargo en que se encuentran y la libertad del jenero humano será la consecueucia de tanta barbarie entronizada para tiranizar á los hombres.

Los jueces se horrorizaban al oir estos pronosticos, quisieron imponer silencio al reo, pero la aptitud de Moyen les impuso y hasta cierto punto les dominó.

—Eso es extemporaneo y agraviante, le dijo el Inquisidor, el juicio está concluido.

—El juicio está concluido, prepuso Moyen, concluido ante vosotros, pero abierto ante la posteridad y Dios. La sentencia que vais á pronunciar, será la cabeza del proceso que la historia os forme. Ante esa posteridad, ante ese Dios á quien vejais, ante ese monumento de justicia que llamamos historia, es á quien entrego mi defensa. Ella sabrá

decir, si mi muerte es producida por un crimen ó por una verdad; ella dirá tambien si yo soy criminal ó vosotros; ella en fin, recogerá nuestros nombres y sabrá cuales han de entregarse á la infamia eterna ó á la gloria de la honra.—El juicio está concluido, pero....

El Inquisidor tocó la campanilla y mandó guardar silencio al reo; Moyen se detuvo al sentirse interrumpido, quiso continuar, mas ya era tarde; porque los jueces se pararon de sus asientos y dos agentes del «Santo Oficio» le bendaron los ojos. Moyen se encontró á oscuras y arrastrado de los brazos por dos hombres que le sacaban con pausa de la sala. Cinco minutos despues, Moyen se encontró en su calabozo á solas.

Luego que el reo salió, las puertas de la sala fueron cerradas y el tribunal volvió á ocuparse de Moyen, para pronunciar la sentencia. Uno de los jueces se acercó á la mesa y la redactó; los demas continuaron callados. Luego que acabó de escribirla, avisó á los jueces que habia concluido.

—Leedla señor, le dijo el Inquisidor Mayor.

El juez acercó una de las bujias y leyó la sentencia que estaba redactada en los terminos siguientes:

(1) «Vistos por nos los Inquisidores apostolicos la heretica pravedad y apostacia,

[1] El documento que se vá á leer, es pieza original del Tribunal de la Inquisicion del Perú, por lo cual hemos conservado hasta la ortografia de la redaccion.

«en esta ciudad de los Reyes y provincias del
 «Perú por autoridad apostolica, juntamente
 «con el ordinario de este Arzobispado de Li-
 «ma, un proceso y causa criminal de fé, que
 «ante nos ha pendido, y pende, contra el reo
 «Francisco Moyen nacido en Burdeos provin-
 «cia de Francia &^a. &^a.”

El juez que leia siguió leyendo á continua-
 cion los fundamentos de la sentencia, que eran
 ajustados á un molde que tenia á la vista. Con-
 cluidos estos, siguió del siguiente modo:

«Y HABIDO NUESTRO ACUERDO

y

«deliberacion con personas de letras,
 «y rectas conciencias.

«*CRISTI NOMINE IN VOCATO.*

«Fallamos, atentos ios autos y meritos
 «de dicho preso, el dicho Promotor Fiscal ha-
 «ber probado su intencion, segun y como pro-
 «barle convino para que el dicho hombre D.
 «Francisco Moyen sea declarado por hereje;
 «pero queriendo nos haber con el venigna y
 «piadosamente y no seguir el rigor del dere-
 «cho, por algunas causas y justos respetos que
 «á ello nos mueven, en pena y penitencia de
 «lo que por el fecho, dicho y cometido, le
 «debemos mandar y mandemos, que salga en
 «auto de fé publico, estando en forma de p e-
 «nitente con San Benito á media aspa, coraza
 «soga al cuello, mordaza, y una vela de cera
 «verde en la mano donde le sea leida esta
 «nuestra sentencia con meritos y por la veemen-
 «te sospecha de que su tenacidad pueda escan-
 «dalizar al publico, le mandamos abjurar y que

«abjure publicamente los errores que el dicho
«proceso ha sido testificado y acusado, y ad
«cautelam sea gravemente advertido, y repre-
«dido; y le condenamos en confiscacion de to-
«dos sus bienes que aplicamos á la Real Cá-
«mara, y Fisco de su Majestad y en su real
«nombre al receptor jeneral de este Santo Ofi-
«cio; y si abjurase sus errores le desterramos
«de nuestras americas é islas adyacentes, suje-
«tas á la corona de España perpetuamente y
«de la Villa de Madrid Corte de su Majestad,
«por diez años, los cuales cumplirá en uno de
«los presidios de Africa, Oran, Ceuta, ò Melilla,
«ó en la casa de penitencia del Tribunal del
«Santo Oficio de la Inquisicion de Sevilla á ar-
«bitrio del Ilustrisimo señor Inquisidor jene-
«ral y señores del Supremo Consejo de la San-
«ta Inquisicion, á cuya disposicion sea remiti-
«do en partida de rejistro; y por espacio de
«diez años, confiese, y comulgue las tres Pas-
«cuas de cada año, y todos los Sabados de el
«mismo tiempo, rece una parte del rosario á Ma-
«ria Santisima; y que al dia siguiente de dicho
«auto, salga á la verguenza publica por las ca-
«lles acostumbradas en bestia de albarda con
«las mismas insignias á voz de pregonero que
«publique su delito; mas si no abjura, manda-
«mos sea pulverisado en una hoguera y sus
«cenizas aventadas, en la forma y modo que
«se acostumbra en iguales casos; y por esta
«nuestra sentencia definitiva juzgando, asi la
«pronuciamos, y mandamos &^a. &^a.

El juez lector luego que hubo concluido,
pasó el papel al Inquisidor Mayor para que

lo signase. El Inquisidor tomó una pluma é hizo un signo; los demas jueces hicieron lo mismo, variando cada uno el signo que reemplazaba á la firma. Nadie puso dificultad y todos aprobaron aquella sentencia, con una sangre fria sin ejemplo. Concluido esto, el Inquisidor Mayor dijo,

—Podemos retirarnos. La sesion está concluida.

Los jueces se despojaron de sus vestidos y se retiraron á sus casas, convencidos de que habian hecho un servicio á la religion con el paso que acababan de dar.

CAPITULO XXIII.

El Inquisidor Mayor habia presidido la sesion pública, con las impresiones que la sesion privada le habia dejado. La sentencia que acababa de signar le habia dado consuelo, porque le parecia que sus dolores se repartian, que él solo no era el que sufría. La sesion privada le habia dejado atormentado y sin haber tenido un rato de descanso, el resto de la noche lo pasó pensando sobre lo que á sus ojos habia ocurrido con Margarita; así fué, que luego que hubo oscurecido la tarde del siguiente dia, se puso á esperar con impaciencia la hora de las ocho, para ir en busca del Preposito Gonzalez, que le habia ofrecido una prueba mas evidente de la volubilidad de Margarita. La oscuridad principi6 á aumentarse y la hora prefijada no tardó en

llegar. Eduardo se puso en el acto su sombrero, se cubrió con una capa y marchó al convento de San Pedro.

La misma hora que Eduardo esperaba, la esperaba también la jóven Margarita. La escena de la noche anterior le había hecho sufrir algunas reconvenciones de la madre. Ella pasó el día encerrada en su pieza, sin dejarse ver de nadie; mas luego que hubo llegado la noche, sin arreglarse el traje, se presentó á la mamita con un aire triste y melancólico. Se sentó en un extremo del sofá de la cuadra sin hablar una palabra. El reloj tocó las ocho, y Margarita se puso de pié, entró á su pieza de dormir y sacó un pañuelo grande para cubrirse. Lo desdobló con prolijidad, se cubrió la cabeza con él y luego le dijo á la mamita:

—Voy á visitar á Rosita, me permite U. ir?

—Quién te lleva? le preguntó la madre.

—Voy con la Rafaela.

—Anda y vuélvete temprano.

Margarita se inclinó sobre la madre, le dió un beso en la mejilla y salió diciendole:

—Hasta luego mamita.

La tristeza de la jóven desapareció en el acto y con paso líjero tomó por la calle de Valladolid, hasta llegar á la plaza. Luego que allí estuvo, preguntó á la criada:

—Aqui es donde quedé de estar?

—Si mi amamita.

—Observa si pasa el señor de Castro.

Margarita y la criada se sentaron enton-

ces en unos bancos de madera que habia y se pusieron á mirar á los que pasaban. En esto, atravesaron junto á ellas dos hombres cubiertos con sus capas; miraron con atencion y pasaron. Margarita se cubrió bien con el pañuelo. Estos dos hombres siguieron su camino hasta ponerse tras de una de las pilastras de los arcos de los portales, observando á aquellas dos mujeres. Las dos seguian esperando. Pasaron algunos curiosos y apenas se fijaron en esos dos bultos. Al rededor de la pila, se divisaban á algunas mujeres solas que andaban con paso calmado, y jóvenes que parecian buscar alguna entretencion. Entre aquellos jóvenes Margarita vio acercarse á un encapado. Ella le quedó mirando, el joven se detuvo al frente de ella y sin hablar una palabra sacó un pañuelo del bolsillo; lo desenvolvió y se quedó con él en la mano. La criada Rafaela se paró al ver aquella señal y se acercó al joven.

—Es U. el señor de Castro?

—Si.

—Descúbrase U.

Castro se bajó la capa, y la criada lo reconoció.

—Aquí está la señorita.

Castro avanzó entonces y se sentó al lado de Margarita.

—Mucho os he hecho esperar, mi amor? le dijo este.

—No, acabo de llegar ahora no mas.

Uno de los encapados que estaban en el portal le dijo al otro.

—Ya veis, acaba de llegar un joven. El otro suspiró y nada respondió.

—Este lugar está muy frío, dijo Castro á la joven, vámonos á una pieza cómoda?

—Jesus! le contestó la joven, á donde me quereis llevar? á donde estuvimos el lunes?

—No, amor mio, es á otra mas segura.

—A qué parte?

—A una casa en donde todo el que quiere encuentra habitación, pagando un peso.

—Y que jente ira allí? no por Dios.

—Pierda U. cuidado, yo le respondo de su seguridad. Vamos.

Margarita miró á la Rafaela y esta le hizo señas de que fuese.

—Vaya con U., le dijo la niña, es capaz de hacer con migo lo que quiere.

Castro se levantó del asiento y tomó de las manos á Margarita para pararla.

—Es U. muy lizo, le dijo Margarita, parandose y tomando el brazo de Castro.

Los dos se echaron á andar entonces por la calle que lleva al Puente y como media cuadra antes de llegar, se detuvieron en la puerta de una casa sombría.

—Aqui es, dijo Castro. Permitidme ir á hacer abrir la pieza.

—Vuelva pronto le dijo la joven, á tiempo que Castro entraba en aquella casa.

La criada se acercó á Margarita y esta le dijo.

—Cuidado con que vayais á decir nada en casa.

—Cuando lo he hecho?.....le observó la criada.

—Si eres tan buena.

Castro volvió al momento diciendo á Margarita:

—Esperemos un momento, que van á poner luz.

A este tiempo pasaron los dos hombres encapados.

—Que andarán buscando esos caballeros, observó la niña. Ya les he encontrado dos veces esta noche.

Castro se desentendió de esta observacion y en vez de contestarle le interrumpió preguntandole—

—Mucho os costó salir?

—No, porque mi mamita nunca me lo prohíbe, yendo con una criada; pero si fuese con algun señor, jamas me lo permitiria; porque la costumbre critica tanto, el que nos acompañen los hombres.

—U. visitará con su mamita siempre?

—A veces. Pero eso no me impide visitar cuando quiero. Gracias á que podemos salir con una criada, que de lo contrario, cuan esclavas no seriamos!

—Tiene razon.

Castro miró para adentro de la casa y divisó luz en la pieza que habia tomado.

—Ya podemos entrar.

Los dos entraron entonces á la casa y colocando á la criada en el umbral, Castro le

dió dos pesos y en el acto cerro la puerta para seguir su conversacion amistosa.

—Gracias, mi amo, le dijo la criada, sentandose en el puesto de avanzada.

Los dos hombres encapados, luego que vieron entrarse á Margarita y Castro, se principiaron á acercar á la casa con pasos medurados. Se detuvieron un momento en la puerta de la calle y luego avanzaron hácia adentro. En el estremo del patio encontraron á un hombre sentado que parecia ser el guardian de aquella casa. Uno de los encapados se inclinó hácia aquel hombre y le preguntó:

—De quién es esta casa?

El hombre se paró de su asiento para contestar—

—Qué querian ustedes señores? necesitan alguna pieza?

—Puede ser, ¿pero quién vive aquí?

—Nadie, señor, es una casa para todos.

—Cómo para todos?

—El que necesita dormir, pasar una noche ó un rato, encuentra aquí piezas pagando un peso.

Los encapados se miraron al oir esta contestacion y pronto volvió á dirigirle la palabra el encapado que antes habia hablado.

—Ahora están desocupadas las piezas?

—Estan todas desocupadas, respondió el hombre, exepto el número 9 que tiene jente.

—Quién está ahí?

—Dos personas que no conozco.

—Se les puede ver?

—De ningun modo, señor.

—Y en dónde está la pieza número 9.

—Allí señor, señalando una puerta cerrada, pero que se marcaba por la luz de las endijas de la puerta.

Los encapados arrojaron una mirada encendida sobre la puerta que se les señalaba.

—Daria lo que se me pidiese por ver á esas dos personas! dijo el encapado que nada habia hablado.

—Es imposible, señor.

—Qué no hay ninguna ventana, ninguna abertura por donde se les vea sin que ellos conozcan?

—Hay una ventanita en el techo, pero es prohibido el....

—No tengas cuidado; te daré una onza y te aseguro que nada te sucederá. Llevame á la ventanita.

El hombre de la casa, meditó, balbuceó la oferta y la creyó pequeña.

—Y quiénes son ustedes?

—Unos quidam, que nos divertimos en saber lo misterioso.

—Quizás sois algunos mari.... No señor, me voy á esponer sin necesidad, á perder mi empleo.

—Si fuésemos lo que tú crees, nos detendriamos en las puertas? Ya la habriamos echado abajo. Dejate de tonteras y llevanos.

El encapado sacó entonces de su bolsillo una bolsita con dinero y la puso en manos del hombre.

—Te doy eso si nos llevas.

El hombre entró á su pieza y vió lo que se le daba.

—Son cuatro onzas! dijo para sí, esto no se puede perder.

Volvió en seguida á donde los encapados y les dijo:

—Siganme, pero cuidado con meter ruido.

El hombre siguió adelante conduciendo á los curiosos; les hizo atravesar un pasadizo que daba á un segundo patio y en una de las esquinas de aquel lugar, el hombre abrió una puerta pequeña que abría la entrada á una escalera.

—Por aquí siganme, señores.

Los tres subieron la escalera con algun trabajo, por lo oscuro que estaba hasta llegar á los techos de la casa. El conductor se volvió á ellos y les advirtió—

—Pisen muy despacio, porque los pasos podrian sentirse abajo.

Los dos curiosos principiaron á pisar con la punta de los pies con tal tino, que nada se sentia. El conductor, luego que hubo andado algun tanto, se paró y les dijo—

—Aquella es la ventanita de la pieza número 9, señalando un punto que se marcaba en el techo por la luz que allí reflejaba.

—Está bien, le contestaron éstos.

—Anden con cuidado, les dejo solos.

—Bueno, bueno.

Los encapados se sacaron sus capas y continuaron hasta llegar á la ventanita. Allí se pararon, tendieron con sumo cuidado en el suelo las capas y se echaron de barriga para

poder ver con comodidad y á sus anchas. Luego que allí estuvieron, clavaron sus ojos sobre el cuarto. Era aquella una pequeña pieza con muebles. Arrimada á un lado de la pared habia una mesa con vela en el medio. Al lado de la mesa habia dos sillas; en estas dos sillas estaban sentados los jóvenes. Habian dejado sus disfraces; asi era que se mostraban descubiertos.

—Qué tal! dijo uno de los encapados al otro en voz muy baja; que tal, no os decia que era Margarita?

El otro no contestó palabra, quedó silencioso observando y viendo lo que le parecia un sueño.

—Estás convencido yá de lo que es esa jóven?

—Si lo estoy, respondió Eduardo, si lo estoy.

—Pues bien, vamonos, ya no hay nada que hacer aquí.

—Esperad un momento, mi abate, esperad; dejadme presenciar este desengaño, hasta el último extremo.

—Haced lo que gustéis, repuso el abate, continuando en la misma actitud.

El abate y Eduardo se pusieron á oír lo que conversaban los jóvenes en la pieza número 9 y á no perder con la vista los ademanes de la conversacion. La actitud en que estaban Margarita y Castro, nada tenia de criticable, porque sentados con una pequeña mesa de por medio, no hacian mas que conversar.

—Si no hubiese sido porque lo prometí á

usted, dijo Margarita, no habria salido hoy.

—Gracias, bella criatura, le respondió Castro, gracias por este sacrificio.

—Esto solo se puede hacer, por un grande amor y nada mas.

—Siempre me ama, á mí solo?

—Lo puede dudar, con estas pruebas?

—Tiene usted razon, repuso Castro acercándose á la jóven y dandole un beso en la frente. Ella lo recibió sin oposicion.

Los observadores se miraron unos á otros y el abate temiendo alguna indiscrecion de Eduardo, le dijo:

—Es mejor que nos vamos; no seamos testigos de este escándalo.

—Bien, respondió Eduardo, vamonos.

Los encapados se levantaron con tino, sacudieron sus capas y cubriéndose, volvieron á descender del techo hasta salir á la puerta de la calle.

—Qué hacemos ahora? le preguntó el abate.

—Vámonos á casa de la madre, contestó Eduardó, á hacerle presente que el amor que tenia á su hija no existe ya y que retiro mis promesas de casarme.

—Andad, vos solo, porque no es regular que yo me descubra en casas como la de Margarita.

—Está bien, iré yo solo.

Estos dos personajes tomaron entonces por la calle de Santo Domingo, hasta llegar á la casa indicada. El abate se separó y se fué á su convento; Eduardo entró á casa de

Margarita. Quitóse la capa y quedó en traje de visita. La madre estaba sola, un poco dormida en el sofá. Al ver llegar á Eduardo se incorporó y con grande amabilidad se paró á hacerle sentar á su lado. Eduardo, con un aire desenvuelto y arrogante, se colocó en una silla inmediata al sofá.

—Porqué tan perdido, mi amigo? le preguntó la señora.

—Me ha sido imposible venir. Mil ocupaciones....

—A eso nada se puede exigir.

—Y la señorita hija de U.? preguntó Eduardo.

—Salió á hacer una visita á casa de Rosita....pero volverá pronto. Estaba tan triste por un accidente que ayer pasó, y del cual U. tendrá conocimiento, que....

—Nada sé de nuevo, á no ser una entrevista que tuvieron ustedes con Zalasar. El fiscal me dió aviso hoy de ello.

—Conque ya lo sabia U.? ¡qué tal desvergüenza!

—Yo no tengo que hacer en las funciones privadas del Tribunal; pero creo que los que le componen son muy hábiles y jamas se propasan....

—Qué estais diciendo, señor? qué no sabeis que ayer mi hija se desmayó por los atrevimientos de uno de los jueces?

—Se finjiria desmayada, contestó Eduardo, con ese despecho que se apodera del hombre que ha dejado de amar por un desengaño.

—Os estais chanceando, señor Eduardo, repuso la madre con una sonrisa vergonzosa.

—En este momento, hablo la verdad.

—Qué ingratos son los hombres! dijo la madre con admiracion, creer que mi hija es capaz de finjir, cuando sabe U. que se encuentra aislada por amarle como le ama.

—Ese es otro finjimiento, señora.

—Viene U. muy liso hoy, le observó la madre con agrado. Seguramente estará amando á otra ya?

—Eso es bueno para su hijita, que ama á cuantos le dicen bonita ó le miran un cuarto de hora con detencion.

—Qué injusto es U.!....contestò la señora, mirando á Eduardo con aire significativo y dulce.

—Nada de eso; es porque soy justo que me espreso asi.

—U. viene extraño hoy, ¿qué le ha sucedido?

—Acabo de recibir un desengaño terrible, señora, por eso vengo extraño.

—Cuénteme U.

—Acabo de abrir los ojos ante un cuadro de inmoralidad; acabo de quitarme una venda que me conducia á un suplicio; acabo de palpar la realidad de qué Margarita me engañaba!....

Eduardo acompañó estas palabras con calor y sentimiento, la señora se asustó y no pudo menos de cortarle la frase diciendole:

—Algun equivoco, algun equivoco ha

sufrido U. Qué es lo que ha visto? Mi hija es incapaz de ser lo que U. cree.

—Es capáz, contestó Eduardo con animación, de todo!

—No, señor, U. está en algun error: qué es lo que ha pasado?

La señora creía que le hablaba de las cartas de Zalasar y contra esta prueba tenía esperanza de oponer la argucia de la experiencia.

—A qué se refiere U.? quizás á algunos chismes ó calumnias de ese atrevido que está en la cárcel?....

—No señora, á nada de eso.

—Pues sea claro U.; dígame lo que hay que me interesa como á madre.

Eduardo se levantò de la silla y se parò á asomarse á la puerta, para ver si venia alguien; luego se volvió á su asiento y dijo á la señora:

—Ahora le contaré todo. Esperemos á Margarita. Mientras tanto hágame dar un poco de agua.

La señora llamó á una esclava y le pidió un vaso de agua. La criada no tardó en traerlo. Eduardo bebió con ansiedad. La criada se retirò y al salir de la sala, dijo:

—Ahi viene mi amita.

En efecto, el sonido de las enaguas y los pasos lijeros que se sintieron, avisaron la llegada de la niña y de la criada. Entró á la sala volteandose el pañuelon y se paró al ver á Eduardo.

—Buenas noches, señor, felices los ojos que lo ven.

—Mas felices los que la han visto, respondió Eduardo.

Margarita no hizo alto de lo que se le decía y se sentó al lado de su mamita.

—Cómo te has tardado, niña, le observó la madre.

—Son las nueve solamente, mamita. Rosita le manda mil finezas, allí habian unos señores que me han estado jaleando con bromas.

—Qué te decían? le preguntó la madre con amabilidad.

—Ah! si supiese el señor Eduardo; me embromaban con que si era cierto que me casaba pronto.

—Y qué contestó U.? le advirtió Eduardo.

—Que para principios del año lo haria segun me lo habia dicho U.

—Pues muy mal dicho, señorita, porque ese dia primero del año no llegaré nunca para mí.

La madre y la hija se miraron y luego preguntaron á Eduardo:

—Porqué no llegaré?

—Porque la Margarita que yo amaba, murió.

—No sé lo que U. trae hoy, repuso la madre.

Eduardo se incorporó en la silla y con aire sério dijo:

—Les diré con franqueza á lo que he venido y la razon porque estoy estraño.

La hija esperó con temor y la madre con curiosidad.

—Diga U.

—Por una gran casualidad, he visto hoy á las ocho, á la señorita en la pieza num. 9 de la casa que está antes de llegar al puente, encerrada con el señor Castro. Es falso que haya estado donde dice: ha ido á una cita.

—Mamita, eso es falso, interrumpió Margarita.

—No es falso señorita; míreme de frente. Margarita bajó la vista, avergonzada.

—Había tenido malos informes de su hija, pero no los había querido creer; mas hoy, yo he visto....

—Falso, mamita, falso; interrumpió de nuevo la hija.

—Nada de eso, Margarita; U. sabe la verdad. Cuando yo pedí la mano de esta niña la creí pura; pero es todo lo contrario.

—Es U. muy avanzado, señor, repuso la madre. Mi hija no puede ser lo que U. cree.

—Es todo, con las apariencias de la educación. No le falta mas que dejar el título de señora ò marquesa, para ser lo que son las....

—Esas son calumnias, interrumpió la jóven, pretestos con que el señor quiere evadirse.

—Llámelos U. como quiera, pero el hecho es de que U. es lo que he dicho ya. Con

este convencimiento, he venido á decir á ustedes que yo no me caso con Margarita.

—Le juro á U. por lo mas sagrado, por Dios, dijo Margarita enternecida, que yo no he....

—Calle! calle! le interrumpió Eduardo, no perjure! ahórrese esta falta.

Margarita se puso un pañuelo en los ojos y pareció llorar.

—U., señor, le dijo la madre, ha comprometido el nombre de mi hija ante el público y me es extraño que por bagatelas tan insignificantes, se quiera exonerar de un compromiso como el que tiene.

—Mi compromiso fué con la pura Margarita, esa ya murió, como lo he dicho.

Margarita levantó su cara con altivez y contestó dirijiéndose á la madre:

—Mamita, no se le dé nada: yo no tengo necesidad de este matrimonio. Bien me habian dicho que el señor era un corrompido y que se burlaba de las mujeres.

—Está escupiendo al cielo, señorita, repuso Eduardo. Mi corrupcion está en no amar la corrupcion.

—Pues, hágame el favor de no molestar-me, dijo la niña. Déjeme en paz.

La madre se quedó abismada en apariencia y quiso volver á los buenos modos; mas Eduardo se paró de su asiento y tomando su capa y sombrero se despidió diciendo:

—Pueden ocuparme como amigo, vivo en tal parte, como ustedes lo saben. Adios señoritas.

—Espérese U., le dijo la madre.

—No tengo mas que hacer, contestó Eduardo y salió.

La madre continuó llamando al que salía.

—Señor Eduardo! señor Eduardo!

El señor Eduardo no hizo caso y siguió su camino sin mirar hácia atrás.

—No se apure mamita, le observò la hija, él volverá.

CAPITULO XXIV.

El matrimonio prometido, como se vé en el capitulo anterior, quedó disuelto. Eduardo se retiró desilucionado y resuelto á no pisar los umbrales de aquella casa. La madre y la hija quedaron á la salida de Eduardo, con una esperanza perdida y una esperanza que no volverian á encontrar en el porvenir de la vida. Sin moverse del sofá donde habían quedado sentadas, la madre asaltada por el deber, pasó á reconvenir á la hija con la justicia que es inutil espresar. Luego que se vieron solas, Margarita esperó la explosion del volcan; y en efecto debia temer porque las causas eran graves.

—Ya vez hija, que por tu cabeza has perdido tu honor; en vano me he esmerado en darte educacion; eres incorrejible. Tu conducta me obliga á tomar medidas que te pesarán.

—Ya está U., repuso Margarita, con las reconvenciones de costumbre. Qué U. cree lo qué ha dicho ese hombre?

—Recuerda los billetes, recuerda las veces que te he castigado y sabras que ésta no es la primera para que deje de creer.

Margarita bajó la cabeza con vergüenza y lejos de contestar á la madre dijo en voz baja:

—Que tendrá que hacer conmigo Eduardo; parece que ese fuera el único hombre que hubiese en el mundo.

—Si Eduardo no tiene que hacer, tengo que hacer yo, que soy tu madre.

—No haga caso de nada, mamita, los hombres están de mas en el mundo.

—Yo no te digo eso, te advierto que tu honor está perdido y que los hombres se reirán de tí.

—Y aunque se rian, tengo acaso necesidad de ellos para vivir?

—Mira hija, el honor es cosa esencial para la vida. La mujer, antes de fortuna necesita honor; porque sin él, es un objeto despreciable, un juguete que se toma hoy para despreciarlo mañana. Si te casas, tus hijos no van á llevar en su apellido el nombre del capital, sino el nombre de la madre: si es puro este, los hijos serán considerados como tales; y si no llevarán en su frente la afrenta de la mujer que les dió el ser.

—Habiendo fortuna, hay todo, mamita; porque los hombres no buscan hermosura ni virtudes, buscan dinero solamente.

—Jesus niña! exclamó la madre, estás perdida.

—Por qué!

—Porque no tienes vergüenza de tu deshonra.

—*Y U. me dice eso?*

Estas palabras de la hija cayeron en el alma de la madre, como el peso de una justicia que condena sin dar lugar á recurso alguno. Eran solo cinco palabras, pero cinco palabras que encerraban el pasado de la madre; el vicio historiado en una frase! La madre se vió injuriada, y al paso de injuriada, se sintió horrorizada de sí misma; bajó los ojos delante de su hija! Escena profunda que explicaba la causa de la corrupcion de la joven. La fisonomia de aquella mujer se encendió al principio; las impresiones que se sucedian en su mente le hacian variar por segundos el semblante. La hija veia humillada á la madre y la madre no se atrevia á mirar á la hija. Oh! cuanto sufría aquel corazon. Hubiera dado su existencia por no haber pasado aquel paso. Las palabras de la hija vengaban la moral en los tormentos que la madre sufría. Pero ¡ahi de las venganzas que vienen por mano de las hijas!.....Se habia acercado el fuego á un deposito de polvora; la esplosion debia suceder. La madre, reconcentrada en si misma se sintió arrebatada de un terror pánico y trasformando espantosamente su fisonomia, se levantó de un modo súbito y se arrodilló delante de la hija:

—Perdóname hija mia! le dijo llorando y

poniéndole las manos en aptitud de orar; perdóname!....

La hija asustada del semblante de su madre, lanzó un grito de horror y espanto, echándose de espaldas en el sofá=

—Madre mia! madre mia!....

—Si, hija desgraciada! perdon por ser tu madre. Yo, soy la causa de tu perdicion; yo, la que cargo con los remordimientos del ejemplo que te he dado; yo, que me siento sumergirme en la tierra porque el anatema del mundo y de Dios me acusan! perdóname hija mia....

La madre al decir estas palabras sentia herizarsele el pelo, y perder la esperanza de la salvacion. Al decirle, perdóname hija mia, echó las manos sobre el cuerpo de su hija que ocultaba la cara para no presenciar el estado de su madre; la jóven al sentirse tocada, se estremeció y fuera de sí, aterrorizada, repulsó aquellas manos y corrió hácia dentro de la casa, pidiendo socorro.

—Por piedad, por piedad, perdóname hija mia!.... continuó la madre gritando. Las fuerzas le abandonaron y calló desmallada en el suelo, diciendo:

—Perdon hija mia!....

A los gritos de la jóven, las criadas acudieron con Margarita y al ver el cuerpo de la madre tendido y espantoso en su expresion, corrieron de ella asustados, como si hubiesen visto una vision del infierno. Las criadas volvieron algunos momentos despues acompañadas de dos negros y al llegar al umbral de la

puerta de la pieza de recibo, se detuvieron repente sin atreverse á entrar. Asomaron las cabezas con terror y con paso tímido se volvieron á acercar á la dueña de casa. Los pargos la levantaron en peso y la llevaron á la cama. Allí principió á volver la señora o desmallo y sin recordar lo que le habia sucedido, preguntó por su hija.

—Está en su cuarto amita, contestaron las sirvientas.

Margarita se quedó sentada en la sala y luego que supo el restablecimiento de su madre, se serenó. La escena anterior le habia preocupado algun tanto, pero como el amor filial estaba desvirtuado, la preocupacion le pasó sin dejarle una leccion provechosa. Lejos de arrepentirse del órden de vida que llevaba, contrajo su pensamiento á meditar como vengarse de Eduardo. Se puso un pañuelo en los ojos y en su interior tramó su plan. Luego que sintió las once de la noche se levantó de la silla en que estaba, pronunciando estas palabras:

—La ruptura de mi enlace me vá á avergonzar ante el público; Eduardo me servirá de martirio; él ha abusado de mi, persiguiendome y haciendo lo que se ha hecho conmigo: es necesario que Eduardo muera!... ó....

Margarita sin acabar la frase, siguió hasta su pieza de dormir y allí se entregó al descanso, con la esperanza de satisfacer sus ideas, añadiendo un crimen á la deshonra que sobre sí llevaba.